¿DÓNDE DESCANSAN LAS ALMAS?

ETHAN BUSH REGRESA A KANSAS



ENRIQUE LASO

Más de medio millón de lectores

¿DÓNDE DESCANSAN LAS ALMAS?

ETHAN BUSH REGRESA A KANSAS



ENRIQUE LASO

Más de medio millón de lectores

¿DÓNDE DESCANSAN LAS ALMAS?

Enrique Laso

© Enrique Laso, 2016
Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Índice
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
LOS CADÁVERES NO SUEÑAN
LIBÉLULAS AZULES
NIÑOS SIN OJOS
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V

Cuando alguien a quien estimamos desaparece, cuando deja de estar entre nosotros, se abre un abismo, un hueco en el espacio que nos rodea que nada ni nadie podrán ocupar.
Pero cuando además ese alguien nos ha dejado de una forma traumática, violenta, injusta, el vacío es mayor y el dolor se torna infinito. Y uno, en la demencia que causa el sufrimiento, imagina qué hubiera sido de ese ser querido si no nos lo hubieran arrebatado.
Es normal, al fin, que pensemos que somos más que un cuerpo, y que el alma que se supone albergan nuestra piel y nuestros huesos queda en algún lugar. Deseamos creer que esa persona a la que tanto amamos en realidad no ha dejado de existir y, sea como fuere, nos sigue acompañando.

Capítulo I

Quizá a cualquier otra persona en el mundo le hubiera podido decir *no*, pero a Jim Worth jamás. El detective de Kansas era, junto a Tom, lo más cercano que en aquel tiempo yo tenía a lo que alguien normal denomina *amigo*. Y a los amigos no se les puede fallar cuando te necesitan.

Es verdad que mi cabeza era un hervidero, y que a mis dudas respecto a continuar con mi trabajo dentro del FBI se incorporaba el hecho de que pronto sería padre, un trance para el que no estaba preparado. Seguía siendo un inmaduro, atrapado por las emociones de un trauma, la pérdida salvaje de mi progenitor, que tenía dificultades para establecer relaciones sociales normales. Pero con Jim había sido capaz de crear un vínculo estrecho, y además Worth poseía muchas de las virtudes que a mí me faltaban, como la honestidad y la lealtad sin límites. Dones que yo relacionaba vagamente con mi padre, pues desde su pérdida andaba a la búsqueda desesperada de un *sustituto*, de una persona con la que pudiera llegar a un grado de compenetración al menos similar. Mi primera opción había terminado con una profunda y horrenda decepción, pero sabía que Jim no escondía secretos oscuros en ningún cajón, y que su mirada limpia era la de alguien que duerme en paz consigo mismo cada noche.

El mayor problema fue, como era de esperar, convencer a mi jefe, Peter Wharton, que tenía días en los que deseaba fulminarme de la Unidad de Análisis de Conducta y librarse para siempre de uno de los agentes más necios y conflictivos con los que se había topado y otros en los que me mimaba como a una gema que puede resquebrarse en cualquier instante, provocando un menoscabo irremplazable para el FBI.

Invertí casi dos semanas en persuadirle, pero a mis razonamientos se unieron numerosas peticiones que llegaban desde Kansas, casi todas formuladas o inducidas por Jim Worth.

—Ethan, te estás convirtiendo en un agente de campo, y eso es algo muy poco convencional en nuestra Unidad —manifestó mi jefe, justo después de comunicarme que podía desplazarme a Topeka, el nuevo lugar de trabajo de Jim.

—Es un caso intrincado. Nos han solicitado ayuda formalmente.

—Es un homicidio más, como los miles que se cometen cada año en este país. No parece que se trate de un asesino en serie, no hay niños de por medio ni otros delitos federales. En el fondo deberían apañarse ellos solos —replicó con rudeza Warthon.

—Hay excepciones.

—Sí, las hay. Pero ya es la segunda vez que te permito ir a Kansas por un motivo *excepcional*.

—Lo otro era un asunto casi personal, Peter, y lo sabes bien.

—Y ahora también lo es. Si no estuviese implicado ese detective no hubieras movido un dedo. Te hubieses limitado a revisar el expediente y a mandar una valoración preliminar, a la espera de más datos.

Aunque ya había logrado mi objetivo, no deseaba quedar como un niño malcriado al que hay que conceder todo lo que pide, sin más motivo.

—Peter, ¿has visto las fotografías de la escena del crimen? —pregunté, como si soltase un directo a

la mandíbula de mi superior.
Wharton inclinó un poco la cabeza y la agitó con pesimismo.
—Claro que las he visto.
—En tal caso no hace falta que te explique que no se trata de un homicidio más y que esa gente necesita nuestra ayuda.
Mi jefe asintió y me indicó con la mano que podía abandonar su despacho. No deseaba añadir nada más y yo lo mejor que podía hacer era escapar del lugar antes de que se arrepintiese.
Caminé despacio por los largos pasillos del edificio del FBI que albergaba la Unidad de Análisis de Conducta. Pensaba en Jim, desde luego, y me hacía feliz tener la posibilidad de trabajar de nuevo con él e incluso de echarle una mano; pero sobre todo tenía en mente esas instantáneas descarnadas y frías de Abigail Mitchell, una joven de tan sólo 24 años a la que habían torturado y asesinado de un modo salvaje. Nadie merece morir de esa forma tan cruel, pero quizá ella era de las personas que menos lo merecían.
Hacer justicia a Abigail también era una razón de peso para regresar, una vez más, a Kansas.

Capítulo II

Tras haberme tenido que apañar solo en Arizona, Wharton me concedió un pequeño *regalo*: Tom se incorporaría al equipo tan pronto como yo lo solicitase. Esta vez no iba a contar con una oficina del sheriff tan formidable y bien equipada como la del condado de Maricopa, en Phoenix. Para no resultar tan mezquino como de costumbre decidí que aguardaría unos días, pero poco más. Anhelaba la colaboración de mi colega y consideraba que iba a jugar un papel clave en la investigación, dadas las circunstancias y el entorno. Él sabía moverse como nadie por aquellos condados de la *América profunda*, y se ganaba la confianza de la gente como si formara parte de su familia desde que era un crío. Esa era la principal virtud de Tom, además de su sentido común. Yo me hallaba al otro extremo de la balanza. Además ya conocía bien a Worth, de modo que se entenderían desde el principio y no habría rencillas ni asperezas que limar. Toda una ventaja cuando uno aterriza desde Washington y no siempre es bienvenido.

Llegar una vez más al Aeropuerto Internacional de Kansas City me provocó un leve estremecimiento. Era imposible evitar que cientos de recuerdos se agolpasen en mi cabeza, y también era normal que pensase, con un deje de aflicción, que Patrick Nichols se hallaba cumpliendo condena a apenas unas millas de aquel lugar, en la penitenciaria de mediana seguridad de Leavenworth. Somos agentes especiales del FBI, pero por eso no dejamos de ser personas, de tener sentimientos, de cometer errores y de ser incapaces, en contadas ocasiones, de controlar nuestras emociones, aunque hayamos sido formados para todo lo contrario.

Fue la amplia sonrisa del detective Jim la que me rescató de los abismos y la que me reconfortó.

—De nuevo en casa, Ethan.

—Si puedo considerar Kansas mi hogar es sólo porque tú vives aquí —dije, estrechando entre mis brazos al bueno de Worth.

—Gracias por acudir en mi auxilio. Te aseguro que de no estar desesperado no hubiera sido capaz de molestarte.

—Tú jamás me molestas. Además, ya me estaba saliendo moho de pasarme tantos días en mi poltrona de Quántico. Desde el caso de Arizona no había salido de Washington. Yo no sirvo para estar tanto tiempo entre burócratas, ya me conoces.

Jim soltó una carcajada, porque desde su punto de vista yo era eso, un *maldito burócrata*, por mucho que de vez en cuando dejase que me diera el aire y me desplazase hasta algún lugar remoto a echar una mano. Él sí que era un hombre de acción, que se metía en el fango hasta que le llegaba al cuello. A mí el barro me había salpicado apenas un par de veces los bajos de los pantalones. Estábamos en dos galaxias muy diferentes.

El detective me llevó hasta Topeka en un formidable SUV recién estrenado. Estaba feliz con su ascenso, después de varios años en la diminuta oficina del sheriff del condado de Jefferson.

—Veo que te miman —dije, acariciando el salpicadero del vehículo.

—Tenemos más recursos, pero tampoco te creas que esto es Phoenix. Allí les sobra la pasta. Aquellas instalaciones parecen salidas del futuro.

—¿Las has visitado?
—No, en absoluto. Cuando supe que andabas por allí curioseé por internet. Te echo de menos, Ethan. Te echo de menos casi todos los días.
Me emocionaron las palabras de Jim. Giré la cabeza y descubrí, para mi desgracia, que cruzando la Interestatal 70 ya habíamos llegado a la altura de Lawrence, que quedaba a nuestra izquierda. Pensé en Sharon Nichols, y en todo lo que había supuesto en mi carrera profesional y personal.
—Yo también te añoro, Jim. Hay pocos tipos como tú por ahí. Se pueden contar con los dedos de una mano.
El detective apenas prestó atención a lo que había dicho. Era astuto y se había percatado de mi reacción nada más dejar atrás el río Kansas y toparnos con la indicación de la salida hacia Lawrence.
—No le des vueltas al pasado, Ethan. Piensa en ese hijo que viene en camino, en Liz, en este caso… Céntrate en el futuro. El pasado no sirve de nada.
—Buen intento, amigo. Pero olvidas que soy psicólogo, aunque a veces ni yo mismo lo recuerde. Lo que tú eres, lo que yo soy, está levantado sobre toneladas de pasado que conforman nuestros cimientos. Así es para todos los seres humanos, lo queramos o no.
—Pero algunos se quedan contemplando la base mientras otros van levantando nuevas alturas. Quiero que seas de los segundos, ¿de acuerdo?
Asentí y dejé que el chorro del aire acondicionado me diese de lleno en el rostro, como si pudiera arrastrar los despojos de mi mente muy lejos de allí.
—Ya estamos llegando. Espero que te guste el hotel que te he reservado. No creas que por aquí hay cosas mucho mejores —murmuró Worth, cambiando de tema.
—¿Estaré cerca de tu oficina?
—Sí, más o menos. Ya sé que eso es lo que más te importa. Al menos te sentirás cómodo.
—Lo voy a necesitar. Es un caso duro.
El semblante de mi colega cambió de súbito. Se esfumaron las sonrisas y el gesto amable. Parecía que le habían caído de golpe diez años encima.
—Tenemos varios asuntos entre manos, Ethan, pero lo de *Abby*, lo de esa chavala, me tiene obsesionado. Hoy no deseo atosigarte y quiero que descanses. Sé de sobra que apenas habrás echado un vistazo al expediente y que te habrás limitado a analizar las fotografías, no hace falta que me lo expliques. Te quiero mañana muy despierto. Necesito lo mejor de ti, porque sin tu ayuda no resolveremos este caso. Y si no soy capaz de resolver este caso no podré descansar en lo que me resta de vida.

Capítulo III

Abigail Mitchell fue vista con vida por última vez a primera hora de la tarde de un despejado día de mediados de febrero. Había salido de la casa de sus padres, ubicada a las afueras de Salina, y se suponía que se dirigía en su propio vehículo a Wichita, a pasar un rato divertido con unos amigos. Su cadáver fue hallado por un grupo de voluntarios, liderados por un agente de policía de la oficina del sheriff de Saline, diez días después, en una zona boscosa junto al lago Kanopolis, a pocas millas de su hogar.

Un par de voluntarios tuvieron que ser atendidos por crisis de ansiedad, pues la escena resultaba aterradora. Por fortuna en apenas media hora el área había sido acordonada y sólo la franqueaban los forenses en busca de pruebas e indicios.

El cadáver de *Abby*, tal y como era conocida por sus allegados, estaba en el centro de un círculo formado por piedras de diverso tamaño. La joven se hallaba boca arriba, en una posición que recordaba vagamente al *Hombre de Vitrubio*, de Leonardo da Vinci, algo que de inmediato despertó cientos de especulaciones entre los investigadores. El cuerpo presentaba cortes de poca profundidad tanto en las extremidades como en el abdomen. Sólo tenía una apertura enorme junto a su pecho izquierdo, a través de la cual, tras romper y desplazar algunas costillas, le habían extirpado el corazón. El rostro no sólo no presentaba ningún rasguño, sino que además había sido maquillado con esmero. El largo cabello lacio de la víctima recorría sus mejillas y descasaba sobre los hombros. Le habían colocado una diadema de flores silvestres en la frente. Si uno observaba sólo la fotografía de la cara parecía una bella muchacha hippie que dormitaba en mitad de un festival de música.

Por suerte la oficina del sheriff de Saline pronto solicitó la colaboración del Departamento de Policía de Topeka y el caso le fue asignado de inmediato a Jim Worth. Eso evitó los errores con los que tuve que toparme en mi primera visita a Kansas, en el caso que dio en llamarse *Los Crímenes Azules*.

Según sus amigos, Abigail jamás llegó a Wichita. Según el rastreo de los repetidores de su teléfono móvil sólo había recorrido unas millas de la Interestatal 135, en dirección sur, hasta que se había desviado tomando la salida 78, en dirección a Lindsborg; es decir, algo o alguien le había hecho cambiar de opinión o había surgido algún imprevisto. Después su móvil dejó de emitir señal alguna, lo que indicaba que o bien se había quedado sin batería o su presunto asesino se había deshecho de él destrozándolo. El celular seguía sin aparecer por ninguna parte. Lo que sí se encontró fue el automóvil de la joven, mucho antes que su cuerpo, algo que ya presagiaba un final trágico. Apenas 48 horas después de su desaparición un agricultor lo encontró estacionado junto Winchester Road, en mitad de un campo reseco de cereales y apenas oculto por un puñado de árboles famélicos y de matojos.

Los forenses determinaron que la víctima había sufrido casi con total seguridad un bloqueo neuromuscular absoluto, pues presentaba significativos niveles de rocuronio en el hígado. Este tipo de parálisis deja a la persona indefensa, con los músculos sin fuerza, permitiendo a su agresor actuar con libertad y con calma. Resultaba pavoroso sólo imaginar la situación, pues en ningún momento se

pierde la consciencia. Este fármaco se usa para facilitar las operaciones clínicas, sobre todo cuando requieren de intubación del paciente; pero se acompaña de analgésicos y sedantes, para evitar el sufrimiento. Estaba claro que el asesino le había suministrado una dosis de rocuronio muy concreta —si es poca apenas tiene efecto y si es demasiada puede provocar la muerte— para poder disponer de ella a su antojo. Aquello no sólo indicaba un grado de ensañamiento muy significativo, pues en todo momento los nervios que transmiten el dolor permanecen activos, también unos conocimientos de medicina avanzados. Un anestesista era la hipótesis más plausible.

La causa de la muerte había sido un fallo cardíaco. Es decir, la chica estuvo con vida hasta el momento en que le seccionaron el corazón. Aquella información, cinco meses después, seguía sin haber transcendido a la opinión pública y jamás le había sido comunicada a los padres, para evitarles un sufrimiento añadido e innecesario.

Según la autopsia Abigail había perdido la vida aproximadamente nueve días antes de que hallaran su cuerpo, aunque existían dificultades para fijar una franja horaria estrecha. En esa zona en febrero el clima había sido frío y seco, y pocos eran los datos a través de los cuales los forenses podían dar una aproximación mayor. El cadáver apenas presentaba aún signos de descomposición ni otra actividad causada por los insectos, algo que sólo un par de meses después hubiera sido evidente. De tal suerte todo el mundo había llegado a la conclusión de que la habían matado el mismo día de su desaparición o, como muy tarde, a lo largo de la madrugada del siguiente.

Por desgracia tanto el condado de Saline, donde estaba ubicado el hogar de los Mitchell, como el de Ellsworth, que lindaba con el anterior, y en el que se hallaba el lago Kanopolis, apenas contaban con cámaras de vigilancia en sus poco transitadas carreteras locales, de modo que por ahí no habían podido avanzar en absoluto.

A *Abby* no se le conocían enemigos, en principio, y era una joven como cualquier otra que aún no se había independizado pero que tenía un empleo a media jornada en la cercana Junction City, cuidando niños en una guardería. Había terminado sus estudios de grado en Educación y Psicología Escolar con 22 años en la Universidad Estatal de Wichita y apenas unos meses después ya tenía un trabajo que aunque no le permitía dejar la casa de sus padres al menos le daba para sus caprichos y para ir ahorrando de cara al futuro. Estaba feliz con su situación.

De todo esto hablábamos Jim y yo, repasando informes mientras tomaba nota en un cuaderno Moleskine recién estrenado, tal y como marcaba mi casi patológica costumbre. Mi buen amigo me hablaba despacio y había organizado la información de un modo ejemplar. Sentía un orgullo infantil al ver cómo había evolucionado en apenas dos años y cómo se había convertido en un competente detective de homicidios. De algún modo consideraba, petulante, que yo tenía algo que ver en aquel notable progreso.

—¿Tendréis acotada ya una lista de sospechosos? —pregunté, intuyendo que cinco meses dan para avanzar mucho en ese sentido y que aunque me necesitasen ya el cerco sería muy estrecho.

—Estaba esperando esa pregunta —respondió con pesar Worth, llevándose una de las manos a la sien derecha y dándose un suave masaje.

—No te comprendo…

El detective fue a su mesa caminando con desgana y regresó con una gruesa carpeta que me tendió sin mirarme a los ojos. Le eché un rápido vistazo, desconcertado. Algo no iba bien, y pronto descubrí de qué se trataba.

—Pero, ¡qué diablos es esto! —exclamé, incrédulo.

—Por eso te hemos llamado, Ethan. Andamos un poco perdidos.

La carpeta contenía más de medio centenar de fichas. Era como si la investigación acabase de

arrancar y me tocase filtrar la información en base a un perfil que debía elaborar en pocos días. Curioseé un poco algunas de las fichas y mi asombro fue en aumento.

—Pero estos tipos… son gente muy normal.

Esperaba encontrarme con violadores, ex-convictos, gente problemática o que hubiera ocasionado estropicios durante su adolescencia. En absoluto, la mitad eran chavales universitarios recién graduados, como la propia Mitchell, y la otra mitad adultos con una vida organizada y muy bien estructurada. Si habían descartado lo evidente tenía que ser por razones muy sólidas.

—Tú nos sacarás de dudas —murmuró Worth, dándome una cariñosa palmada en el hombro—. La escena del crimen parece creada por un monstruo, pero después de tanto tiempo hemos llegado a la conclusión de que esto es obra de alguien común, que no llama la atención y que no había matado una mosca en su vida. Una persona corriente… que desde luego odiaba mucho a esa joven.

Capítulo IV

La escena de un crimen dice mucho del asesino. Sin darse cuenta el individuo está dejando muestras de sus traumas, emociones, personalidad, nivel cultural, inteligencia, creencias, educación y decenas de factores más. Este hecho cuando te enfrentas a un asesino en serie va cobrando fuerza conforme descubres detalles de su modus operandi con cada nueva víctima. Por desgracia cuando sólo ha cometido un homicidio esta tarea, ya de por sí intuitiva, se torna casi en un ejercicio de adivinación.
Por aquella época, en el verano de 2017, la elaboración de perfiles criminales seguía siendo más un arte que una ciencia exacta. En nuestros días todavía el factor humano es determinante, pero la infinidad de recursos y herramientas con los que contamos facilitan mucho la labor de un agente de nuestra unidad. Recuerdo que por entonces mi compañera Liz participaba en un grupo de trabajo para desarrollar el fenotipo de un sospechoso a través de su ADN, de tal modo que nos diese casi un retrato robot del mismo. Yo me tomaba aquello medio en broma, y jamás me hubiera imaginado que hoy sea posible obtener a través de una muestra insignificante de material genético casi todos los rasgos físicos y psicológicos de un sujeto en concreto.
Pero en mi confortable habitación del Capitol Plaza, situado junto al Kansas Expocentre y a apenas dos millas de la central del Departamento de Policía de Topeka, yo sólo contaba con montones de fotografías y con las apreciaciones de dos detectives, una investigadora y un profesor de psicología de la modesta Universidad de Washburn, que de vez en cuando cooperaba con los agentes de la ley y que no tenía mucha experiencia en asuntos de este calado. En realidad, poca cosa para lo que estaba acostumbrado. Era normal que Jim hubiera buscado mi ayuda, una vez el caso se había *enfriado*.
Prefería que fuese el detective el que me comentase los aspectos significativos de la investigación y forjarme después una idea a través de la visita a los lugares clave, de verme con los familiares y amigos y de entrevistar a los principales sospechosos; pero seguía con mi lento proceso de madurez e intenté empaparme más de lo habitual de los informes que ya habían realizado tanto el Departamento de Policía de Topeka como los agentes de las oficinas del sheriff de Saline y de Ellsworth. Y la verdad es que se habían empleado a fondo.
Telefoneé a Mark, al que en principio, como siempre, no debía implicar en el caso, y mucho menos sin la autorización de mi superior, para que hurgase en el ViCAP en busca de un modus operandi similar. Antes le había mandado por mail algunas instantáneas del cadáver. Estaba en deuda conmigo porque había conseguido que le aumentasen un poco el sueldo, aunque en realidad su remuneración era ridícula: contábamos en el FBI con uno de los mejores hackers del mundo y casi nadie le prestaba la debida atención. Yo sí.
—Espero poder decirte algo mañana. Ya sabes que ando hasta arriba de faena.
—Lo sé. Haz lo que puedas. Tampoco es una urgencia. Y lo peor… dudo que encuentres algo. No me suena de nada esta aberración.
Mi cabeza no era desde luego el ViCAP, la mayor base de datos del planeta en el registro de actos violentos y homicidios, y una herramienta formidable para cotejar similitudes entre asesinatos y agresiones sexuales acaecidas en cualquier lugar del país en busca de un patrón que facilitase la

captura de un criminal; sin embargo a lo largo de mi formación y de mi trabajo como miembro de la UAC yo había analizado cientos de expedientes, y por tanto de haberme topado con algo similar mi memoria lo hubiese rescatado de inmediato.
—A mí tampoco, y me paso días y días enfangado en sus infinitos apuntes. Pero tenemos que intentarlo, ¿no?
—Desde luego. Incluso si te topas con algo que se asemeje un poco me lo haces saber. Puede ser de utilidad para crear el perfil.
Mark se quedó unos segundos en silencio. Por un instante pensé que se había cortado la llamada.
—Estoy mirando una de las fotografías, una toma cenital del cadáver y toda la parafernalia que montó ese trastornado.
—Sí —dije, impaciente, porque sabía que Mark había discurrido alguna idea interesante.
—Ya os habréis fijado, claro. Recuerda de inmediato al *Hombre de Vitrubio*.
—Claro, Mark —repliqué, decepcionado–. Voy a tener que hacer de Liz y defender el honor de los agentes de policía de la *América profunda*.
—No pretendía ofender a nadie.
—Está bien —dije, sonriente—, ¿qué narices han deducido esas brillantes neuronas?
—Pues no creo que encuentre nada en el ViCAP, pero sí existe un antecedente muy famoso de este modus operandi.
Las palabras de mi colega me dejaron perplejo. Era una contradicción: *no lo hallaremos en la base de datos pero hay un precedente archiconocido*.
—Estoy muy cansado y creo que no te sigo. Será mejor que te expliques.
—Lees pocas novelas y acudes menos a una sala de cine a ver una película —murmuró, como regañándome, Mark.
—Me gusta mi trabajo y mi única afición es correr, ya lo sabes. Deja de marearme y ve al grano, por favor.
—¿Te suena un libro que se llama *El Código Da Vinci*?
Sí que me resultaba familiar el título, pero ni había leído el texto ni me había molestado en ir a ver la película en su día. Por aquella época estaba demasiado ocupado estudiando como para perder mi tiempo con esas cosas.
—Sí, fue un *Best Seller* y sé que lo adaptaron al cine. La película la protagonizó un actor muy famoso, me parece…
—Tom Hanks —dijo Mark, como si acabase de acertar la respuesta final en uno de esos concursos que daban por televisión.
—Genial. Ahora puedes dejar de jugar conmigo al gato y al ratón.
—Pues al comienzo de la novela, a la que te sugiero eches un vistazo, un personaje moribundo crea esa misma escena justo antes de fenecer.
—¿Me hablas en serio? ¿Estás sugiriendo que el asesino se ha basado en un libro de éxito para recrear un crimen?
—No exactamente. En la novela el tipo muere por culpa de un disparo de bala, y es la víctima la que desea mandar un mensaje adoptando esa posición mientras agoniza. Mejor miras tu mail. Te acabo de mandar una imagen de la película.
No perdí ni un segundo y consulté el correo que me había enviado Mark. Mi estupefacción fue mayúscula cuando abrí el archivo. Había diferencias, desde luego, pero las similitudes eran tan evidentes que comprendí al instante la correlación que había establecido mi compañero de Quántico.
—Tienes razón —musité, casi sin voz.

—Es un chalado que está imitando lo que ha visto en un filme o lo que ha leído en una novela —comentó sin inmutarse lo más mínimo Mark.
Yo entretanto tomé una de las fotografías del cuerpo sin vida de Abigail Mitchell y la acerqué a la pantalla de mi ordenador portátil. No salía de mi asombro.
—O quizá no. A lo mejor es algo más profundo, menos planificado de lo que suponemos. Quizá nos está desvelando aspectos del asesino que ni él mismo, de un modo consciente, conoce de su personalidad.

Capítulo V

Sabía que algunos chiflados habían imitado crímenes sacados de alguna novela, cómic o película. Desde luego no era un hecho corriente; pero sí lo potencialmente peligroso como para que, por ejemplo, se evitase que en los libros de ficción se explicasen de un modo detallado métodos para llevar a cabo un homicidio. En los años setenta y ochenta no pocos asesinos habían usado un procedimiento que habían leído en una novela. En 2017 todo era en el fondo más sencillo: bastaba con realizar una búsqueda por internet y obtenías miles de resultados, desde los más disparatados hasta los más rebuscados y eficaces. La división del FBI, en la que se hallaba Mark, dedicada entre otras tareas a rastrear la actividad en la Red de un sospechoso, no hacía otra cosa que incrementar su número de efectivos y su presupuesto anual.

—Tiene que ser alguien de cierta edad —le dije a Jim, nada más explicarle en su despacho la descabellada idea que Mark había sugerido la noche anterior.

Worth, mientras yo le hablaba, indagaba en internet; es decir, la misma fuente de información que usaba el común de los mortales. La estampa me resultó un tanto estremecedora e irónica.

—La novela es de 2003 y la película de 2006. ¡Han pasado un montón de años! —exclamó el detective, lanzando un puntapié a una de las patas de su mesa.

—Por eso. La mitad de los sospechosos que hay en la carpeta que me facilitaste eran niños o adolescentes cuando el libro fue un éxito. Ahora mismo nadie habla de él. Si le preguntas a cualquier veinteañero te mirará obnubilado y pensará que te estás remontando, como poco, al Pleistoceno.

—También es posible que haya visto ahora la película a través de la televisión por cable o que haya leído la novela si está de oferta en formato digital. No podemos descartarlo.

Worth tenía razón, aunque algo en mi interior me decía, me gritaba, que no era así; que nuestro hombre era alguien ya maduro, no un chaval al que le falta un tornillo y actúa sin premeditación y de un modo caótico. Si hubiera sido así ya hubieran atrapado al asesino, o ya se hubiesen cometido otros homicidios muy similares en la zona. No era el caso.

—Es cierto, pero no termina de encajarme en el perfil que estoy elaborando.

—¿Ya tienes algo? —inquirió Jim, casi agobiado.

—No, no… Sólo algunos apuntes, ideas vagas. Necesito trabajar mucho sobre el terreno para poder ofrecerte algo sólido. Estamos hablando de un único asesinato, me faltan datos, muchos datos —contesté, asumiendo la verdad.

El detective cogió un lápiz y se quedó unos segundos pensando. Golpeó con la punta de grafito varias veces sobre un cuaderno, lo que me indicaba que estaba nervioso.

—Has implicado ya a Mark, ¿piensas involucrar a más gente de tu equipo?

—Jim, yo no tengo equipo. Lo sabes perfectamente.

—Y tú sabes de qué estoy hablando.

La cuestión era delicada. Worth me había llamado a mí, pero no deseaba tener a un montón de desconocidos merodeando por su oficina y mucho menos curioseando por los condados implicados en el caso. Conocía la zona y era un tipo juicioso y prudente.

—He pensado en Tom. Nada más.
—¿Tom?
—Sí, ya le conoces bien y él también domina esta zona y es único sonsacando a la gente. Puede resultar de gran valor.
—Está bien, estoy en tus manos.
—Es un paso que sólo quiero dar con tu consentimiento. Por suerte Wharton me ha dado vía libre y no tendré que andar suplicando a Washington.
—Ya lo tienes. Pero dale una oportunidad a esta gente. Sé que pensarás que en cinco meses no hemos avanzado una mierda, pero te garantizo que nada es sencillo en esta investigación.
—Lo sé.
—Tom me gusta, me cae bien. Es un gran agente. Posee todo el sentido común que a ti te falta, aunque es un poco socarrón. Quizá demasiado para mi gusto.
—También para el mío.
Los dos nos echamos a reír. El detective no conocía a mi colega tan bien como yo, pero había tenido el trato suficiente como para hacer un retrato fiable de su personalidad.
—¿Y Liz? ¿Y Mark?
—Liz no quiero que venga. Está embarazada y la prefiero analizando muestras de tejidos o abriendo cadáveres en canal que por estos lares.
—Ya empiezas a proteger a tu pequeño…
—Más o menos. Si me surge alguna duda siempre puedo descolgar el teléfono. Y con Mark haré lo mismo.
Jim dejó de dar golpecitos con el lápiz y me clavó la mirada, de un modo peculiar y poco frecuente.
—¿Me mantendrás informado?
—Esta misma mañana te he contado mi conversación de ayer. Sigo siendo un capullo, apenas han pasado dos años desde que nos conocimos, pero creo que he mejorado un poco desde entonces.
—Asunto cerrado. No perdamos el tiempo. Quiero que visitemos a los padres de la joven y que veas con tus propios ojos los lugares en los que encontramos el coche de *Abby* y su cuerpo.
Me quedé paralizado. No esperaba que el detective tuviese la agenda ya planificada.
—Me tenías que haber avisado.
—¿Quieres que cancele la entrevista y la ruta?
—No, en absoluto. Como has comentado no tenemos que perder el tiempo. Pero hubiera preparado mejor el encuentro con los padres. Nunca me gustan estas situaciones, y menos si no las tengo bien estudiadas.
No quise entrar en más detalle y me monté en el flamante SUV que Worth tenía estacionado en el parking del Departamento de Policía. Para mi desgracia la experiencia previa con padres de víctimas había sido casi siempre motivo de conflicto; en mi primera estancia en Kansas incluso estuvo a punto de desbaratar una investigación de dos homicidios.
Las poco más de cien millas que separaban Topeka de Salina sirvieron para que Jim me hablase un poco de los padres de Abigail. Era dos personas muy creyentes, bien valoradas por la comunidad y que habían contraído matrimonio tarde, por lo que tuvieron a la joven ya algo mayores. Logan Mitchell, el padre, era un abogado retirado que ahora dedicaba su tiempo a escribir y que aspiraba a ver publicada alguna de sus novelas en el futuro. Chloe Mitchell, la madre, seguía trabajando, aunque apenas unas horas al día, en una reputada pastelería del centro de la pequeña ciudad. Por lo visto conocía un par de recetas de tarta de zanahoria y de tarta de manzana que le había confiado su abuela y por las que cualquiera era capaz de pagar una fortuna. Los fines de semana participa en labores

comunitarias, como realizar actividades con discapacitados o decorar y mantener bien reluciente la iglesia para la misa de los domingos. Ambos habían nacido en la primavera de 1957 y por tanto acababan de cumplir los sesenta años. Ambos estaban despedazados por la pérdida de su pequeña.
—Joder, no me acostumbro a que le sucedan estas cosas a la gente corriente —murmuré, enrabietado.
—Todo el mundo es corriente al nacer, Ethan. Todos hemos sido niños. Yo ya sabes que tengo la piel más gruesa, pero cuando me topo con un crío de apenas veinte años cosido a balazos por una reyerta entre bandas que trafican tampoco encuentro consuelo.
—Es verdad. Pero no es lo mismo. Es complicado explicarlo.
No quería contarle a Worth que me estaba acordando de mi padre y de la forma en la que murió. Que una astilla infinita se removía en mis entrañas y me traía a la mente que el indeseable que lo había atropellado, dándose de inmediato a la fuga, seguía por ahí tan tranquilo, mientras mi madre y yo ya jamás habíamos sido los mismos. Y lo peor, que mi padre no merecía perder la vida de esa manera, desangrándose en un arcén, balbuciendo unas palabra ininteligibles a una desconocida. Aunque las pesadillas habían remitido mucho, aún lo seguía imaginando en ese instante terrible, tratando de aferrarse a la vida, como el luchador que siempre había sido. Y me seguía atormentando el que la anciana que lo acompañó en esos últimos minutos, y que había dado el aviso a emergencias, hubiera sido incapaz, pese a sus denodados esfuerzos, de comprender qué mensaje intentaba trasladarle mi progenitor.
—¿Estás bien? —preguntó de súbito el detective.
—Sí, sí, todo bien —respondí, como despertando de un largo y tortuoso sueño.
—Te has quedado mudo. Sólo mirabas por la ventanilla.
Jim ya me conocía lo suficiente como para saber que no le estaba siendo sincero, pero tampoco deseaba hurgar más. Era un buen amigo.
—Pensaba en esos padres, nada más.
—Han estado en contacto con una médium.
—¡Cómo! —exclamé, colérico.
—Sabía que no te iba a hacer gracia, pero es bueno que lo sepas. Sacarán el tema. Fue la madre la que se empeñó, y desea que colabore en la investigación.
—Esto es de locos. No me libro de estos disparates. Al menos cuando trabajo en Quántico los departamentos de policía se abstienen de incluirlos en los expedientes o tengo la esperanza de que en realidad no hay tanto trastornado por ahí suelto y sólo me doy de bruces con ellos cuando viajo al centro del país. Tuve suerte en Arizona y nadie se puso a proponer soluciones extravagantes.
—No digas esas cosas, Ethan. Son gente desesperada. Recurrieron a la médium tres meses después de la muerte de su hija. Ya sabes… creen que no hacemos lo suficiente, que nos hemos olvidado del tema y recurren a cualquier cosa. Quizá yo hiciera lo mismo en su lugar.
A cualquier cosa. Yo aún no era padre, pero pronto lo sería y quizá comprendiera lo lejos que es capaz de llegar uno con tal de hallar una explicación, o de hacer justicia. Ya sabía lo que podían llegar a hacer, pero no podía meterme en su piel. Hay que tener un hijo para concebir un hecho tan singular y, al mismo tiempo, tan corriente.
Seguimos por la Interestatal 70 un buen rato, en silencio. Era lo mejor. Aunque me faltaban datos para poder entrevistar a los Mitchell de un modo más profundo, y el detective era el único que podía facilitármelos, la tensión que se había creado entre el bueno de Worth y yo requería de aquel mutismo, de aquella calma, para hacer regresar las aguas a su cauce.
Tomamos la salida 253 y entramos a la ciudad por la zona noreste. El detective estacionó en Riverside Drive, frente a una preciosa casa de tres alturas, ubicada junto al parque Lakewood.

Encontré aquel lugar idílico, el sitio en el que a cualquiera nos hubiera encantado criarnos.
—Esto es precioso.
—Sí, Ethan; pero ahora es una especie de cementerio para esos padres. Necesito que hagas lo mejor que sabes tu trabajo, ya me entiendes.
Jim me había puesto su mano sobre la rodilla y la agitó con afecto. No me miraba a los ojos; tenía clavados los suyos en la fachada del hogar de los Mitchell. Comprendí que aquel caso se había convertido en una cuestión muy personal y que al igual que aquellos padres buscaban la ayuda de una médium él había recurrido a mí con idéntica desesperación.
—Cuenta con ello. Para mí este caso ya es tan importante como para ti, y no pienso decepcionarte. Vamos a descubrir juntos la verdad.

Capítulo VI

Después de cinco meses de investigación Worth ya conocía bien a los Mitchell y supo manejar la situación con tacto y con habilidad. Al igual que tantas otras veces, mi presencia se justificaba como una muestra del empeño que estaban poniendo los agentes en hallar al culpable del crimen, en esta ocasión las dos oficinas del sheriff implicadas y el Departamento de Policía de Topeka. En cierto modo no les engañaba, la mayoría de homicidios son resueltos sin que el FBI meta las narices; no digamos ya el coste, en todos los sentidos, de desplazar a un agente especial de la UAC desde Washington a cualquier zona del país. También era un modo de expresar a la familia que no estaban cruzados de brazos y que el asesinato de su hija no se había archivado, como tantos otros, a la espera de que una llamada o un indicio cualquiera impulsaran de nuevo el caso.

El hogar de los Mitchell era tan bonito por dentro como por fuera. Se habían tomado la molestia de preparar un pequeño almuerzo frío y de ornamentar la mesa del comedor, como si fuéramos dos invitados especiales a los que había que tratar con la máxima cordialidad y respeto.

Mientras el detective hablaba y repasaba algunas cuestiones menores, a modo de introducción, yo estaba en otro mundo: me fijaba en la decoración de la planta baja y en los rostros de los progenitores. Chloe estaba devastada y se percibía en sus ojeras, en el cabello descuidado y sin teñir desde hacía semanas, en la ropa mal combinada y en que no se había maquillado. En algunos retratos que había repartidos por el salón, que se notaba eran recientes, aparecía resplandeciente, casi radiante. Pese a todo se había preocupado de que su casa estuviera en perfecto orden para recibirnos.

Logan, por el contrario, mantenía la compostura. Era un hombre alto, delgado, en buena forma pese a su edad, con un abundante cabello color platino que estaba peinado de una forma impecable. El contraste entre marido y mujer resultaba llamativo, aunque cada persona afronta estas duras situaciones de un modo diferente. Quizá mientras Chloe exteriorizaba todo su dolor Logan estuviera, desde su aparente frialdad, cultivando en sus entrañas alguna úlcera o males peores. Nunca se sabe.

—Me gustaría ver la habitación de su hija —dije al fin, tras haber permanecido casi en absoluto silencio por espacio de media hora.

Los padres se miraron unos segundos. Parecían comunicarse a través de los ojos, sin necesidad de articular palabra. De súbito Chloe Mitchell se incorporó y me indicó con un delicado gesto que la acompañara hacia la planta de arriba. La seguí, intrigado, hasta que llegamos a la estancia de Abigail.

—Desde que encontraron el cuerpo de *Abby* mi marido no ha vuelto a pisar esta habitación. Yo, sin embargo, la limpio cada día, como si ella fuera a regresar de su trabajo en Junction City en cualquier momento.

A los dos se nos hizo un nudo en la garganta. Un par de lágrimas se escaparon de los ojos de aquella madre asolada y a mí me costó un esfuerzo descomunal articular sonido alguno.

—Les comprendo. Soy incapaz de ponerme en su piel, desde luego, pero ambas actitudes son normales. Me imagino que no le consolará que le diga que el tiempo, poco a poco, logra que nos adaptemos a la nueva realidad.

—No lo sé. Yo no soy la misma. Logan tampoco. Yo parezco un despojo y él una estatua. Ninguno éramos así, se lo aseguro. Él ni siquiera se atrevió a reconocer a nuestra hija, no deseaba verla. Tampoco me acompaña al cementerio Gypsum Hill, donde descansa, y sólo queda a tres manzanas de aquí. Ha dejado de jugar al golf…

Kansas de nuevo. Otra vez un padre que es incapaz de afrontar la muerte de su hija. El destino jugaba conmigo, y lo hacía con el mal gusto y el retorcimiento de un sádico degenerado.

—Están recibiendo atención psicológica…

—Al principio, pero pronto nos cansamos. El silencio es mejor. No hablar es mucho mejor.

—No es el lugar ni el momento de discutir eso, pero considero que deberían retomar la terapia. A medio y largo plazo da muy buenos resultados —murmuré, deslizándome por un terreno peligroso y que no me podía acarrear más que problemas.

—Yo tengo a Gabriella. Me está ayudando mucho. Me siento bien cuando estoy con ella. Pero mi esposo se niega en redondo. Lo que le he comentado, parece como petrificado.

—Disculpe, pero… ¿quién es Gabriella?

—Una espiritista. Viene a verme una vez a la semana. Reside en Abilene, no muy lejos de aquí. Está intentando colaborar.

No pude evitar lanzar un largo resoplido y llevarme la mano a la frente. Estaba delante de aquella mujer abatida pero era incapaz de controlar mi temperamento.

—Señora Mitchell…

Chloe me puso la palma de su mano en la boca, para evitar que pudiese continuar. No estaba enfadada, al contrario; parecía más taciturna, más apagada.

—Llevamos cinco largos meses esperando. Estoy muy contenta de que le hayan traído desde la central del FBI, sé que no es lo habitual. Pero de momento no han encontrado al asesino de mi hija. No me dé lecciones sobre cómo debo soportar esta situación y atrape al salvaje que mató de esa forma a mi pequeña. Sólo entonces atenderé sus consejos al respecto.

No hice comentario alguno. Aquella madre tenía toda la razón, de modo que me dispuse a hacer mi trabajo y escapar del laberinto en el que me había metido. Como casi siempre, la habitación parecía la de alguien que sigue con vida. Todas sus cosas en orden. La cama hecha. Los libros en las estanterías. Las fotografías sujetas con chinchetas en un enorme panel de corcho. Un banderín y dos pompones de color amarillo y negro de animadora de los Wichita State Shockers.

—¿Llevaba una vida muy dinámica?

—No, no, en absoluto. Era muy tranquila. Lo que tiene delante de sus ojos son cosas de varios años. Quizá dé una apariencia equivocada de su carácter.

Recordé el cartapacio que Worth me había facilitado con la infinidad de sospechosos, lo que significaba que en verdad ninguno lo era en profundidad. Una chica normal, que llevaba una vida corriente a la que casi seguro asesinó un indeseable vulgar. Así de terrible puede llegar a ser la cruda realidad.

—¿Tenía un diario o algo semejante?

La señora Mitchell abrió un cajón del escritorio de su hija y me tendió un cuaderno de anillas de tapas azul claro. Lo hizo de un modo muy particular, como si me confiara uno de sus más preciados tesoros.

—Esto es lo más parecido. No es un diario, exactamente. No hay fechas, ni nada por el estilo. Son sólo pensamientos y reflexiones. Lo encontraron los agentes que revisaron la habitación y se lo llevaron consigo. Al cabo de unas semanas me lo devolvieron.

—¿Podría prestármelo unos días?

Chloe dudó. Me miró a los ojos durante casi un minuto, un tiempo que se hizo eterno. Mientras analizaba mi expresión se mordía una uña, nerviosa, como una chiquilla que va a dejarle a otra su juguete favorito y recapacita si es una buena idea.
—Sólo tres días. Y cuídelo como si fuera de su propia familia. Los psicólogos me advirtieron que no debía hacerlo, pero suelo leerlo con frecuencia. Es como escuchar la voz de *Abby*. Debo de estar perdiendo el juicio, si es que no me he vuelto loca de remate y ni me he dado cuenta —musitó la mujer, amagando una sonrisa mustia.
—Se lo prometo. Es muy importante. De no serlo no me atrevería a pedírselo. Y no, descuide, no ha perdido la cordura. Está luchando contra el dolor lo mejor que puede, nada más y nada menos. Yo también le diría que dejase por unos meses el cuaderno bien guardado en el cajón, pero es usted la que decide, y lo que decida bien estará —mentí, incapaz de ponerme a sermonear a la señora Mitchell, que era como un castillo de naipes al aire libre en mitad de una tormenta. Era increíble que siguiese en pie.
—Sé que no es así. Imagino que debe de haber un protocolo, que habrá demostrado su eficacia, pero yo ya soy mayor y es complicado que cambie. Sólo me queda la fe. ¿Es usted muy creyente?
Apreté con suavidad el cuaderno de Abigail; necesitaba algún lugar al que asirme y era lo único que tenía entre las manos. Deseé con toda el alma no haber dejado ninguna marca.
—No, no lo soy. Pero es bueno que usted lo sea.
—Por eso me visita Gabriella.
—No me refería a ese tipo de fe —repliqué, pensando en mi madre, y en sus frecuentes visitas al cementerio de Mariposa, donde descansaban los restos de mi padre.
—¿Necesita algo más? —preguntó Chloe, con brusquedad, invitándome a abandonar la habitación de su hija.
—Sí, sólo una cosa. Me gustaría saber de quién sospecha usted.
La señora Mitchell se quedó perpleja. Considero que era la última pregunta que esperaba de un tipo como yo, y no disimuló en absoluto su asombro.
—Hay dos oficinas del sheriff y todo un departamento de policía trabajando desde hace meses, ¿en serio cree que es importante mi opinión?
—Sí, lo pienso. Usted es su madre —dije, hablando en presente—, y hay cosas que sólo una madre intuye. Quizá no me lleve a ninguna parte, o quizá sea un punto de partida desde el que inicie el camino que me conduzca a la solución.
Chloe se pasó las manos por el cabello y miró a través de la ventana del cuarto de su hija. Justo al otro lado de la calle crecían diversidad de árboles un tanto descuidados y salvajes, pero que formaban una bella estampa.
—Mi marido piensa justo lo contrario. Pero yo creo que no es nadie de por aquí. Es imposible. Ni de Junction City, donde trabajaba. Yo creo que esto viene de largo. Tengo la seguridad de que es alguien de Wichita, que conoció allí, mientras estudiaba. Alguien que no llegó a descubrir toda la bondad y el encanto que había en *Abby*.

Capítulo VII

Crucé algunas palabras con el señor Mitchell, pero tal y como me había advertido su esposa era como tratar de comunicarse con una efigie de escayola. Sus respuestas eran lacónicas y apenas reflejaban emociones. Cuando abandonamos la casa y me metí con Worth en su vehículo no pude contenerme.

—Ese hombre, ¿actúa así desde el principio?

—Desde el principio no. Tenía esperanzas y era muy activo. Podría asegurar que estaba incluso animado, optimista. Digamos que todo se torció el día que fue hallado el cadáver de su hija. Y conforme ha pasado el tiempo las cosas han ido a peor. ¿Qué diablos esperabas?

No quise responder a la pregunta del detective para no meterme en un lío y le mostré el cuaderno de tapas azules.

—Ya lo he leído. No creo que saques nada en claro de ahí —musitó Worth, alicaído.

—¿Estás convencido?

—No, no lo estoy. No soy psicólogo ni trabajo en la Unidad de Análisis de Conducta, pero sólo son los pensamientos de una chavala normal. No nos llevaron a ningún lado. Sólo menciona a su ex-novio y a su mejor amiga. Habla de otras personas, pero no escribe sus nombres. Y tampoco describe nada particular.

—Interesante —comenté, agitando el cuaderno en el aire.

—Tú sabrás lo que te haces…

—¿Qué te pasa, Jim? —pregunté, pues notaba un tanto arisco al detective, una actitud muy alejada de su carácter habitual.

—Detesto venir a este lugar. Odio tener que ver a esos padres para no darles la noticia que están esperando. Es lo único que deseo ahora: llegar un día, aparcar aquí mismo y decirles que pueden descansar y que el bárbaro que mató a su hija ya está entre rejas. Seguro que me entiendes.

Y sí, le comprendía perfectamente. Yo no había llegado a empatizar con aquella familia destruida, pero sí me había sucedido en mi primera estancia en Kansas. Worth sabía bien lo que decía, qué botón de mis emociones tenía que pulsar para que me pusiese en su lugar.

—Claro que sí. ¿Comenzamos la ruta?

Desde el hogar de los Mitchell nos incorporamos a la antigua autopista 81 y luego a la Interestatal 135. El detective conducía muy despacio, como si entre aquellos inmensos campos de cereales que se extendían a ambos lados de la carretera yo fuera a ser capaz de hallar algo de interés. Tuve tiempo de fijarme en un lugar en el que vendían tractores de todos los colores y tamaños. La *América profunda*, la que nos daba de comer a los que sólo habíamos vivido en grandes ciudades y que no teníamos ni idea de lo que era la dura vida de un granjero o de un agricultor.

—¿Por qué vas tan lento?

—No sé, quiero que te fijes en todo. Habré realizado este trayecto más de veinte veces, y siempre me topo con algo nuevo. Dudo mucho que tú regreses por aquí, de modo que necesito que mantengas los ojos bien abiertos.

Sólo habíamos trabajado dos veces juntos, pero Worth me conocía muy bien. Habíamos pasado mucho tiempo reflexionando, casi pasando el día completo el uno al lado del otro, y entre ambos había nacido una de esas singulares amistades que se forjan en meses y que resultan ser más sólidas y profundas que otras que cuentan con años. Éramos muy distintos, pero nos teníamos una alta estima.
—Ni mi madre me hablaría así —murmuré, intentado que el detective saliese de su actitud rígida y severa.
—Tu madre te conoce mil veces mejor que yo como hijo y como persona. Pero yo te tengo calado como agente especial del FBI. En el ámbito profesional se puede decir que soy lo más parecido a tu madre —replicó Jim, sonriendo al fin y guiñándome un ojo.
Continuamos a ritmo de tortuga por la I-135. Para demostrarle mi implicación exageré la forma de mirar a un lado y a otro, como si tuviera la vista de un águila y fuera capaz de ver con nitidez a media milla de distancia. Pero el paisaje era monótono y nada invitaba a centrarse en un punto concreto. Además, tampoco creía que aquello nos llevase a ninguna parte. Formaba parte de las obsesiones de un detective martirizado por un caso sin resolver.
—Esa cámara de allí registró el paso del vehículo de Abigail —dijo Worth, señalándome una cámara ubicada en lo alto de un poste.
—¿Se la puede ver acompañada?
—Es una cámara de tráfico normal. Apenas tiene resolución. Ni siquiera es capaz de identificar matrículas. Pero por la hora y por las características del vehículo sabemos que era ella.
—Bueno, al menos tenemos algo.
—Tenemos mucho, Ethan, pero tu dichosa manía de no empaparte de los informes tiene dos caras: una buena y una mala. Cuando te pedí ayuda sólo estaba pensando en la buena.
Nadie lo podía haber expresado mejor. Las dos caras de la moneda. Renunciar a conocer la opinión de terceros para no verte *influenciado* por ellos suponía un alto coste: andar perdido en una investigación que ya estaba muy avanzada.
Dejamos atrás un cartel que anunciaba que Lindsborg todavía se encontraba a siete millas, y Wichita a setenta. A aquel ritmo íbamos a tardar toda una vida en llegar al lugar del crimen, pero no quise decir nada para no contrariar a Jim.
—Dudo que quedase por esta zona. Pasan muchos coches y aunque se puede estacionar fácilmente más allá del arcén resultaría un tanto llamativo —comenté, para mostrar mi implicación.
—Está claro que no fue así. Lo valoramos sólo al principio, pero ya está descartado.
—Comprendo.
Un cuarto de hora más tarde por fin llegamos a la salida 78, en dirección a Lindsborg. Tuve que contenerme para no lanzar un alarido de alivio.
—¿Ves? —preguntó Worth mientras nos desviábamos, señalando un poste metálico.
—¿Qué?
—Otra cámara. Igual que la anterior. También registra el paso de *Abby* por aquí. La resolución es casi peor, pero está claro que era ella. Por desgracia ya no hay más cámaras.
Nada más coger la KS-4 pude atisbar una torre bastante alta en mitad de un campo árido.
—¿Y eso? ¿No es una cámara?
—No, no. Esa es la antena repetidora que cubre esta zona. Es la última que emitió señal del celular de la chica.
—¿Realizó una llamada?
—No, nada de eso. Ojalá. Ojalá hubiera enviado aunque hubiese sido un mísero mensaje por WhatsApp. Quizá así podríamos triangular su posición con otras antenas. Sólo emitió una señal de

que estaba activo. Nada más.
El detective redujo todavía más la marcha. Apenas avanzábamos a 15 millas por hora. Si me hubiese bajado del SUV y me hubiese puesto a correr con ganas hubiera llegado antes que él a cualquier parte. Pero pronto descubrí que, ahora sí, tenía sentido. Tras una hilera de altos árboles secos y podridos se abría un camino polvoriento hacia nuestra derecha.
—Aquí podría haberla esperado. Es un lugar ideal, apartado y discreto.
—Eso es Winchester Road —dijo Worth, con pesadumbre.
Aquella pista arenosa y mal cuidada era el lugar en el que habían encontrado el coche abandonado de Abigail. Seguía siendo un necio, pero no tanto como para haber olvidado el nombre de la calle.
—Joder, por aquí no tiene que pasar un alma en todo el día —manifesté, perturbado.
—Casi nadie. Apenas hay un puñado de casas en las diez millas que tiene este camino. Todo lo demás es campo. También existe una pequeña zona recreativa, luego te llevo. Primero quiero que eches un vistazo al lugar en el que encontraron el cadáver de *Abby* los voluntarios.
—¿Esta es la única entrada a Winchester Road?
—No, en absoluto. Se puede llegar desde mil sitios distintos, esto es como un tablero de ajedrez en el que las líneas son caminos de tierra que se entrelazan. Sólo los usan los agricultores para llegar a sus campos y, los fines de semana, algún excursionista que conoce la zona.
—En tal caso, la cámara de la salida 78 puede ser de mucha utilidad.
—Bueno, el día que tengamos un vehículo concreto en el que fijarnos quizá sea de ayuda. Pero como te he dicho, se puede llegar a la zona por mil sitios. No creo que saliese desde el noreste. Ni siquiera creo que subiera desde el sur tomando la I-135. Seguro que dio un largo rodeo, a poco que conozca estos parajes, y se encontró con Abigail llegando desde el oeste. Es más seguro, son carreteras menos transitadas y sin vigilancia.
—La señora Mitchell me ha dicho que no piensa que sea alguien de Salina.
—Tenemos una tonelada de sospechosos. De Salina, de Wichita, de Junction City, de Newton…
—Ya, lo sé. Pero, ¿tú qué opinas?
—Puede que tenga razón. Su marido opina diferente y poco menos que propone que hagamos la prueba del polígrafo a todos los habitantes de la ciudad. No quiere salir de su casa para no cometer una locura. Sospecha hasta del vecino de al lado, que es un anciano que apenas puede caminar. Lo único cierto es que sus testimonios han valido de poco. *Abby* era una buena chica, desde luego, pero no compartía tanta información acerca de su vida personal con sus padres como ellos creen.
—Jim, ¿por qué estás tan convencido de que yo podré ayudar en la investigación?
—Porque no me queda otra, Ethan.
Dejamos atrás Lindsborg y continuamos por la KS-4, hacia el oeste. Worth me dijo que pensaban que Abigail no había llegado hasta el pueblo, o al menos hasta la primera estación de servicio, pues una cámara que apenas permitía ver la carretera no había registrado el paso de un coche similar al suyo. Más adelante había dos gasolineras más, pero una tenía la cámara de seguridad estropeada desde hacía semanas y la otra la tenía orientada hacia los surtidores y la entrada de una pequeña tienda.
El paisaje se había vuelto más desolado y salvaje. Los campos de cereales estaban secos y otros sólo eran enormes extensiones de tierras sin cultivar. Apenas nos cruzamos con cuatro coches en varias millas y sólo pude atisbar un par de casas y una subestación eléctrica. Estábamos en mitad de la nada.
—¿Cómo pudo quedar la chica con alguien aquí?
—Esa es la hipótesis con más fuerza. Tuvo que llegar hasta Winchester Road por voluntad propia. Quizá sólo deseara ver a la persona un momento, y sus planes en Wichita se torcieran, pero hasta ese

lugar ella condujo su coche.
—Pero yo no me metería en la vida por estos caminos de tierra. De verdad, parece como si estuvieran creados para cometer un crimen sin la posibilidad de que exista algún testigo.
—Eso lo dices porque ahora vives en Washington y porque te has criado en San Francisco. Yo llevo toda la vida en Kansas y te aseguro que ella no veía ningún peligro. Aquí no suele pasar nada. Hay más crímenes en un año en un barrio de Chicago que en uno de estos condados en toda una década. Esta es una zona tranquila, donde la gente se dedica a trabajar y a echar una mano al vecino. Como se suele decir: *nadie cierra con llave la puerta por las noches*.
Esa dichosa frase la había leído en cientos de informes policiales que llegaban a Quántico cada mes. Era una lástima, pero de vez en cuando había que realizar campañas de concienciación para que la gente llevase más cuidado con su seguridad. Si bien era cierto que las tasas de criminalidad en los condados pequeños ni se acercaban a las de estados como Nueva Jersey y Luisiana o ciudades como Detroit, donde yo había participado en la resolución de mi primer caso *sobre el terreno*, los tipos más depravados se aprovechaban de esa circunstancia para campar a sus anchas por lugares en los que la comunidad era confiada por naturaleza y acogedora. Una idea tan terrible como real.
—Tú conoces todas estas carreteras y no voy a discutir contigo, pero no me negarás que este panorama es un tanto desolador.
—Ahora es verano y todo cambia. Te garantizo que a finales de invierno todos esos campos están radiantes y verdes. Y no es extraño que nieve algunos días. Cambiarías de opinión. Y también lo harás cuando lleguemos al lago.
El lago, otro lago. Kansas, homicidio y lago eran palabras que parecían estar estrechamente vinculadas en mi devenir. Esta vez no se trataba de una orilla apartada, pero sí de un lugar de recreo con un lago muy cercano. De nuevo la ventura jugando de un modo diabólico conmigo.
Tras recorrer un trecho de la KS-4 que se me hizo infinito giramos a la derecha para tomar 29th Road, que en realidad era la KS-141. Vi de inmediato indicaciones que anunciaban que el lago Kanopolis se encontraba a tan solo 4 millas de distancia. Me desesperaba la marcha cansina a la que avanzábamos, pero Jim tenía razón en una cosa: era muy extraño que yo volviese a recorrer aquellos caminos desérticos. Acostumbrado a repasar expedientes sentado en mi confortable despacho de Washington, no tenía ni el ánimo ni el temple necesarios como para visitar la escena del crimen en persona varias veces y mucho menos andar de un lado para otro por carreteras ruinosas. Por suerte para la comunidad los agentes de policía están dispuestos a realizar ese sacrificio las veces que haga falta con tal de atrapar a un asesino. Yo sólo era un *niño bien* que de vez en cuando salía de su lujosa madriguera para darse de bruces con la realidad más espantosa.
Seguimos nuestro peregrinaje. El paisaje era aún más árido, y ya no nos cruzamos con un solo coche. Parecía una carretera que conducía a ninguna parte, o al fin del mundo en el mejor de los casos. Aquello me hacía sentir incómodo y nervioso. Más adelante vi a la derecha una bonita construcción de color marrón que, obviamente, llamó mi atención.
—¿Qué es eso?
—Una pequeña depuradora. No hay cámaras, nadie trabaja los fines de semana y sólo se acercan un par de empleados hasta aquí. No ha servido de nada —contestó el detective, que tenía la vista clavada en algún lugar del norte, un punto que yo no divisaba pero que él tenía injertado en su memoria.
A la izquierda vi unas naves rectangulares, sin vehículos aparcados a su alrededor, que supuse servían para almacenar grano y para resguardar maquinaria agrícola y otros aperos. No quise incordiar a mi colega y me abstuve de formular pregunta alguna. Pero sólo un cuarto de milla más

adelante nos topamos con un pequeño edificio y tres surtidores de gasolina.
—Y aquí, ¿hay cámaras?
—Ojalá. Ninguna. ¿Quién diablos va a venir a robar a esta gasolinera en la que repostarán diez vehículos al día? No compensa la inversión.
—Estamos bien jodidos.
—Ya comienzas a asumir la complejidad del caso. Por eso te quería llevar por aquí y que te fijases en todos los detalles. Yo creo que cuantas más veces recorro estos caminos más cerca estoy de la verdad, pero hay algo que se me escapa. Seguro que tú lo encuentras.
No tenía la menor idea de a qué narices se refería el bueno de Worth, pero me limité a asentir. Bastante tenía con estar encerrado en su misteriosa pesadilla como para discutirle nada. Además, de súbito el detective giró a la izquierda y tomó la serpenteante Langley Port Road. El panorama cambió de repente: árboles frondosos, césped cuidado y diversas zonas de aparcamiento. Era como haber pasado de los páramos a un vergel.
—¿Ya estamos en las inmediaciones del lago?
—Sí, ya te dije que esto era otra cosa. Ahora suele estar animado, pero en primavera es la mejor época. Es un lugar maravilloso.
El detective me había respondido con la tristeza de quien piensa que ha perdido algo que jamás podrá recuperar. Para él ese paraje ya jamás sería un lugar de ensueño en el que poder descansar y disfrutar.
Un bonito cartel de madera nos anunció que estábamos adentrándonos en el área recreativa del lago. También había un mapa de la zona y una explanada en la que poder montar agradables almuerzos con los amigos. Todo estaba muy cuidado y presentaba un aspecto impecable. Parecía mentira que hubiésemos pasado de una aridez casi desértica a aquel lugar tan idílico y exuberante en vegetación. Sólo un poco más adelante el detective aparcó su SUV junto a una zona frondosa, repleta de altos árboles y de vegetación baja.
—Tendremos que seguir un trecho a pie —me indicó, señalando el interior de la arboleda.
Apenas nos internamos unas yardas Worth se detuvo y miró al cielo. El sol se filtraba entre las copas de los árboles y un haz de luz se reflejaba en su rostro. La imagen resultaba hipnótica y triste a la vez. Pude ser capaz de ponerme en su lugar, aunque fuera sólo durante unos segundos.
—¿Es aquí?
—Sí, aquí fue donde los voluntarios hallaron el cuerpo sin vida de *Abby* —respondió, sin mirarme, con los ojos clavados aún en las alturas, como si estuviera recibiendo un mensaje desde el cielo.
Saqué de una carpeta una decena de fotografías que había traído conmigo y las comparé con lo que tenía delante de mis ojos. Los cinco meses de diferencia, con los cambios de estación, habían variado significativamente la escena. Echaba de menos algunos lugares en los que la nieve se había congelado y la vegetación ahora era menos verde pero más frondosa. También faltaba el cuerpo de la joven Abigail, en aquella posición tan enigmática y con aquellas heridas tan terribles sobre su cadáver.
Aunque el espacio no era muy amplio, en realidad era un pequeño abierto entre la multitud de árboles que se agolpaban en la zona cercana al lago, se sentía la humedad que llegaba desde la orilla, pese a que no podía atisbarse el agua.
—El cuerpo tuvo que congelarse en pleno febrero, estando tan cerca del lago.
—Sí. Ya te comenté que eso dificultó mucho la labor de los forenses y el establecimiento de una franja horaria para delimitar el momento del fallecimiento. Pero mi teoría es que acabaron con ella el mismo día de su desaparición. Nadie la secuestró y la mantuvo por aquí. Es un disparate, hasta para

la mente de una bestia sin escrúpulos.
Como el cuerpo de la joven Mitchell ya no estaba allí tuve que ir jugando con las perspectivas y con las diez instantáneas, obtenidas desde varios ángulos, que había traído conmigo. El asesino había actuado con calma, demasiado seguro de que allí nadie podría incordiarlo mientras realizaba su carnicería.
—Imagino que aquí en febrero no viene nadie de visita, aunque sea para echar un vistazo al lago.
—Más adelante hay un pequeño resort, varias viviendas de lujo y un modesto embarcadero. Pero, tal y como sugieres, en invierno esto está muy parado. No resulta tan agradable como en primavera o principios de otoño. Pueden pasar horas sin que un vehículo circule por la carretera en la que hemos dejado aparcado el coche.
—Luego el tipo que buscamos conoce muy bien este lugar.
—Eso seguro. Lo malo es que mucha gente lo conoce. Y no te hablo sólo de las inmediaciones, como Salina, McPherson, Newton o Hutchinson. Hasta aquí se acercan personas que viven en Wichita, Topeka, Manhattan o Emporia; ciudades que están relativamente alejadas.
—¿A cuánto queda Topeka de este lugar?
—A unas dos horas en coche. Justo el límite para poder realizar una fabulosa excursión de un día y estar a tiempo para la cena de vuelta en casa.
Mientras hablaba con Worth seguía caminando en círculo alrededor del lugar que había ocupado el cuerpo, con las terribles fotografías en una mano, intentando hacerme una idea de la escena lo más fidedigna posible. En uno de aquellos movimientos un destello surgido de entre la maleza me cegó por un instante. Me acerqué, pensando que se trataría de alguna lata de refresco o de un trozo de cristal, que bien podrían provocar un incendio, ahora que el calor comenzaba a apretar con ganas en la zona. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuanto lo que encontré fue la sección de una concha marina de singular belleza.
—Jim, ¿qué es esto?
El detective se acercó y contempló el caparazón boquiabierto. Tardó varios segundos en responder a mi pregunta.
—Parece la concha de un molusco, y lo cierto es que estamos a muchas millas del mar.
—¿Es posible que se os escapara?
—Joder, Ethan, ¡has perdido el juicio! Aquí han estado los de la científica dos veces, y un puñados de agentes, entre los que me encuentro, hemos peinado la zona al menos una decena de ocasiones más. Esto lo puede haber dejado cualquiera el pasado fin de semana, pero te garantizo que no estaba junto al cadáver.
—¿Llevas en el SUV guantes de látex, una cámara decente y bolsas para guardar pruebas?
—Sí, creo que sí. Pero le estás dando demasiada importancia. Ya te lo he comentado, en primavera por aquí han pasado miles de visitantes. Esto lo puede haber dejado cualquiera.
—¿Aquí? ¿En este exacto lugar?
—Sí, no sé… una casualidad. Un crío que estaba jugando con ella y que se la dejó olvidada.
—Me conoces y sabes que no creo demasiado en las casualidades.
—Perfecto. En tal caso, ¿qué es lo que sugieres?
—Que el asesino ha regresado a la escena del crimen. No sé si una vez o cien. Es algo más frecuente de lo que solemos tener en cuenta. Lo que tengo claro es que dejó eso ahí a propósito, y que tiene algún significado en su siniestra imaginación.

Capítulo VIII

Casi al anochecer de ese mismo día un equipo de forenses visitaba la escena del crimen para estudiar cada palmo de terreno en busca de alguna evidencia. Worth y yo, entretanto, nos quedamos en una sala del Departamento de Policía de Topeka reunidos con otro detective, Andrew Jones, y con la investigadora Grace Carter. A ambos les pareció más que sospechoso que justo en el mismo lugar en el que habían dejado el cuerpo de Abigail Mitchell apareciese aquella curiosa concha seccionada. Todavía no los conocía a fondo, pero ya empezaba a hacerme una idea del carácter de cada uno.

—Jim tiene razón, y puede tratarse de una maldita casualidad, pero es algo más que improbable. No pasa tanta gente por esa zona en estas fechas, y menos para dejarse olvidada esta cosa —sugirió Carter, que observaba las fotografías que Worth había tomado del caparazón, pues ya no lo teníamos en nuestro poder, al haber sido enviado para que le realizasen un concienzudo análisis.

—Y de qué se trata… ¿Un mensaje del asesino? ¿Un gesto de arrepentimiento? ¿Una broma de mal gusto con la que hacernos perder el tiempo? —preguntó Jones, un tipo duro, de rasgos muy marcados y tez oscura, demasiado para Kansas. Parecía sacado de una película de matones que se ganan la vida en los peores distritos de Miami dando palizas. Contrastaba mucho con el temperamento de mi buen amigo Jim.

—Ahora mismo no lo sé. La posición en la que dejó el cuerpo ya supone todo un misterio, y esto quizá puede confundirnos; pero a la larga arrojará más luz sobre la personalidad del asesino —respondí, intentando aparentar que dominaba, hasta cierto punto, la situación. En realidad estaba muy perdido todavía y necesitaba tiempo para reflexionar.

—Tenemos que colocar unas cámaras ocultas entre la maleza. Con visión nocturna. No descartemos que ese desgraciado regrese con relativa frecuencia allí para recrear su fantasía —apuntó la investigadora.

—Es imbécil o qué… ¿Volver una y otra vez hasta que un día nos encuentre con las esposas listas para colocárselas? —espetó Jones.

—Grace tiene razón. Los asesinos suelen retornar al lugar en el que cometieron sus crímenes. Los hay que lo hacen para revivir esa experiencia tan terrible, pero también otros que se sienten culpables y desean expiar su pecado —aduje.

—Y en este caso, ¿a cuál de las dos opciones nos enfrentamos? —inquirió Worth, que estaba agotado y cuya voz apenas resultaba audible en la estancia.

—Creo que al segundo. El primero es más propio de los asesinos en serie. Pienso que este individuo no ha matado en el pasado. Este es su primer homicidio. No sé si lo hará en el futuro, pero tengo la certidumbre de que no lo ha hecho con anterioridad. No hay un modus operandi similar en el ViCAP, y un asesino en serie, da igual que sea organizado o desorganizado, sigue un patrón muy marcado. Sus traumas, sus fantasmas mentales y su primer crimen sellan el resto de su trayectoria sangrienta —conjeturé, arriesgando más de lo que debía.

—Al final has dado, nada más llegar, con una posible evidencia —dijo la investigadora, que me trataba con respeto y con un punto de admiración—, aunque no esté confirmado. ¿Qué es lo que

necesitas de nosotros?
—Me gustaría que acotaseis el listado de sospechosos. Son muchos, y no dispongo de tanto tiempo. Quisiera entrevistar a cinco o seis. Los que juzguéis que tienen más puntos según vuestra opinión. Lleváis metidos en esto cinco meses y yo sólo puedo echaros una mano. Al final los que vais a pillar al culpable seréis vosotros. Yo soy una anomalía en toda esta pesadilla y mi misión es arrojar un poco de luz desde la base de mi experiencia —manifesté, con sinceridad, pero al tiempo deseando ganarme la confianza del detective y de la investigadora.
—El ex-novio y un compañero de trabajo de la guardería en la que trabajaba, en Junction City —soltó casi sin pensar Andrew Jones. Era un tipo impulsivo y espontáneo.
—Yo sin embargo creo que esto está relacionado con el pasado, con su paso por la Universidad de Wichita. El entrenador del equipo de baloncesto y uno de sus profesores. Esto no es obra de un chiquillo —apuntó Grace Carter, apoyándose contra una mesa y clavando su mirada en el suelo, como si entre las fibras de la moqueta de color claro pudiera discernir la verdad.
Me giré y me quedé contemplando el rostro ajado y somnoliento de Jim. Estaba como en otro mundo, metido en una vorágine de reflexiones internas que lo atormentaban. Parecía querer eludir dar su parecer, pero al fin hizo un gesto con la mano y se dignó a hablar.
—Es una locura, pero su mejor amiga siempre me ha dado mala espina. Me encantaría que la entrevistaras y me dieras tu opinión. Y los que han mencionado mis compañeros serían los siguientes en la lista. Coincido con ellos. Lo malo es que no tenemos pruebas. Sólo chismorreos, indicios leves e intuición. Nada que valga la pena, esa es la triste situación.
—Bueno, no estamos tan mal. Cinco individuos, cinco sospechosos por los que comenzar a indagar y a conocer mejor el entorno de la víctima. Necesito saber lo máximo de esa chica y todo lo posible de estas cinco personas —dije, con seguridad, mientras mostraba la página de mi cuaderno Moleskine en la que había anotado aquellos sospechosos.
La investigadora abandonó la estancia durante unos segundos y regresó con cinco carpetas marrones. Las lanzó sobre la mesa, como si me estuviera retando.
—Tenías las fichas de un montón de sospechosos, pero hemos fisgoneado en la vida de todos ellos. Aquí tienes la información que hemos obtenido, para que puedas preparar bien las entrevistas. Ninguno de ellos ha mostrado reparos a la hora de colaborar, y eso que les hemos dado la lata hasta el hartazgo. Tanto si los citamos aquí como si vamos a verlos cooperarán.
—¿No hay nadie que se haya mostrado esquivo? —inquirí, deseando que por algún lado estuviera la fisura que andaba buscando.
—Nadie. O el tipo que la mató es un auténtico psicópata o ninguno de los que hemos visto hasta la fecha es el culpable. Casi todos han pasado por el polígrafo de forma voluntaria y han superado la prueba sin problemas. Estamos más jodidos de lo que parece, Ethan —respondió Carter, dejándose caer sobre una silla, como si hubiera llegado de darse una paliza en el gimnasio.
—Pues alguien la odiaba. La odiaba mucho. Esa forma de matar es muy despiadada.
—Y sin embargo todos dicen que la adoraban y que no tenía enemigos —manifestó Jones, con un deje de ironía que no me gustó en absoluto.
—Alguien miente, está claro.
—También podemos estar equivocados y que fuera un crimen de oportunidad. Un tarado que se dio de bruces con ella y que decidió jugar un rato —sugirió Andrew, sin dejar el tono sarcástico.
—Eso ya lo hemos descartado —terció la investigadora, rotunda.
—¿Qué opinas, Ethan? —preguntó Worth, que seguía consumido por su propio infierno interior.
—Coincido con Grace. Nada es casual en este homicidio. Ni el lugar, ni la fecha, ni el modo de

acabar con la vida de Abigail, ni la posición del cuerpo, ni esa maldita concha que hemos encontrado hoy…
Un agente de policía entró y dijo que Gabriella, la médium con la que se veía la señora Mitchell, estaba en la entrada y que había solicitado ver al agente del FBI que se había incorporado a la investigación.
—Ethan, está en tu mano. Haremos lo que prefieras. Sé bien lo que opinas de estas cosas, de modo que podemos transmitirle con amabilidad que agradeces sus intenciones pero que puede volverse por donde ha venido —dijo Worth.
—No, no; que suba. Pero quiero que os quedéis aquí conmigo. Vamos a terminar con esta historia de una vez, y así nos centramos en lo importante y lo que de verdad nos ayudará a resolver el caso.
El agente de policía se quedó mirando una de las fotografías del caparazón seccionado con interés.
—Una concha de nautilus. Son preciosas —dijo, de un modo anodino.
Los cuatro, casi al unísono, dimos un respingo en nuestros asientos. Yo sentí cómo el pulso se me aceleraba y cómo mis mejillas se inundaban de sangre tibia.
—¿De qué estás hablando? —inquirió Jim, muy exaltado, algo que intimidó al agente.
—Bueno, de esa foto. Yo tengo una muy parecida en casa. Me encanta recoger conchas cuando voy a una playa. Las colecciono. Aunque esa en concreto la compré por internet, en eBay. Me fascina. Creo que representa la *proporción divina*, o algo por el estilo. Pero no me hagáis mucho caso —contestó el agente, al tiempo que se alejaba de nosotros, pensando que se había metido sin buscarlo en un lodazal—. Voy en busca de la espiritista.
Cuando el policía nos dejó a solas el silencio se adueñó de la estancia por espacio de un largo minuto. Cada uno de los allí presentes cavilaba y sacaba sus propias conclusiones.
—Al final va a resultar que estamos ante una prueba de las que cambian el rumbo de una investigación, de las importantes —dijo al fin el detective Jones.
—Si no os importa, me gustaría librarme de las peroratas de Gabriella y ponerme ya mismo a indagar acerca de esa maldita concha —propuso la investigadora.
Worth me miró a los ojos y yo asentí levemente, con discreción. Al menos que las formas fueran respetadas, aunque la evidencia de los gestos dejara a la luz la tesitura.
—Perfecto. Seguro que no te pierdes nada del otro mundo. Y quizá el asesino ha lanzado un mensaje más complejo de lo que imaginábamos. No estamos en condiciones de malgastar el tiempo —murmuró Jim, dueño en apariencia de la situación.
Apenas Carter abandonó la sala el detective Jones tomó una de las fotografías del caparazón y se puso a observarla con detenimiento.
—Menudo chiflado. Espero que vuelva por allí y lo pillemos con alguna cámara.
Ninguno pudimos replicar porque Gabriella, una mujer menuda y vestida con ropa de colores muy llamativos, irrumpió en la estancia. Worth nos presentó y la espiritista tomó asiento a mi lado.
—Me gustaría hablar con el agente Bush a solas.
—Lo siento, Gabriella. He aceptado de mala gana atenderla, por lo que si desea decirme algo tendrá que ser en presencia de estos detectives. No creo en deidades, no creo en fantasmas y mucho menos en que alguien pueda hablar con los muertos —dije, con severidad.
—Ya, ya comprendo. Yo en realidad no hablo con ellos. Se podría decir que recibo mensajes. Unas veces son nombres escritos en algún lugar, otras imágenes y muy de vez en cuando sueño que me susurran algo.
—Pues ya está tardando Abigail en darle el nombre del indeseable que acabó con su vida —manifesté, usando el mismo tono antipático y agrio.

Gabriella se tomó unos segundos para responderme. Sus movimientos eran suaves, delicados, muy estudiados. La forma de mirar era profunda y su presencia resultaba agradable, pese a la antipatía que yo sentía por aquel tipo de personas.
—No puedo engañarle. Algo me dice que esta vez no podré colaborar con la justicia. Lo he hecho en varias ocasiones, puede consultar aquí mismo. A veces he servido de ayuda y otras no.
—En tal caso deje en paz a la señora Mitchell.
—¿De verdad cree que a Chloe, mientras no hallan al culpable, le vendrá bien que deje de visitarla una vez a la semana?
—Eso depende de qué historias invente.
—No invento nada. Hablamos. Tomamos juntas alguna infusión y si está de humor paseamos. Todos comentan que se encuentra mejor desde que nos vemos. No hago ningún mal.
Mantener aquel debate, encima delante de Worth y de Jones, me incomodaba. Sentía que no íbamos a llegar a ninguna parte, que estaba perdiendo el tiempo de un modo estúpido y que era mi obligación despedirme de aquella mujer de la manera más elegante posible, pues tampoco merecía un trato oprobioso.
—Está bien. Yo no me meteré en sus asuntos y usted, se lo ruego, déjenos hacer nuestro trabajo.
Gabriella me tomó una de las manos. Estuve en un tris de retirarla, como si pudiera contagiarme alguna enfermedad muy infecciosa, pero preferí aguardar y mantener la compostura. Intuía que estaba a punto de despedirse y no deseaba ser el causante de montar un número en la sala.
—Pero he venido a verle porque he soñado que una persona que usted conoce sí que pude colaborar en resolver este horrible asesinato.
O aquella mujer había perdido del todo el juicio o merecía un Oscar a la mejor interpretación del siglo. Su voz sonó sincera, y su tono era el propio de alguien que suplica ser atendido, aunque sólo sea una vez. Pensé en Tom y en Mark, incluso se me pasó por la cabeza Liz. Reaccioné. Estaba cayendo en el juego de una embaucadora y aquello no podía ser.
—¿Qué persona? Es muy sencillo buscar por internet y encontrar en poco tiempo los agentes con los que suelo colaborar. Deje de tomarnos el pelo a todos.
—No creo que sea una agente —murmuró Gabriella, sin perder la calma y manteniendo un respeto hacia mi persona que, posiblemente, ya no merecía—. También puedo estar equivocada, claro. ¿Le suena de algo una tal Juliet?

Capítulo IX

El nombre de Juliet claro que me sonaba. Había colaborado en la investigación de unos terribles crímenes cometidos por un asesino en serie en Nebraska. Yo había participado de forma activa en la resolución de aquel caso y aquella médium, de algún modo que seguía sin explicarme, había sido capaz de alertarme del peligro que corría y de algunas otras cuestiones que, por casualidad, sucedieron tal y como ella había predicho. Su contribución, debía admitirlo, había sido clave para resolver el caso. Quizá de un modo indirecto, pero era innegable que yo me había terminado dejando arrastrar por sus premoniciones. Además, Juliet era psiquiatra y eso hacía que le tuviese más respeto que a cualquier otra médium sin apenas formación que no ha encontrado mejor manera de ganarse la vida que timando al primer incauto que se cruce en su camino.
Recordé que ella había participado en varias investigaciones y que, para mi sorpresa, había sido nada menos que el Capitán de la Patrulla Estatal de Nebraska el que la había involucrado.
Ahora otra espiritista, quizá por casualidad quizá porque se había esmerado indagando en mi vida anterior, me recordaba a aquella mujer agradable y educada que me había echado una mano en el pasado a cambio de nada. Lo curioso era que Juliet regresaba a mi mente de vez en cuando, ya fuera en sueños ya fuera en mitad de una investigación, cuando mi intuición iba más allá de lo esperado y, contra toda lógica, lograba encajar una pieza de un puzle que estaba enmarañado.
—¿Te has quedado mudo? —preguntó Worth, una vez Gabriella se hubo marchado.
—Es que me ha sorprendido. Sólo me he cruzado con una Juliet en toda mi vida, y era también una médium. Fue a raíz de un caso en Nebraska. Me ha pillado desprevenido su comentario, nada más. Pero aquellos sucesos tuvieron una gran repercusión en la prensa, de modo que bien pudiera estar jugando con todos nosotros.
—Ya, ¿y qué piensas hacer?
—Voy a ponerme en contacto con ella.
Jim se me quedó mirando con los ojos casi fuera de las órbitas. Me conocía, y debido a que habíamos colaborado en dos investigaciones sabía bien lo que yo opinaba de toda esa gente. Detestaba que tanto las oficinas del sheriff como los departamentos de policía se dejaran asesorar, en última instancia, por espiritistas. Si no creí ni en la validez del polígrafo, ni en la existencia de deidades, no digamos ya en la posibilidad de que un ser humano tuviera poderes paranormales.
—De acuerdo. Me sorprendes, pero quizá pueda aportar algo de valor. No tenemos nada que perder.
—Por eso. Además, Juliet no es una simple médium. Es psiquiatra y eso, según mi forma de ver las cosas, le confiere un status distinto.
—Yo no creo en esas majaderías, pero si pensáis que puede ser útil me rindo a vuestros pies —masculló Jones, como si estuviera a punto de escupir una gran bola de tabaco de mascar.
Nos quedamos un rato más trabajando los tres, hasta que decidimos que era muy tarde y que lo mejor que podíamos hacer era descansar unas horas y regresar temprano al Departamento de Policía para ver si los forenses y los analistas tenían alguna noticia que darnos.
Worth se tomó la molestia de acercarme en su vehículo hasta mi hotel. Estaba más demacrado que yo,

un hecho inusual en un tipo duro y fornido como él, acostumbrado a aquellas duras jornadas.
—Gracias Ethan, gracias por venir —me dijo, justo cuando iba a cerrar la portezuela del SUV.
—No seas tonto, por favor. Es un placer estar aquí. Ojalá sirva de ayuda.
—Te aseguro que ya estás siendo de gran ayuda. Creo que esta noche va a ser el día que mejor duerma en semanas. Y te lo debo a ti.
No quise añadir nada más y fui en busca de la cama de mi habitación. Me tumbé y estuve casi una hora, con la ropa puesta, mirando el techo y con la mente en blanco. Después, sin fijarme ni en qué hora era, telefoneé a Liz.
—Ya estamos como cuando te fuiste a Arizona. Ethan, espero que sea algo importante, ¡son las tres de la madrugada! —exclamó mi compañera, somnolienta pero incluso un tanto contenta. Le gustaba que le llamase y eso era algo que yo no hacía con frecuencia, ni siquiera cuando estaba de viaje sin ella.
—Lo lamento. Aquí son las dos —murmuré, consultando mi reloj de pulsera—. Ha sido un día horrible y agotador. Necesitaba hablar contigo y saber que todo va bien.
—Todo va bien. Puedes dormir tranquilo.
Liz estaba embarazada de sólo unas semanas, pero ya sentía náuseas y otras molestias menores. Me sentía culpable por no estar a su lado y por haber aceptado, de forma voluntaria, echar una mano a Jim en un caso que no tenía claro cuánto tiempo me iba a tener ocupado en Kansas.
—Me encantaría poder abrazarte ahora —dije, con todo el cariño que pude reunir.
—Ethan, ¿has estado bebiendo?
—¿Bebiendo? Soy abstemio. Ni siquiera he tenido tiempo aún para salir a correr un rato.
—Es tan extraño escucharte decir esas cosas —musitó Liz, emocionada.
—Me estaré haciendo mayor.
—O a lo mejor la fatiga hace que tus neuronas funcionen del modo adecuado —dijo ella, entre risas.
—Mañana, a lo largo del día, te remitiré un poco de información. Ya sabes: autopsia y otros análisis forenses.
—Ya me temía que esto no podía ser tan bonito.
—No, no… Te he telefoneado porque quería saber cómo estabas. Siento remordimientos. Debería estar a tu lado; a fin de cuentas estamos embarazados.
—Buen intento. Yo me quedo con nuestro maravilloso embrión y tú con las ganas de vomitar, los mareos y la hinchazón.
No pude contener una carcajada. Sonó rota. Estaba de verdad débil y necesitaba conciliar el sueño, pero la voz de Liz sonaba encantadora a través del celular y deseaba quedarme dormido escuchándola.
—Está bien. Mañana te llamo a una hora decente y te cuento. Ya tendrás el mail en tu ordenador. Tenemos que pillar a ese tipo y como siempre tú me puedes ayudar, aunque sea desde más de mil millas de distancia.
Liz hizo una larga pausa. Estaba cavilando y yo no alcanzaba a comprender qué diantres había despertado su mente. Pese a todo aguardé para no molestarla.
—¿Ese tipo?
—Sí, ese desgraciado. El animal que acabó con Abigail Mitchell, ya sabes.
—Sí, estoy al tanto, más o menos. Pero, ¿habéis descartado que sea obra de una mujer?
La pregunta me trastocó. En realidad Worth había señalado como principal sospechosa a una de las mejores amigas de la joven, pero en mi cabeza no cabía esa posibilidad.
—Bueno, es lo más normal. Le hicieron una escabechina de cuidado. No encaja con el modus

operandi habitual de una mujer —dije, basándome tanto en mi experiencia profesional como en mi más que extensa formación.
—Rocuronio.
—Sí, sí, lo usaron para inmovilizarla. Pero eso qué quiere decir. Para mí sólo significa que debe tratarse de alguien con conocimientos de medicina y con acceso a dicho compuesto. No sé, un anestesista, por decir algo.
—O una enfermera. Tanto en una como en otra profesión abundan las mujeres. Y respecto a la carnicería que le hicieron a la pobre chica, una vez estaba fuera de combate el sexo es irrelevante. Mándame lo que tengas y podré estudiarlo con paciencia, pero no empieces con tu manía de descartar con rapidez perfiles en busca de uno que encaje a la perfección en tu cuadriculada concepción de las cosas. Ya te ha traído disgustos en el pasado.
Ese era un debate, como tantos otros, que Liz y yo solíamos mantener. Tengo que reconocer que ella estaba ganando la partida en todos los ámbitos. Su sentido común y su formación en psicología, aderezadas por una inteligencia notable, solían remendar muchas de mis carencias. Ella se había criado en la *América profunda* y yo en una gran ciudad. Ella era, también, la orgullosa hija de un agente de policía local.
—Me rindo. Además, no estoy en condiciones de batallar. Mañana continuamos. Descansa.
—Tú también. Parece que hubieras finalizado hace sólo un rato el *Ironman* de Hawái.
—Te quiero.
Un nuevo silencio espació nuestra conversación. Imaginé a Liz embutida en su precioso camisón de seda color rosa palo, con el pelo revuelto y una de las mejillas apoyada sobre la palma suave de su mano. Mis *te quiero* eran tan infrecuentes que ella los saboreaba, como una delicatesen que sólo puede disfrutarse en ocasiones muy especiales.
—Y yo. Acaba pronto. Te echo muchísimo de menos.
Colgamos al unísono y me quedé otra vez mirando el techo. Tomé de súbito una decisión. Al día siguiente, además de mandarle la información a mi compañera, telefonearía a mi superior, Peter Wharton, y le solicitaría formalmente que Tom se incorporase a la investigación. Lo necesitaba ya mismo sobre el terreno. Sin él tampoco sería capaz de resolver aquel caso que se le había atragantado a mi buen amigo Jim Worth. Tom ya era un elemento indispensable para atrapar al monstruo.

Capítulo X

Apenas pude dormir cinco horas. Tenía mucho trabajo pendiente y sin necesidad de despertador mi cuerpo se despabiló con una sacudida brusca, como si me advirtiese que el segundero seguía avanzando mientras yo soñaba con angelitos.
Mandé un mail a Mark con una fotografía cenital de la dichosa concha, para ver si él averiguaba algo al respecto. También remití la información que le había prometido a mi compañera Liz, con la esperanza de que ella pudiera, como siempre, arrojar luz sobre aquella turbia investigación. Lo peor lo reservé para el final: telefonear a mi jefe, Peter Wharton.
—¿Ya quieres que Tom entre en acción?
—Sí, lo necesito por aquí cuanto antes.
—Allí hay gente competente, me he preocupado de averiguarlo. Hay dos oficinas del sheriff implicadas y el Departamento de Policía de Topeka. ¿No te las puedes arreglar solo como en Arizona?
Peter pensaba que eso era una posibilidad. Pero no. En Phoenix había trabajado con una de las oficinas del sheriff más grandes, modernas y mejor dotadas de todo el país. Más de 4.000 empleados y un presupuesto que era la envidia incluso de los departamentos de policía de ciudades más pobladas. Allí, en Kansas, sólo contaba en realidad con dos detectives y una investigadora. Los agentes de policía le ponían empeño y buenas intenciones, pero carecían de la experiencia y la formación necesarias para un caso tan intrincado.
—Es imposible. Ya quedamos, cuando salí de Washington, que si llegaba este momento me darías la autorización de inmediato.
Pude oír la respiración pausada de Wharton durante unos segundos. Lo tenía todo bien atado, pero a mi jefe no le resultaba sencillo ceder a mis pretensiones, pues yo no era lo que se dice un agente especial de la UAC ejemplar. Además, estaba el tema del uso de los recursos humanos, un bien escaso debido a varios recortes presupuestarios.
—Está bien. Pero mantenme informado de todo y coordinate con tu amigo, ese tal…
—Jim, Jim Worth.
—Eso. No quiero jaleos ni malentendidos. La última vez que saliste de aquí sólo recibí felicitaciones, y así es como deben ser las cosas, Ethan.
—Lo sé. Trabajará en la sombra. Lo usaré para sonsacar a los conocidos de la víctima y para moverse por la zona con discreción. Tom es único en esa faceta.
—Ahora me toca comprobar en qué anda liado. Aunque sé de buena tinta que estaba esperando esta llamada. Le chifla echarte una mano. O bueno, quizá lo que le guste en realidad es escapar de este tedioso edificio y entrar en acción.
Nada más colgar lancé un alarido de satisfacción. Ya podía contar con la mejor herramienta del mundo para indagar sobre el terreno. Y Tom no es que me adorase, pero me respetaba y le encantaba trabajar a mi lado. Y yo… yo lo necesitaba como cualquier animal necesita el oxígeno para subsistir. Había aspectos de su carácter que aborrecía, sin lugar a dudas, pero le tenía en gran estima y

valoraba como pocos sus fabulosas habilidades.
Wharton, como siempre, no me había dado carta blanca. Mi colega del FBI sólo podría estar unas semanas en Kansas. Debía aprovechar bien el tiempo que mi jefe me había concedido. No discutí esa circunstancia, porque tenía claro que sólo podía perder en el envite.
Como todavía era temprano me calcé las zapatillas y salí a correr un rato. Hacía mucho que no disfrutaba de mi deporte favorito y mi cuerpo necesitaba despejarse. Me dirigí hacia el oeste, buscando la Universidad Washburn, pues sabía que estaba salpicada de zonas verdes y deseaba respirar aire puro. Topeka no era una gran ciudad, pero mientras recorría la calle 19 en busca del pequeño campus me dio la impresión de estar recorriendo un pueblo, como Salina, o incluso más modesto, como Newton. Dejando a un lado las grandes avenidas, como Gage Boulevard o Topeka Boulevard, muchas de las calles estaban salpicadas de casas con amplios terrenos a su alrededor. No hay como recorrer una ciudad trotando de un modo suave para descubrir sus detalles y hacerse una idea de cómo es y de qué forma viven sus habitantes.
Al regresar me metí en la ducha y no sé cómo diablos una pesadilla terrible regresó a mi mente, la quinta víctima del caso de Arizona. Un crío. El asesino: un tipo deplorable que arrancaba los ojos a sus víctimas, todos niños, después los asfixiaba con un film de plástico y al fin dejaba sus cuerpos abandonados en diferentes lugares del enorme desierto de Sonora. Era la primera vez que estando sobre el terreno involucrado en un caso un homicida había vuelto a actuar. Me sentía culpable. Era como si la vida de aquel pequeño se hubiera malogrado sólo por mi necedad. Por mucha agua y jabón que hiciese rodar sobre mi piel el olor amargo y penetrante de aquella derrota no se desprendía de mi cuerpo.
Recorrí las apenas dos millas que me separaban del Departamento de Policía de Topeka paseando. Seguía necesitando respirar el aire de la calle y contemplar el lento despertar de la ciudad, cuyo tráfico se había animado. Me fui directo al despacho de Worth y le conté todo lo que había estado haciendo desde que nos habíamos despedido la noche anterior.
—Ya has metido en el ajo a todos tus chicos.
—Jim, no son *mis chicos*. Son grandes profesionales que pueden aportar mucho. ¿Te molesta?
El detective no respondió a mi pregunta de inmediato. Consultó unos papeles que descansaban sobre su mesa y después giró el rostro hacia un gran ventanal que permitía que la luz del exterior irradiase toda la estancia.
—Hubiera preferido que sólo te implicases tú. Pero estás haciendo lo debido. Este asunto, ya te lo he dicho, se ha convertido en una cuestión personal. No me preguntes por qué, porque ni yo mismo lo sé. Parezco un agente recién salido de la academia que no es capaz de sobrellevar estas cuestiones.
—No soy nadie para darte lecciones. Esta misma mañana recordaba a un pequeño que mataron cuando me encontraba en Arizona. Fue la primera vez que no detenían al asesino antes de que volviera a actuar una vez yo me zambullía en un caso. Su imagen me persigue de cuando en cuando —me sinceré.
—No tienes la culpa de nada.
—Lo mismo te digo. No te puedes reprochar nada, Jim. Estás haciendo todo lo posible, todo lo que está en tu mano.
—Han pasado cinco meses. Ya comienzan a correr rumores de que los jefazos desean dar carpetazo al asunto. Eso sería terrible.
—Lo vamos a conseguir. Y Tom va a ser clave. Te lo garantizo.
Worth se giró de nuevo y consultó la pantalla de su ordenador. Contestó un par de mails y me tendió una hoja. Era un listado con cinco nombres y una agenda de visitas cerrada.

—He preparado esta mañana una ruta para que conozcas a los principales sospechosos.
—El primero es el ex-novio de Mitchell, ¿no?
—Sí. Nos centramos en él nada más iniciar las pesquisas y pronto lo descartamos. Quizá cometimos un error. En todo caso conocía bien a *Abby*, de modo que te aportará mucha información.
—¿Coartada?
—Joder, Ethan, tienes toneladas de informes… Sí, cuenta con una coartada. Pero es muy endeble. Estaba en casa con su madre. Residen a sólo un puñado de manzanas de los Mitchell. Llegamos a pensar que hasta podía haberse colado en el asiento de atrás del vehículo de la joven.
—Está bien. Haremos las cosas tal y como las has organizado.
—¿Te has puesto en contacto con Juliet?
La pregunta de Worth me pilló por sorpresa. Casi había olvidado a la médium. De alguna forma mi cerebro deseaba separar el grano de la paja, y Juliet formaba parte de la segunda.
—No, todavía no.
—Pues no lo dejes para más adelante. Esa mujer tendrá sus ocupaciones. Aunque Nebraska nos queda justo sobre nuestras cabezas un viaje hasta aquí no se organiza de un día para otro.
—¿De verdad crees que va a aportar algo sustancial?
—Ahora mismo me agarro a un clavo ardiendo, Ethan. Y que Gabriella mencionase a esa mujer es demasiada casualidad. Aunque leyera algo por ahí, que no lo descarto, no podía ser consciente de hasta qué punto te afectó a ti en concreto.
—Esta misma tarde telefoneo a Juliet y le propongo que venga a vernos —murmuré, a regañadientes —. Lo mejor, de momento, es que salgamos ya hacia Salina para entrevistarnos con ese chico.
—Sí, pero antes quiero que pasemos por el despacho de Grace. No ha pegado ojo en toda la noche y tiene cosas interesantes que contarnos.
—¿Sobre la concha?
—Sí, sobre lo que encontramos en la escena del crimen. El tipo es un lunático.
Seguí a mi amigo por los estrechos pasillos del Departamento de Policía de Topeka. Aquello no estaba mal, pero distaba mucho de la formidable oficina del sheriff de Maricopa, en Phoenix. Pensé que los recursos estaban mal distribuidos por todo el país, o que los gobernadores, alcaldes y demás políticos tenían prioridades muy diversas según cada estado de la Unión. Cuando llegamos al minúsculo despacho de la investigadora, que apenas podía moverse entre cajas y montañas de papeles, se me vino el alma a los pies.
—Buenos días. Bienvenido a mi pequeño mundo, Ethan —dijo Carter, animosa, consciente de que aquello debía parecerme, como poco, un tugurio impropio de alguien que realiza una labor tan relevante.
—Ya veo que no tienes tiempo para aburrirte.
—Por suerte la mayoría son robos y delitos menores, pero también hay que estudiarlos.
Worth consiguió hacer espacio para dos sillas y me indicó que tomase asiento en una de ellas, mientras él hacía lo propio en la otra.
—Cuéntale lo que has descubierto.
—En efecto es el segmento de una concha de nautilus. Quizá el asesino tenga la otra mitad. Sería una evidencia de peso en un juicio y es muy fácil, mediante un microscopio electrónico, vincular ambas secciones.
—¿Tiene algún significado? —pregunté, impaciente.
—Desde luego. Este caparazón es muy curioso, pues este molusco va creando cámaras conforme va creciendo, de modo que así obtenemos esta hermosa sección en espiral que tan atractiva resulta a

cualquiera —respondió Grace, mientras señalaba con su dedo una ampliación del caparazón cortado por la mitad que ocupaba toda la pantalla de su ordenador.
—Perfecto. Pero, ¿qué relación tiene esto con el asesinato de Abigail? —inquirí, cada vez más ansioso, pues temía que la investigadora me atormentase con mil explicaciones que yo no deseaba conocer.
—La *sección aurea*. Algo así como un número divino, también conocido en matemáticas como *Phi*. Es un número irracional, pero su aproximación sería igual a 1,618. Las circunvoluciones de la cocha de nautilus se aproximan a dicho patrón, también conocido como la *secuencia de Fibonacci*.
—Me estoy perdiendo, de verdad. No sé si estoy hablando con una investigadora o me hallo en un seminario de matemáticas avanzadas —murmuré, sonriendo, pero también un poco desconcertado.
—La secuencia de Fibonacci es una en la que cada número es una suma de los dos que le preceden. Así tendríamos 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13… A partir del 3, la relación entre los números consecutivos es precisamente 1,618; es decir, una aproximación a la sección aurea. Esto no tendría nada de particular si no fuera porque en la naturaleza encontramos esta secuencia con relativa frecuencia, y también porque artistas y matemáticos la han vinculado con la perfección.
—Entonces, esa secuencia está en más cosas…
—Sí, aunque sea forzando un poco la imaginación en ocasiones. Ya conoces a la gente. La encontramos en determinadas piñas o en la flor del girasol. También se vincula esta proporción con algunas construcciones, como las pirámides de Egipto.
—Creo que está siendo demasiado para mí —dije, resoplando.
—Te avisé —musitó Worth, lanzándome un suave codazo sobre el brazo.
La investigadora no nos hizo demasiado caso y fue pasando algunas imágenes de edificios, plantas, frutos y ornamentos en las que había sobrepuesta una espiral semejante a la que conformaba la concha de nautilus. Pude ver que muchas de las páginas webs eran de esas en las que sujetos aburridos de la vida o auténticos pirados dedican las horas de su existencia a desvelar conspiraciones imposibles o relaciones entre aspectos que bien pueden deberse a la casualidad. A fin de cuentas siempre podemos hallar una fórmula matemática que vincule, por ejemplo, el ojo compuesto de una mosca con la distancia de la Tierra al Sol. Todo es ponerse a ello. Y existe una gran diferencia entre casualidad y causalidad.
—Ya llegamos al final —dijo Carter, con ánimo de atemperarme—. ¿Recuerdas la singular posición en la que dejaron el cadáver de la chica?
—Sí, es imposible olvidarlo. Algo así como el hombre de Vitrubio, pero en versión femenina. Un horror.
—Pues da Vinci en ese maravilloso dibujo usa el *rectángulo dorado* para enmarcar el rostro humano, el torso y las extremidades. Es una muestra de la perfección con la que fuimos creados. Y el rectángulo dorado es uno cuyos lados guardan una proporción igual a… ¡la sección aurea! —exclamó la investigadora, alzando los brazos, como si acabara de lograr una victoria.
—Entonces… —susurré, como para mis adentros, atando cabos a la velocidad de la luz.
—Para ese monstruo Mitchell era el súmmum de la belleza, la culminación de un modelo que da Vinci usó, por ejemplo, para pintar a la *Mona Lisa*. Tenemos que atrapar a un auténtico perturbado obsesionado con la perfección y con el arte.

Capítulo XI

Worth y yo tomamos la Interestatal 70 en dirección a Salina. Sabía que aquella autopista y aquellos paisajes se iban a convertir, al menos durante unas semanas, en algo cotidiano, de modo que me propuse, como entretenimiento, ir descubriendo detalles nuevos en cada trayecto.
—No dieces nada. Imagino que Grace te ha dejado sin palabras.
No quise reconocer que mis reflexiones eran, por desgracia, mucho más mundanas y banales. Me avergonzaba de mí mismo.
—Sí. Es todo muy extraño —dije, casi sin pensar.
—Pero al menos tienes más datos para configurar el perfil del culpable. Ya sé que no estamos frente a un asesino en serie y que una sola escena del crimen no es suficiente para ti, pero poco a poco vamos acumulando información.
Abandoné mis absurdas cavilaciones y me centré en lo que comentaba el detective. Tenía razón en las dos cosas: me faltaban referencias para crear un perfil fiable, pero el asesino había sido tan particular en su forma de actuar que sí que podía hacerme una idea aproximada de su carácter y de aspectos de su personalidad.
—Un perturbado obsesionado con la perfección y con el arte —murmuré, repitiendo las palabras exactas que había pronunciado la investigadora en su despacho hacía sólo unos minutos—. ¿Tienes a alguien así en esa carpeta con decenas de sospechosos?
—Creo que no. Lo mejor será que le echemos un vistazo al regresar de Salina. Pero ya te adelanto que, al menos a través de los informes, no vas a encontrar nada semejante.
—Es que no me encaja con una persona joven. Justo ahora vamos a ver al ex–novio de Abigail, y sólo por su edad ya lo estoy descartando. Me desagrada ir cargado de prejuicios a una entrevista.
—¿Qué idea tienes?
—No sé. Un individuo culto, de mediana edad, con algún trauma no superado que ha sabido mantener a raya durante su existencia y que por culpa de Mitchell regresó para estallar de la peor forma.
—Tenemos al menos uno que está en la lista de cinco que nos hiciste darte. Carter lo tiene entre ceja y ceja casi desde que lo vio por primera vez.
—El profesor de la Universidad de Wichita… —propuse, inseguro, pues era el único que podía ajustarse.
—Sí, un tipo curioso.
—Tendremos que acercarnos a la universidad —sugerí, dando a entender que no podíamos demorar aquel viaje demasiado tiempo.
—Mataremos dos pájaros de un tiro. El profesor y el entrenador del equipo de baloncesto. Este segundo no lo veo ni culto ni muy perfeccionista, si descontamos la ejecución de un tiro libre —dijo Jim, intentando salpicar con una pizca de humor la conversación—, pero encaja con lo de un sujeto de mediana edad que puede haber sufrido en la infancia y que encontró en *Abby* una referencia.
—Sólo estoy elucubrando en voz alta. Tengo que trabajar más a fondo el perfil, de modo que tampoco me hagas mucho caso —repliqué, pensando que estaba deseando recibir los mails de

respuesta de Liz y de Mark y, por supuesto, la confirmación de que Tom se incorporaba ya mismo a la investigación.
—Vale, vale… Pero, ¿cómo pudo una joven de veintipocos años trastocar la vida de un hombre culto hecho y derecho?
—Quizá la vinculó con un amor de juventud fracasado e intentó con ella quitarse esa espina clavada en su orgullo. La cosa desde luego salió mal.
—Hay crímenes machistas y pasionales casi todos los días, pero no con esta parafernalia.
—Por eso considero que hay un trauma profundo. Quizá ni el mismo asesino sea consciente de lo que hace. O a lo peor es mucho más inteligente de lo que pensamos y está jugando a despistarnos. No deseo descartar ninguna posibilidad.
—En tal caso limpia tu cerebro y encara el encuentro con Samuel Reed sin recelos.
Tomamos la salida de Salina y bajamos por la calle Ohio hacia el sur de la ciudad. Cuando dejamos a nuestra derecha la zona en la que se hallaba el hogar de los Mitchell sentí una leve sacudida en el estómago. Mi amigo Jim conducía con la mirada puesta en el frente, pero imaginé que en sus entrañas se estaba desatando un terremoto. En los dos casos en los que había trabajado con él anteriormente me había encontrado con un detective más sereno y, desde luego, mucho menos implicado en el plano emocional. Ahora se habían dado la vuelta las tornas.
Aparcamos en una zona de casas modestas y pequeñas, de una altura. Había muchas que eran modelos prefabricados con materiales de baja calidad. Pese a todo se respiraba un ambiente tranquilo y los jardines presentaban un aspecto cuidado.
—¿Estamos en un mal barrio? —pregunté, mientras seguía los pasos de Worth, que se dirigía con paso firme hacia una vivienda de color marrón con una estridente puerta en tonos rosáceos.
—En absoluto. Gente trabajadora, que quizá llegue con lo justo a final de mes, pero que no quiere problemas. Aquí no hay líos, Ethan.
El detective me presentó a la señora Reed, la madre de Samuel, y después al chico. La madre insistió en quedarse con nosotros durante el encuentro. No había contratado a un abogado ni nada porque sabía que su pequeño era inocente, pero tampoco deseaba dejarlo a solas con dos agentes. Según me había comentado Jim tanto ella como el joven siempre habían colaborado y jamás habían puesto la mínima objeción u obstáculo.
Samuel Reed me pareció un muchacho agradable y que se comportaba de una forma natural. Mi presencia no le puso nervioso, aunque había estado con muchos psicópatas y una de sus características es la imperturbabilidad. No sienten las emociones como el resto de los mortales y lo que hacen es fingir la mayor parte del tiempo para alcanzar sus fines, sea al precio que sea.
—¿Por qué se rompió la relación? —pregunté, como asestando un golpe, una vez consideré ya se había creado un clima de confort entre los cuatro.
—Fue *Abby*. No me dio muchas explicaciones. Y tampoco oportunidades.
—Eso tuvo que sentarte mal —sugerí.
—Más bien me dolió.
—¿Qué razón te dio?
—Que había otra persona. Que lo más honesto que podía hacer era cortar conmigo y permitirme encontrar a una chica que me quisiese.
—¿Otra persona? —inquirí, mientras tomaba notas y observaba a la señora Reed, que escuchaba con la cabeza gacha y los labios ligeramente apretados. Su marido había fallecido hacía siete años y ahora tenía que enfrentarse a aquello. No tenía que estar siendo un plato de buen gusto.
—Eso me dijo. Yo creo que era una excusa. No pienso que hubiera nadie. Desde que lo dejamos ni

sus padres ni sus amigos la vieron con ningún chico. Sólo había dejado de gustarle y no encontró otro modo de romper.
El joven hablaba despacio, con sosiego, tratando de explicarse lo mejor posible. Me fijé en sus gestos y no delataron ni inquietud ni ningún otro rastro de culpa. También me pareció afectado y sensible.
—¿De verdad nunca has pensado en alguna persona con la que pudiera estar saliendo?
—Al principio sí, claro. Pero después, con el paso de las semanas, dejé de hacerlo. Y antes de que pudiera comerme más la cabeza desapareció —murmuró, con pesadumbre.
Insistí un rato más sobre ese tema, pero no pude arrancarle nada. Para rebajar la tensión estuvimos charlando acerca de su empleo precario en un complejo deportivo ubicado muy cerca de su casa, que contaba nada menos que con 8 campos de béisbol, en los que entrenaban desde adultos hasta chiquillos que apenas podían sostener un bate. Le hablé de mi *pasión* por los Giants de San Francisco, que en realidad era la de mi padre, y con eso el ambiente se hizo mucho más distendido y pude conocer mejor el carácter de Samuel. No tenía la impresión de estar manteniendo una conversación con un asesino frío, metódico, obsesivo y calculador. Pero ya había metido la pata en otras ocasiones y mis alarmas no se relajaban como dos años atrás. Me había convertido en un ser mucho más desconfiado.
—Samuel, debo ser sincero contigo, como tú lo estás siendo conmigo —manifesté, jugando mi última mano del día y apostando todo lo que tenía en ella—. Lo cierto es que tu coartada es muy frágil, ya me entiendes.
La señora Reed, que había permanecido cabizbaja y en silencio todo el tiempo, dio un pequeño respingo y me clavó la mirada.
—Pasó toda esa tarde conmigo. No salió de casa y nos fuimos a dormir. Lo puedo jurar mil veces sobre la sagrada Biblia —profirió, exaltada.
—Sí, es cierto. Pero usted es su madre. ¿No hay nadie más que corrobore esa versión? Sólo estoy intentando tachar a su hijo de una larga lista de sospechosos —musité, mostrando una hoja de mi cuaderno al azar plagada de anotaciones.
Samuel le hizo un gesto a su madre para que se tranquilizase y después me encaró, con el rostro desdibujado por el dolor.
—Señor Bush, yo no maté a *Abby*. Y mucho menos le hice las cosas esas que se cuentan por ahí. Yo no le he hecho daño a nadie en toda mi vida. Todavía sigo enamorado de ella y tantos meses después aún tengo pesadillas con todo lo sucedido. No pierda su tiempo conmigo y encuentre al animal que nos arrebató, a todos, a un ser tan angelical. Se lo ruego.

La conversación se prolongó por espacio de una hora más. Deseaba conocer a Mitchell desde el punto de vista de aquel joven que había sido su pareja durante algún tiempo. Sólo tuvo palabras de afecto y elogio hacia Abigail. No dejaba de resultarme chocante que no le guardase ni un mínimo de rencor por haber cortado la relación, pero tampoco parecía fingir. Si me atenía a la entrevista y a los datos con los que contaba hasta el momento debía descartar a Samuel de la lista. Fue lo que le dije a Worth nada más salir de casa de los Reed.
—Tú eres de los que nunca da nada por sentado.
—No te creas. Liz siempre me critica justo por lo contrario. Me encanta estrechar el círculo lo antes posible —manifesté, con sinceridad.
—Yo tampoco creo que haya sido este chaval, pero sorpresas mayores nos hemos llevado. No hace

falta que te recuerde…
Interrumpí a mi amigo Jim con un gesto. Ambos sabíamos a qué se estaba refiriendo y yo no deseaba hablar de aquello. Prefería seguir con los cinco sentidos centrados en la investigación del asesinato de Abigail. Ya era suficiente tortura para mi mente estar de nuevo en Kansas.
—Me ha parecido franco en sus respuestas, incluso noble. Y cuando hemos estado en su habitación no había nada que despertase mis alertas, al menos a la vista.
—Tendrás que convencer a Jones. Está entre sus dos candidatos con más papeletas. Según su punto de vista lo único que hace es fingir, pero en realidad mató a *Abby* por despecho. Alguien le comentó que durante la secundaria había tenido un problema con una novia y que tuvo un comportamiento extraño durante semanas.
—¿Llegó a emplear la violencia? —pregunté, interesado, y siendo consciente de que tenía que emplearme a fondo para conocer el pasado de los principales sospechosos.
—No, no fue tan lejos. Sólo dejó de hablar con todos sus compañeros y se retrajo. También hacía dibujos un tanto singulares con carboncillo y suspendió algunas asignaturas. Poco más.
—Eso y nada es casi lo mismo. Si no llegó a increpar a la chica y tampoco manifestó impulsos violentos u odio lo puedo llegar a comprender en un adolescente.
—Está claro. El problema es que tampoco te creas que el resto de sujetos de la lista te vaya a sorprender. No son de los que llevan escrito en la frente: *soy un puto asesino* —manifestó Worth, dando un golpe suave sobre el salpicadero.
Recordé los casos en los que había estado implicado, de un modo directo, en el pasado. Nadie llevaba eso que sugería mi amigo escrito en el rostro, por desgracia. Muchos homicidios, la mayoría, son resueltos en apenas dos o tres días. La policía es mucho más eficaz de lo que la ciudadanía supone. Pero es verdad que son crímenes en los que el culpable tiene una relación muy directa con la víctima: un familiar, un miembro de una banda o un grupo de mafiosos que ajustan cuentas entre ellos. Luego están los que cometen auténticos perturbados, que aunque maten a desconocidos no se molestan en ocultar las pistas que conducirán hasta ellos. Al principio era complicado cazarlos porque costaba relacionarlos con los homicidios, pero ya por aquel entonces se les detenía con relativa facilidad. Los asesinos en serie organizados eran mi especialidad, y se me asignaban muchos de estos casos. A mis 32 años me había convertido ya en un experto en la materia, y mi jefe, Peter Wharton, consideraba que tenía un alto potencial por explotar que si mi necedad no lo impedía reportaría grandes beneficios, tanto al FBI como a la comunidad. Gracias a la fortuna y la colaboración de muchos otros agentes, había resuelto varios casos complejos. Pero en el fondo de mi ser me sentía relativamente cómodo con ellos, pues me enfrentaba a algo a lo que estaba habituado y para lo que había sido formado a conciencia. Mientras Worth conducía en silencio, de regreso a Topeka, me torturaba la idea de que estuviéramos ante un tipo de asesinato que se da con poca frecuencia, y que por tanto es muy difícil de resolver: el que comete alguien que apenas ha tenido contacto con la víctima, y pese a todo la odiaba lo suficiente como para acabar con su vida. Estos curiosos sujetos muchas veces, una vez saldadas de un modo brutal las cuentas, se reincorporan a sus quehaceres cotidianos sin apenas perturbarse y son capaces de llevar una existencia de lo más normal, sin volver a cometer un delito jamás. Así de compleja e insondable es la mente humana.
—No te olvides de Juliet, por favor —dijo de súbito Jim, dándome un buen susto, cuando ya estábamos cerca del Departamento de Policía.
—Casi me matas. Estaba dándole vueltas a la cabeza y ya no sabía ni dónde diablos me encontraba.
El detective lanzó una sonora carcajada. Me agradó verlo reír así, aunque fuese a mi costa.
—Genial. Necesitamos que ese cerebro privilegiado se ponga en marcha. Es una pena que no cuentes

con más virtudes —murmuró Worth, sin dejar el tono jocoso.
—No te falta razón. No sé ni cómo personas como tú o Liz me tenéis aprecio.
—En realidad disimulamos —dijo el detective, guiñando un ojo—. No seas estúpido, vales mucho más de lo que crees. Pero hay algo por ahí, no sé bien el qué, que te bloquea y que impide sacar al verdadero Ethan. Yo lo veo, y Liz también. Ahora que vas a ser padre deberás cambiar, muchacho.
Yo siempre había sido un poco *diferente*. Como todo individuo con altas capacidades me había costado adaptarme a la sociedad y seguir las pautas convencionales. Mi padre había sido clave en el proceso de mi *adaptación al medio*. También mis elitistas estudios en la Universidad de Stanford me habían permitido comprender mejor a los demás y comprenderme a mí mismo. Quizá había encontrado la senda adecuada, después de muchos palos de ciego. Pero el día que atropellaron a mi padre, el día en el que lo asesinaron, todo cambió de repente. No sólo dejé de correr durante muchos años, también dejé de sentir, también comencé a mirar al mundo como un lugar inhóspito en el que sólo merecía la pena dedicar mi tiempo en atrapar a canallas como los que habían acabado con la vida de mi progenitor. Y en verdad la sociedad no es tan cruel, ni mucho menos. Los malos son pocos, pero causan un daño inmenso e irreparable. Pero estaba lejos de comprender aquello y todavía desconfiaba de la mayor parte de la gente con la que me topaba. Y eso me convertía en un auténtico memo.
—Sí, tengo que cambiar mucho, Jim. De todos modos, gracias por fingir que me aprecias —mascullé, forzando una sonrisa.
Cuando llegamos al Departamento de Policía de Topeka Worth me instaló en una sala de interrogatorios que estaba libre. No había despachos vacíos, e incluso algunos detectives novatos tenían que compartir una misma estancia.
—Lo siento, es lo mejor que puedo ofrecerte. Sé que necesitas intimidad.
—No te preocupes. Entre la habitación del hotel y estas cuatro paredes con ese enorme e intimidador espejo de visión unilateral tengo de sobra para apañarme —dije, bromeando.
—Sé que no eres muy amigo de las nuevas tecnologías, pero te he conseguido un terminal conectado a la central y una conexión de fibra que va a las mis maravillas.
Le mostré al detective mi Smartphone, algo desfasado, uno de mis cuadernos Moleskine y un bolígrafo de plata de diseño que Liz me había regalado por mi cumpleaños.
—Te lo agradezco hasta el infinito, pero lo más seguro es que pueda bastarme con esto.
—Eres incorregible. Me voy a ver a Grace y a Andrew y a preparar nuestras siguientes visitas. No te olvides de la espiritista —dijo Worth, sin esperar a mi réplica.
Lo primero que hice fue consultar mi correo. Liz me mandaba un amplio informe con varias conclusiones y me sugería que investigase a gente que hubiera buscado a través de la Red productos para provocar una parálisis muscular. Aunque sospechaba que nuestro objetivo tenía amplios conocimientos de medicina, no podíamos descartar que en realidad fuera un profano que se hubiera preparado para aquel crimen en concreto. Sabía que era una línea que los forenses informáticos de Kansas habían abierto, pero que no habían obtenido muchos frutos debido a la complejidad de la investigación y a las trabas legales que este tipo de análisis conlleva. Mark, por su parte, insistía en su hipótesis de que el chiflado que buscábamos estaba obsesionado con la dichosa novela *El Código Da Vinci*, pues en ella también aparecían referencias tanto a la sección aurea como a la secuencia de Fibonacci. Si no era así, al menos debía poseer amplios conocimientos de matemáticas y/o de historia del arte. Debían formar parte de sus obsesiones, aunque él no era un experto en psicología y esa parte me la dejaba a mí.
Tras responder a mi compañera y a mi colega, aportando nuevos datos y proponiendo que realizasen

más indagaciones, algo que ni mi superior ni nadie en el FBI me había autorizado, me cargué de energía y telefoneé a Juliet. Me atendió con gran amabilidad y me aseguró que si le daba sólo un par de días para dejar ordenados algunos asuntos se plantaba con gusto en Topeka para echar una mano. Cuando colgué tuve la extraña sensación de que esperaba mi llamada. Antes de que pudiera seguir discurriendo acerca de semejante disparate la vibración insistente de mi celular me trajo de vuelta al mundo real.

—Buenas tardes jefe.

No me hizo falta mirar quién me telefoneaba. Aquella voz era inconfundible. Se trataba de Tom.

—¿Conseguiré alguna vez en la vida que dejes de llamarme *jefe*?

—¿Conseguiré yo que te ciñas a las reglas y respetes las normas, como un buen agente del FBI debe hacer?

Touché. Ninguno de los dos teníamos remedio. Él al menos tenía la fortuna de que sus virtudes superaban con creces a sus defectos. Mi caso era justo el contrario.

—Mejor olvidamos el asunto. Espero que tengas buenas noticias…

—Claro que sí. Ya tenía ganas de un poco de acción. Aquí el aire acondicionado va intoxicando lentamente mis pulmones. Nada como una excursión al medio oeste para desentumecer los músculos.

Así se tomaba Tom las cosas. Era un tipo duro que había tenido una infancia y una adolescencia más que difíciles. Para él los asesinatos formaban parte de la vida y estaban en la esencia del ser humano. Aquel aspecto de su carácter en ocasiones me sacaba de quicio, pero en verdad era justo lo que se precisaba para desempeñar las funciones que él realizaba. Era capaz de ser frío hasta el cero absoluto y de mezclarse con la gente de la peor calaña sin que nadie sospechase que estaban ante un agente especial del FBI.

—¿Cuándo llegas?

—Mañana.

—Tan pronto…

—Estaba preparado. Sabía que no podrías salir adelante sin mí. No te quejes, estás encantado.

—Es genial. Iremos al aeropuerto a recogerte.

—No perdáis el tiempo, por favor. Alquilaré un coche y así tendré un poco de libertad. Seguro que no has solicitado mi intervención para que me ponga a ordenar papeles en una oficina.

—No, no precisamente. Perfecto. Pilla un Chevrolet Spark color lima.

En las dos ocasiones en las que había estado en Kansas había alquilado ese vehículo discreto y diminuto. Se había convertido en una manía y deseaba volver a utilizar el mismo coche, aunque en esta ocasión no fuera yo el que realizase el arriendo.

—¡Estás loco! Ni hablar. Menuda mierda. Para una vez que tengo un poco de libertad. Además, sé por dónde va la cosa y no me gusta un pelo. Déjalo en mis manos y olvida de una vez a los Nichols.

Nada más escuchar aquel apellido el estómago se me hizo añicos. Estar en Kansas ya era duro, pero recordar el pasado era algo mucho peor. Tom me había calado al instante.

—Haz lo que quieras. Reserva un hotel en Salina.

—¿En Salina? Pero Worth y tú estáis en Topeka.

—Por eso mismo. Estamos a más de una hora en coche de la ciudad en la que vivía la víctima. No te quiero por aquí. Te quiero metiendo las narices allí, hurgando en la vida y en el pasado de esa chica como sólo tú sabes hacerlo. Hay algo oscuro en Abigail Mitchell que o nadie me cuenta o nadie de su entorno sabía. Tú lo vas a descubrir, no me cabe ninguna duda.

Capítulo XII

Pasé la última hora de aquel día trabajando con la investigadora, Grace Carter, revisando lo que los forenses informáticos habían podido averiguar. Lo cierto es que no era demasiado. Consideré que a la falta de experiencia se unía un escrupuloso recato a la hora de cumplir las leyes. Era lo normal, era lo adecuado, era lo responsable y lo que se debe esperar de un agente. Pero todavía estaba fresca en mi memoria mi estancia en Arizona, y el cambio radical de opinión al respeto que mi colega del FBI de la oficina de Phoenix había dado cuando las cosas se pusieron feas, muy feas.

No regresé tarde al hotel y pude telefonear a mi madre y charlar un rato con ella. Desde que se había enterado de que iba a ser, al fin, abuela, había rejuvenecido y su vida un tanto anodina se había plagado de ilusión. Sólo lamentaba, de cuando en cuando, que mi padre no pudiera disfrutar de aquel momento feliz con nosotros. Yo también lo hacía.

Aproveché para acostarme temprano. Puse el despertador a las seis de la mañana y decidí que era bueno, en todos los aspectos, volver a correr a primera hora. No sólo me despejaría para el resto de la jornada, también me permitiría poner en orden el cúmulo de ideas que se agolpaban en mi cerebro. Ya había visitado a uno de los cinco principales sospechosos y no me había dado la impresión no ya de ser capaz de realizar una escabechina como la que sufrió la pobre Abigail, ni siquiera de cometer un acto delictivo. Todo era pura intuición, y mi intuición me había conducido al éxito, pero también a caminos que casi dieron al traste con investigaciones que estaban bien encauzadas.

Nada más salir a las calles, todavía semivacías, para iniciar mi rodaje, me encontré en el parking del Centro de Convenciones una furgoneta de la CBS. Comencé a sudar como si ya hubiera recorrido las seis millas planeadas, aunque apenas había dado unas pocas zancadas. Quise convencerme de que no era lo que imaginaba, quise creer que se trataba de una fatal casualidad.

Me acerqué hasta la furgoneta y pude ver que en la parte trasera se hallaba un individuo que me resultaba vagamente conocido: quizá ya me había encontrado con él en el pasado, quizá en Kansas, en Oskaloosa.

—Disculpe, ¿qué están haciendo aquí?

El sujeto, grande y fornido, se me quedó mirando estupefacto. A los pocos segundos creo que también me reconoció y su actitud un tanto hosca se relajó.

—Trabajar. Estamos haciendo nuestro trabajo.

—¿Ha venido con ustedes Clarice Brown? —pregunté, casi tartamudeando.

El tipo se rascó la coronilla y se quedó unos segundos reflexionando. Dejó un maletín que llevaba en la mano sobre el suelo y se cruzó de brazos.

—¿Quién narices es usted?

—Soy Ethan Bush, agente especial del FBI. Algo me dice que ya nos conocemos.

—Sí, usted me suena. Bueno, no quiero líos. Clarice llegará en un rato, viene desde Nueva York. Ahora, por favor, déjeme en paz.

Hice caso al grandullón y comencé a correr con rabia. Me escocía la boca del estómago. La presencia de la reportera de la CBS en Kansas sólo tenía una explicación: deseaba seguir el caso de

Abigail Mitchell en primera persona. Aquello era como si me hubieran lanzado un directo y me hubieran dejado noqueado en el segundo asalto.
Mi relación con la prensa era un tanto dispar: detestaba a los reporteros pero gracias a ellos en ocasiones había podido resolver un caso que se me resistía. En el FBI nos formaban para lidiar con los periodistas, pero en mi corta experiencia me había encontrado con que sus pesquisas, su búsqueda de filtraciones entre los propios agentes de policía y sus escandalosos titulares podían poner en peligro no sólo todo el curso de una larga investigación, también las vidas de inocentes.
Mientras *galopaba* sobre las calles de Topeka, en dirección a la agradable zona universitaria, pensaba en Clarice Brown y en mi peculiar relación con ella. Todo había comenzado precisamente en Kansas. Ella me había dado cierta fama, ella le había puesto nombre a uno de mis casos —*Los Crímenes Azules*—, ella me había echado algo más que una mano en dos ocasiones e incluso ella me había realizado una entrevista en exclusiva para su programa. En cierto modo le tenía que estar agradecido. Además, la última vez que había intervenido de forma directa en un caso, en Arizona, respetó la petición que le hice: que se mantuviese al margen y que no apareciese por Phoenix. Se había convertido casi en una sombra de mi persona cada vez que abandonaba las instalaciones de Quántico y no quería que asociasen mi nombre con el de la famosa reportera, que por otro lado, tal y como yo había supuesto casi desde un principio, no hacía otra cosa que escalar posiciones en la CBS y ganar popularidad y prestigio entre la audiencia. Un cóctel casi explosivo. Manejar a Clarice no era como entendérselas con un periodista de un medio local; no sólo era una mujer muy inteligente, además se las sabía todas y estaba acostumbrada a un entorno tan hostil y competitivo como el de los medios de comunicación de Nueva York. Y en ese enjambre se había abierto paso, había conseguido tener un programa que se emitía en todo el país y, si nada lo impedía, pronto se convertiría en directiva de la cadena. Por alguna razón que aún se me escapaba se había fijado en mí. Entre los miles de agentes del FBI en los que podía haber centrado su atención yo debía soportar la carga de ser su *elegido*.
Al regresar al hotel estaba agotado, de modo que me di una ducha bien fría y salí hacia el Departamento de Policía de Topeka con la mente *limpia*. Cuando llegué al despacho de Worth parecía llevar esperándome dos horas allí sentado en su mesa.
—Traes mala cara.
—He dormido bien, pero me acabo de dar una paliza entrenando a más ritmo del que mi cuerpo aguanta.
—¿Seguro que sólo es eso? —preguntó el detective, que cada vez conocía mejor cada uno de mis gestos.
—Bueno… Hay algo más. No deseo que perdamos el tiempo hablando del asunto. Es Clarice Brown, la reportera de la CBS. Tienes que acordarte de ella, pues ya ha estado en Kansas dos veces.
—Sí, esa chica rubia y espabilada —musitó Jim, sin darle importancia.
—Pues está a punto de llegar. Malas noticias.
—¿Y eso?
—Viene a meter las narices en el caso de Abigail. Me comentaste que la prensa estuvo muy encima de vosotros los tres primeros meses pero que ahora tenían otras cosas de las que ocuparse. Lo he notado. Y te aseguro que se trabaja mejor sin ellos rondando por ahí.
—Son gajes del oficio, Ethan. Tú deberías estar más acostumbrado que nadie. Además, ¿no fue ella la que te entrevistó en un programa?
—Sí, la misma —respondí, con resignación.
—En tal caso os lleváis bien. No creo que venga a fastidiar nada. Mejor no te comas la cabeza.

Me encantaba el sentido común de Worth, su capacidad para dejar a un lado lo superfluo y centrarse en lo que de verdad importa. Yo no era igual, yo distaba mucho de ser así. Correr como un galgo me había tranquilizado, pero una parte de mi cerebro seguía recordándome que Clarice estaba al caer y que su presencia se notaría. Era imposible que no se notase.
—Lo intentaré.
—Tenemos una agenda apretada. Te quiero centrado al 100%, ¿de acuerdo?
El detective me hablaba como lo hubiera podido hacer un padre que prepara a su hijo para el día de un examen importante o para una entrevista de trabajo.
—Seguro. Por cierto, esta noche llega Tom. Se alojará en Salina. Actuará de incognito. Para dar la cara como *polis* ya estamos tú y yo. Tom sabe bien cómo moverse entre la gente y sonsacar información sin que sospechen que están delante de un agente especial del FBI.
Worth dejó un bolígrafo, con el que había estado jugueteando entre los dedos, sobre su mesa. Agachó la cabeza unos segundos y resopló.
—Yo te llamé. Y tú sabrás mejor que nadie lo que te haces. Te ruego que me cuentes todo lo que haga Tom. Ya te he explicado que este caso se ha convertido en una cuestión personal.
—Jim, si no estuviera seguro de que Tom es indispensable no le hubiera pedido venir a Kansas. No nos vamos a arrepentir de que ande suelto por ahí. Jamás me ha fallado.
—Ok. Venga. Tenemos que ir primero a Junction City y después a Salina. Durante el trayecto seguimos conversando.
—¿A quiénes vamos a visitar?
—Al compañero de trabajo de *Abby* y a su mejor amiga. Esta última, como ya te comenté, es la que me da a mí más mala espina. Tengo ganas de que la conozcas.
Durante la hora de coche que separaba Topeka de Junction City no hablamos de Tom, por suerte; nos centramos en el sospechoso. Nathan Bailey era un joven de 26 años que había sido compañero de trabajo de Abigail, en una guardería. Los recelos sobre él se debían a varias declaraciones realizadas tanto por otros empleados del jardín de infancia como a algunas madres, que habían sido testigos de momentos de tensión entre ambos, en las que aseguraban que quizá pudiera tener motivos para matarla, debido a que la joven no atendía las pretensiones de Bailey.
—¿Coartada?
—Ninguna. Pero siempre ha colaborado y ha pasado el polígrafo. Tampoco hay pruebas en su contra.
—¿Dónde estaba cuando desapareció Mitchell?
—Según él jugando a la videoconsola en el salón de su casa, a las afueras de la ciudad.
—¿Jugaba online?
—No. Pero tenemos localizada la posición de su móvil y según eso, que no es determinante pero algo ayuda, no se movió de su apartamento hasta la mañana siguiente, cuando salió para ir al parvulario.
—¿Vive solo?
—¡Mierda, Ethan, qué leches haces con todos los informes que te facilitamos!
Worth estaba cabreado. Tenía motivos. En realidad sí que le había echado un vistazo al expediente de Nathan, pero como siempre no me había fijado demasiado. Aquella maldita manía de no dejarme influenciar por terceros.
—Tengo mala memoria. Estoy centrado en el perfil del asesino y no deseo contaminarme. Me conoces como si llevásemos años colaborando.
El detective me dirigió una mirada más cargada de compasión que de odio y después hizo una extraña mueca, como indicando que me perdonaba.
—Sí, vive solo. Pero está en un bloque de apartamentos. Nadie lo vio entrar ni salir. Pero vete a

saber…
Cuando llegamos a Junction City, nada más pasar la primera rotonda tras la salida de la I-70, cruzamos la calle Chestnut, una amplia avenida plagada de establecimientos comerciales, desde un Walmart hasta un Pizza Hut, pasando por un Taco Bell.
—¿Tanta vida tiene esta pequeña ciudad? —inquirí, asombrado.
—En realidad no, es más por lo cerca que queda la Interestatal. Eso siempre es un aliciente y aquí han prosperado negocios gracias a la de tráfico que cruza de un lado a otro del país.
Casi en el cruce de Chestnut con la calle Washington había unos coquetos bloques de apartamentos, de tonos claros y con elaborados balcones de un reluciente blanco que concedían a los edificios un aire de clase y calidad.
—Son bonitos —murmuré, mientras Worth estacionaba en un parking abierto situado justo enfrente de las viviendas.
—Se puede permitir vivir aquí gracias a que los padres, que viven en San Luis, Misuri, le pasan una renta cada mes. Con la paga semanal de la guardería no le da ni para el alquiler.
—¿San Luis? ¿Creció allí?
—Sí. Se vino a Kansas hace tres años.
—Interesante. No es la ciudad en la que me gustaría pasar mis días. Ya me vi obligado a estar una larga temporada en Detroit y no son lugares en los que te sientas ni cómodo ni seguro.
—Eres un *señorito*. Sólo has conocido San Francisco y Washington, ciudades para niños bien, millonarios o burócratas —bromeó Jim, dándome una palmada en la espalda.
Nathan se había pedido la mañana libre en el jardín de infancia para atendernos. Nos recibió en su apartamento, que era pequeño pero estaba bien amueblado y limpio, un tanto inquieto. El detective se encargó, como siempre, de hacer las presentaciones de rigor y de restar importancia a mi visita. El caso se había estancado y habían mandado a alguien desde la central del FBI para echar una mano.
—Yo estoy encantado de cooperar.
El chico tenía un aspecto agradable. Estaba fuerte, me recordaba un poco a Tom en cuanto a su presencia física. Tenía una larga cabellera rubia que le hacía parecer más un surfista recién llegado de alguna playa de California o Hawái que la de un empleado de un modesto jardín de infancia situado en mitad del país. Sonreía sin parar. No tenía muy claro si era debido a los nervios o a que mi presencia le imponía y había algo oscuro que temía saliese a la luz.
Charlamos durante media hora sobre vaguedades: recuerdos de días felices con Abigail, su relación con los pequeños, su manera de ser o cómo era el trabajo cotidiano en el parvulario. Cuando ya noté que estaba cómodo y relajado lancé mi primer *Tomahawk*. Tenía preparados unos cuantos.
—¿Por qué te largaste de San Luis?
Bailey se quedó pasmado. La pregunta le había pillado con la guardia baja y no pudo disimilar su embarazo.
—Bueno, aquella es una ciudad complicada para un chaval que quizá no ha tenido las mejores compañías. Mis padres me animaron a mudarme y creí que era lo mejor. Tenía formación como monitor infantil y me dediqué a buscar en sitios como *Craigslist* y similares. Mandé montones de currículums y me llegó la oferta desde aquí. No me lo pensé ni un segundo.
Mientras hablaba el chico meneaba la cabeza, como si algo le perturbara o, peor, como si me estuviese mintiendo. Aquello disparó todos mis sistemas de alerta.
—¿Cómo era tu relación con Abigail?
—Normal. Éramos compañeros de trabajo, nada más. Tampoco hablábamos demasiado acerca de nuestras vidas ni nos veíamos fuera del horario de trabajo.

—Pero, según tengo entendido, tuvisteis algunos roces. Hasta las madres de los pequeños os vieron discutir.
Bailey tardó en hablar. Se recogió el pelo con las manos, en un gesto casi instintivo, porque no tenía ninguna goma a mano, y después lo soltó, como liberando una pesada losa.
—Ya lo he explicado mil veces. Teníamos enfoques distintos sobre la manera de llevar la guardería. Ella era, de algún modo, mi jefa. La dueña se pasa el día allí, pero no se mete mucho en otra cosa que no sean los ingresos y los gastos. Los que planificamos las actividades somos los empleados. *Abby* tenía sus ideas y yo otras. Ella era graduada y yo cuento con un diploma de monitor, de modo que debía acatar sus normas. Pero no siempre acertaba. A mí me faltan estudios superiores, pero me sobra experiencia con críos. Llevo muchos años en esto. Casi es lo único que he hecho de provecho en la vida.
—Ya, pero es posible que hubiera otras cuestiones para discrepar, ¿no? —insistí.
El joven se puso un poco colorado. Su agobio iba en aumento y a mí me parecía exagerado, salvo que tuviese muchas cosas que ocultar y mis preguntas le estuvieran sacando de sus casillas.
—Bueno, también le pedí salir en un par de ocasiones. Según ella era un poco pesado. No sé, *Abby* era una chica guapa e inteligente. No estaba enamorado ni nada de eso, sólo pensaba que sería una buena idea invitarla a cenar o a ir al cine. Nunca quedamos ni para tomar un café en el Starbucks de la rotonda de la I-70. Jamás nos vimos fuera de la guardería, ni una sola vez.
—Y eso te enfurecía…
—No, claro que no. Me hubiera encantado que aceptase mis invitaciones, pero no soy un chalado. Matar a alguien por una chorrada así es imposible. Investiguen a aquel novio suyo, o a sus vecinos… No sé por qué me siguen molestando…
Ante el ardor que mostraba Bailey lo mejor era mantener la calma. Lo miré a los ojos y esperé casi medio minuto en silencio, antes de lanzarle el siguiente *misil*.
—Tienes antecedentes, ¿verdad?
—¡Cómo! —exclamó Nathan, llevándose las manos a la cabeza.
Worth me dio un golpecito con la punta de su pie en la espinilla; un modo discreto de indicarme que estaba yendo demasiado lejos.
—Me estás ocultando algo. Lo sé. Tienes dos opciones: me lo puedes contar ahora o puedo encargar a diez investigadores que indaguen en tu pasado —murmuré, confiando al máximo en mi olfato.
—No tengo ningún antecedente. Me metí en alguna trifulca cuando era sólo un renacuajo, de eso ha pasado ya mucho tiempo. Malas influencias. Ya se lo he admitido.
—¿Qué sucedió?
—Tonterías. Un robo en un supermercado, pintar un escaparate por la noche, un par de peleas sin importancia… Nada grave. Nunca me han fichado.
—¿Eras menor?
—Sí, era menor.
—Y por eso tus padres buscaron alejarte de tu ciudad, ¿me equivoco?
—No. Yo mismo lo he reconocido. No sé dónde quiere ir a parar, pero yo nunca he ocultado a nadie esta información. Es mi historia. Pasé el dichoso polígrafo de forma voluntaria.
Seguía sin estar conforme, aunque el detective me indicaba con sus gestos que ya valía y que dejase en paz al chaval.
—¿Puedo echar un vistazo al apartamento?
—Desde luego. Ya lo han registrado dos veces. Por mí como si se pasan todo el día aquí. Están perdiendo el tiempo.

El piso se componía sólo de un salón con una diminuta cocina, un recibidor, un cuarto de baño y una amplia habitación. Nada más. No me llevó más de 20 minutos recorrer cada rincón. Ya pensaba que no hallaría nada sospechoso allí cuando entre un puñado de libros, apilados de mala manera en una estantería, encontré una copia de *El Código Da Vinci*. Cogí la novela y se la mostré a Bailey.
—¿Te gusta este libro?
Nathan me miró atónito, como si no comprendiese a cuento de qué venía aquella pregunta.
—No sé. Aún no lo he leído. Esos libros me los regalaron mis padres cuando me mudé. Los saqué de una caja, los puse ahí y creo que todavía no he leído ninguno. Me gustan más las revistas deportivas.
Apenas cruzamos algunas frases y nos despedimos de él. La tensión seguía flotando en el ambiente, pero ni el instinto ni estar en posesión de una novela que habían comprado millones de personas en todo el país eran elementos como para hacer algo más.
Worth fue unos pasos por delante de mí, hasta que alcanzamos su coche, aparcado justo enfrente de los bloques de viviendas.
—¿Qué te ha pasado, Ethan?
—No sé, no me ha gustado nada ese chico. Ahora entiendo los recelos de Jones. Hay algo, pero no sé qué narices es.
—Ya conozco esta historia. No me olvido de tu primera visita a Kansas. Tenemos que basarnos en indicios sólidos y en pruebas.
El detective se refería a mis sospechas sobre un individuo un tanto peculiar que él había descartado desde el primer momento como asesino de dos jóvenes en la zona de Perry Lake, no muy lejos de donde nos encontrábamos. Al final, pese a mi terquedad, el tiempo le dio la razón. No era culpable de nada.
—Soy psicólogo y he realizado ya más de un centenar de interrogatorios, y me habré zampado otros tantos grabados. Cuando percibo una señal… no puedo obviarla. Ese Nathan no es trigo limpio, te lo aseguro.
—Dejémoslo. Llegamos tarde a nuestra cita con Emma Ward. Yo también tengo mi propia brújula interior, Ethan, pero no me dejo arrastrar por ella. Veamos qué te parece la mejor amiga de *Abby*.
Antes de montarme en el SUV de mi amigo dirigí la vista hacía una de las ventanas de los edificios. Una punzada en la frente me había obligado a mirar en esa dirección. Para mi asombro descubrí que allí estaba Bailey, asomado, observándonos desde la distancia.

Apenas una hora después llegábamos a Salina. Para mí ya era casi angustioso tomar la salida de la I-70 y pasar de nuevo por al lado de la casa de los Mitchell, de modo que comprendí que para mi colega Worth tenía que suponer una pesadilla. Siempre evitaba girar la cabeza, siempre circulaba por la calle Ohio con la mirada clavada en la zona sur de la ciudad.
Esta vez viramos hacia el oeste, tomando la calle Crawford, y luego hacia el norte, cogiendo la avenida Santa Fe. En el cruce con la avenida Prescott Jim aparcó su vehículo y nada más bajarse me señaló dos modernos edificios que estaban unidos por una elegante pasarela de cristal.
—Aquello es el Centro Regional de Salud. Una pasada. Parece sacado de Houston o alguna ciudad por el estilo. Allí trabaja como enfermera Ward —dijo Worth, en un tono aséptico. Después se giró y me indicó una bonita zona de casas individuales de tres y cuatro alturas, con amplios y frondosos jardines—. Y allí vive. Puede ir paseando tranquilamente cada mañana hasta el hospital. Casi se podría tirar desde la ventana de su habitación y caería seguro en alguna cama de la clínica.
—Menudo barrio, ¿no?

—Estamos en la mejor zona de Salina. Necesitaría tres vidas para pagar con mi salario una de estas *chozas*.
—Entonces, ¿cómo se lo puede permitir Ward?
—No puede. Vive con sus padres. Al igual que Abigail es la hija de unos progenitores adinerados que ha preferido dedicarse a un empleo modesto pero que le hace feliz. Las dos pudieron elegir. Casi nadie tiene esa oportunidad, no lo olvides.
Aquel último comentario estaba relacionado con nuestra reciente entrevista con Nathan Bailey. Jim, como Tom o como Liz, habían crecido en ambientes humildes y se habían tenido que enfrentar a dificultades que yo ni imaginaba. A todos les molestaba que sospechase de alguien que había tenido un pasado complicado, a menos que tuviera razones muy sólidas. Me veían como a un niño bien, malcriado y caprichoso, que siempre se escama frente a los que no han tenido una vida tan plácida. En cierto modo eso era tan recriminable como lo que yo hacía, y mostraba que ellos también tenían prejuicios, aunque fueran diferentes. Pero quizá en su caso era menos grave, y desde luego más perdonable. Han pasado muchos años y en el presente estoy más de su lado que del Ethan de entonces.
—Suelo hacerlo. A veces creo que las cosas no son así, pero tienes razón. En fin, dejemos la filosofía para otro día y vayamos a ver a la chica.
El detective me sujetó por el brazo y me detuvo en seco. Algo no iba bien.
—Ahora que tu amiga Clarice está por aquí no sé qué sucederá, pero casi nada relacionado con el caso ha transcendido a la prensa. Ni la posición del cadáver, ni las lesiones que le provocaron ni, por supuesto, el uso del rocuronio como sustancia paralizante. De toda la lista de sospechosos que te di al principio la que tiene un acceso más fácil a dicho compuesto es Emma, de modo que ni se te ocurra mencionarlo. Hasta el día de hoy no ha metido la pata, pero el mínimo desliz al respecto y tendremos una evidencia de las que claman al cielo.
—Perfecto, Jim. Llevaré cuidado, no te preocupes. Y relájate, por favor. Nunca te había visto así.
Worth sacó un pañuelo de su chaqueta y se secó el sudor que empañaba su frente. Hacía calor, pero no tanto. En realidad mi amigo lo que estaba era inquieto y un poco excitado. Necesitaba al otro detective, al que mostraba su buen juicio y su temple frente a cualquier dificultad.
—Tú tienes tus pálpitos y yo los míos. Llevo cinco meses con esto entre manos y no sé qué narices me lleva a pensar que esa joven está implicada en el crimen, pero es la verdad. Creo que ella ya lo ha notado, de modo que será mejor que apenas hable y que tú lleves en todo momento la voz cantante. No quiero cagarla, ya me entiendes.
—Sí, Jim, tranquilo. Alguna razón tiene que haber para que sostengas esa suposición. No eres un pipiolo, de modo que confío en tu olfato. Tanto o más que en la palabra de una médium —dije, intentando restar importancia al asunto con una inocente broma.
—Corren chismes por la ciudad —musitó el detective, sin hacer caso a mi último comentario—. Dicen que no eran tan amigas en realidad, que se habían distanciado desde finales del año pasado y que las dos guardaban un secreto. Ninguno de los que hemos hablado con ella le hemos arrancado una palabra al respecto, ni tan siquiera un mal gesto, de modo que tampoco podemos caer en la trampa de dar carta de veracidad a un chismorreo. Pero si unimos esto a que Emma es enfermera y a que siempre me ha recibido de un modo distante, frío, obtenemos un cóctel explosivo. A mi entender.
—¿Sabes una cosa? Aunque no te agrade, la llegada de Tom es crucial para resolver este tipo de cuestiones. Si había algo turbio en la relación de amistad de las dos chicas él lo sacará a la luz.
—Eso espero, Ethan. Te juro que eso es lo que deseo.
Sin soltarme del brazo, el detective casi me llevó como a un renacuajo hasta la casa de los Ward. Me

quedé fascinado. Era formidable. Aquella familia no tenía que ser adinerada, tenía que contar con una fortuna. Era una enorme construcción, de cuatro alturas, de madera de primera calidad pintada de un elegante tono azul claro. Las ventanas eran de estilo francés y la fachada estaba rematada con un gran porche elevado, rodeado por una balaustrada blanca y al que se accedía por una escalera que ascendía desde el cuidado jardín. A la derecha de la vivienda había un garaje, construido con el mismo buen gusto, en el que cabían perfectamente dos vehículos grandes. Cuando llegamos un jardinero estaba dando forma a unos setos que decoraban los laterales de un camino de ladrillos rojos que conducían hasta la entrada.

—¿A qué se dedican los Ward? —pregunté, sin disimular mi grado de embelesamiento.

—El padre es un reputado cirujano. Trabaja en el mismo hospital que su hija. Otra curiosa coincidencia. Eso que se atisba por detrás de su jardín es el parking del Centro Regional de Salud. Ellos no tienen que preocuparse de encontrar sitio.

—¿Y la madre?

—Abogada. Se ocupa de temas relacionados con sociedades y empresas, pero no deja de ser una picapleitos. Ya ves que lo tienen todo. Y por cierto, ambos siempre han solicitado estar presentes cada vez que hemos estado con *su pequeña*. Hoy la cosa no será distinta. Tendrás que andarte con ojo.

Worth llamó a la puerta y nos atendió una asistenta. Tal y como me había advertido se mostró rígido e impasible, una actitud muy distinta a la que me tenía acostumbrado. Nos guiaron por un largo pasillo hasta un salón ubicado en la parte posterior de la vivienda y que tenía una amplia cristalera que daba al jardín, donde crecían algunos frondosos árboles. Los Ward nos esperaban sentados en dos amplios sillones tapizados en seda azul que imaginé debían costar lo mismo que un pequeño utilitario. Aquella estancia, aunque algo rancia en su decoración, mostraba el nivel económico de aquella familia. Recibirnos allí, estar sentados en aquellas posiciones exactas y haber sido atendidos en primer lugar por una asistenta no eran casualidades; deseaban manifestar que nos hallábamos en el hogar de una de las familias más poderosas e influyentes de Salina. Y no era complicado captar el mensaje.

El detective, como de costumbre, me presentó. Su voz se entrecortaba y no miraba a los ojos ni a Emma ni a sus padres. Aquella manera de comportarse me incomodaba, porque revelaba cierta debilidad o nerviosismo. Consideré que lo más apropiado era tomar la palabra cuanto antes y liberar a Jim de aquel mal trago.

—Mi llegada a Kansas forma parte de la rutina. Es un caso que se ha estancado y el Departamento de Policía de Topeka ha solicitado la colaboración del FBI. Intentaré ser breve y no importunarles.

El señor Ward alzó un poco la mano, como si me pidiese permiso para hablar. Yo, un poco desconcertado, asentí con la cabeza.

—Nuestra familia está destrozada. Conocíamos a *Abby* desde que era una niña y casi podría decir que la queríamos como a una hija. Todo lo que esté en nuestra mano…

—Les agradezco su colaboración —musité, con educación.

—Señor Bush —dijo la señora Ward—, por descontado que puede usted molestarnos las veces que haga falta, pero si hay alguna novedad nos encantaría estar al corriente.

Aquel *molestarnos* me sentó como una patada en la boca del estómago. De golpe comprendí a mi amigo Jim, y también que estaba delante de una abogada dura, acostumbrada a ser brutalmente directa al mismo tiempo que guardaba las formas. Me había espetado su *bienvenida* sin pestañear. Todo era un montaje, una teatralización, y cada detalle había sido planificado con esmero. Ahora la cuestión era discernir si se debía a un afán de proteger la reputación de su hija y de su apellido o a que tenían

cosas que ocultar.
—Por desgracia no hay novedades. Les reconozco que nos hemos quedado, como decía, encallados. Muchas veces un enfoque distinto puede arrojar mucha luz, por eso me veo en la obligación de importunarles —murmuré, reforzando mucho la pronunciación de la última palabra.
Un violento silencio se abrió entre los cinco allí reunidos. Aproveché para fijarme mejor en Emma Ward. Tenía un cierto parecido físico con su amiga Abigail, aunque la enfermera poseía unos rasgos un poco más duros, llevaba el pelo corto y sus ojos no tenían una mirada tan penetrante. Pese a todo me chocó aquella similitud física. Se notaba que estaba incómoda y que deseaba que aquello terminase lo antes posible. Lo más seguro era que sus padres la hubiesen aleccionado bien las horas previas a mi llegada y que le habían aconsejado, sobre todo, que no hablara demasiado. Jugueteaba con los dedos de sus manos y esquivaba mis ojos, como si se sintiera avergonzada por algo.
—Quizá no nos hemos expresado bien. No nos molesta en absoluto su presencia. Comprenda que este es un asunto muy delicado y que han pasado muchos meses. Todos estamos sufriendo, y en cierto modo también nos sentimos agotados. Seguro que me entiende —declaró el señor Ward, en un tono muy sumiso, intentando firmar la paz entre su familia y yo.
—Emma —comencé, obviando el entorno y dirigiéndome de un modo directo a la joven—, sé que estarás harta de que te lo pregunten, pero debo insistir. ¿Qué enemigos podía tener Abigail?
La chica se mordisqueó una uña y miró de soslayo a su madre, antes de responder.
—Ninguno. *Abby* no tenía enemigos. Era encantadora. No puedo imaginar que alguien desease su muerte.
—Y aquel novio, Samuel, ¿tampoco?
—No, no, en absoluto. Es un buen chico. Jamás me dijo nada de que le estuviera acosando o algo por el estilo. Nunca. Es imposible.
Seguí conversando acerca de las costumbres y hábitos de la joven Mitchell. Llevaba una vida normal y corriente, tal y como figuraba en los informes y como se empecinaban en remarcar todos con los que hablaba. Sin embargo algo no encajaba. El crimen tenía mucha carga de ira y la manera de acabar con la vida de Abigail había sido, según mi punto de vista, una cuestión personal. Los gestos de la enfermera me hacían sospechar que me estaba ocultando algún secreto.
—Quiero que sepas que he venido desde Washington para hacer justicia a tu amiga. Todo lo que digas quedará entre nosotros y nadie jamás lo sabrá. Soy un agente especial del FBI, ¿comprendes?
Mi verborrea, cargada de petulancia, sólo trataba de infundir confianza a Ward. Deseaba que se sintiera cómoda y que soltara de una vez la pelota que notaba tenía atravesada en la garganta. Mientras hablaba no perdía de vista a su madre, que estaba alerta, con las manos sobre el sofá, como si fueran las patas de una langosta gigante y estuviera dispuesta a dar un brinco en cualquier instante.
—Sí —respondió insegura Emma.
—¿De verdad ni siquiera te habló de ese chico con el que trabajaba en la guardería? —inquirí, como si estuviéramos tomando algo juntos en la barra de un bar, en lugar de hallarnos en su casa con sus padres y un detective de homicidios delante.
—Nathan…
—Sí, Nathan Bailey —confirmé, seguro de que había logrado avanzar.
—No quisiera implicar a nadie por un comentario sin importancia.
—Nadie es declarado culpable en este país por un simple comentario, te lo garantizo.
—Sólo me dijo que estaba ya un poco harta de él. Nada más. No es que la acosara, pero se había insinuado un par de veces y ella le había dejado claro que no era su tipo. Discutían por las actividades con los niños y otros temas del trabajo, pero *Abby* estaba convencida de que todo era

debido a que rechazaba sus invitaciones. No creo que sea suficiente…
Me di una leve palmada en los muslos. Estaba satisfecho. Al menos ya se había soltado un poco.
—Está bien, muy bien. No sabes lo que te agradezco que colabores. Cualquier detalle puede ser importante. No sólo para hallar al culpable, también para descartar a los inocentes.
—Gracias —murmuró Ward, aún vacilante.
Seguimos conversando un rato más. El ambiente se había calmado y hasta los padres de la joven se habían recostado un poco contra el respaldo del sofá. Tenía que aprovechar la oportunidad, ahora que las cuatro personas que me rodeaban tenían la guardia baja. Iba a suponer un fastidio para mi amigo Worth, de eso no cabía duda, pero aunque me arrepiento de muchas cosas que hice durante aquellos años aún hoy continúo pensando que obré de la manera correcta.
—Y tú, Emma, ¿tienes algo que contarme acerca de tu relación con Abigail?
La señora Ward despertó de su letargo, como si un rayo acabase de caer en mitad de su salón.
—Señor Bush, creo que ese tono y esa pregunta no son apropiados.
El señor Ward calmó a su mujer, sujetándola y guardando la compostura. Después miró a su hija y le indicó con un ademán que tenía que responder.
—En realidad, no sé a lo que se refiere. Podría ser más concreto… —farfulló, indecisa.
—Parece ser que en los últimos tiempos ya no erais tan amigas. ¿Hubo algo que os distanciara?
Emma volvió a morderse las uñas. Se comportaba como una adolescente atolondrada, en lugar de una joven madura con un empleo estable y criada en un ambiente envidiable.
—Samuel…
—¿Samuel? —pregunté, perplejo pero con determinación.
—Esto nunca lo he contado hasta hoy. Yo estaba un poco enamorada de Samuel. Una estupidez. No tenía a nadie más a mano en quien fijarme, y muchas veces salíamos los tres juntos. *Abby* se lo olió y comenzó a dejarme un poco de lado. Cuando cortó con él le confesé la verdad, con la intención de arreglar las cosas. Total, para ella Samuel ya era agua pasada. Pero no fue así. Todo salió mal y perdí para siempre a la que era mi mejor amiga.

Capítulo XIII

Tal y como imaginaba la señora Ward dio por terminado el encuentro informal tras las últimas palabras de su hija. Consideraba que Emma estaba sometida a un estrés muy elevado y que yo no debía tener en cuenta sus apreciaciones, pues estaban adulteradas por el dolor y por la angustia. Por supuesto, no le hice el menor caso y abandoné la vivienda agradeciendo la atención que nos habían prestado.

Hasta que no alcanzamos de nuevo la avenida Santa Fe, muy cerca de donde estaba aparcado el SUV, Worth se mantuvo en silencio y caminó con la cabeza agachada, farfullando para sus adentros e intentando contener la borrasca que se había desatado en sus entrañas.

—¡Has perdido completamente el juicio! —exclamó, una vez nos encontramos a una distancia prudencial del hogar de los Ward.

—Tengo que jugar con todas las cartas.

—Pues en tal caso debes avisarme. Ya estaban mal las cosas con esta gente, y ahora has empeorado todo. No sé, Ethan, no sé si te das cuenta…

—Jim, tenemos más ahora que cuando entramos en esa fabulosa casa. Si dejas de lado tu ofuscación, que comprendo, y te paras un segundo a reflexionar verás que tengo razón.

El detective siguió caminando y ambos nos metimos en el coche. Sujetó el volante con fuerza, haciendo que el cuero se estirase, sometido a la violenta energía de las poderosas manos de mi amigo. Estaba liberando su ira en aquel instante y lo mejor que podía hacer era aguardar hasta que escampase.

—Regresemos al Departamento de Policía. Dentro de unos minutos me encontraré mejor y podremos repasar todo lo que hemos hecho esta mañana. Ahora mismo no soy capaz de pensar con calma.

Cuando llegamos al despacho de Worth convocamos al detective Andrew Jones y a la investigadora Grace Carter. Les pusimos al corriente de nuestras pesquisas y por fortuna ambos se mostraron afines a la estrategia que había seguido. Entre todos convencimos a Jim de que el tiempo se nos agotaba y que teníamos que usar las pocas balas que nos quedaban en la recámara.

—En ese sentido tengo malas noticias. Por eso debemos apresurarnos, aunque suene fatal —dijo la investigadora.

—¿Qué quieres insinuar? —preguntó Worth, que aún no se había calmado del todo.

—Jim, no es oficial. Pero nos lo temíamos, todos.

—Venga, suelta de una vez lo que sepas, por favor.

—El jefe ha comentado por ahí que en breve le darán carpetazo al asunto. No están viendo avances y estamos destinando muchos recursos al caso.

—¿Quién dice eso? ¿Quién está detrás?

—El comandante de investigación criminal. Lo tienes crudo, Jim. No le falta razón. Este es un departamento humilde y vamos camino de los seis meses. Tendremos que dejar que se coman el marrón las oficinas del sheriff.

—Lo que comenta Grace es más que sensato, aunque nos joda admitirlo —murmuró Jones, con suma

delicadeza.
—¡Y una mierda! ¿Vamos a dejar colgadas a dos oficinas del sheriff que apenas tienen personal? ¿Vamos a permitir que nadie haga justicia a *Abby*? ¿Acaso soy el único al que le importa atrapar al salvaje que acabó con su vida de esa forma tan atroz?
Me acerqué a mi amigo Worth y le posé la mano en el hombro. Tenía que serenarlo, aunque era una tarea casi imposible en aquel instante. Yo sabía bien lo que era luchar contra toda la burocracia del FBI con tal de resolver un caso que también se había convertido en una cuestión personal. Era capaz de ponerme en su pellejo.
—No estás siendo ecuánime, Jim. No digas esas cosas porque nos duele. Quizá no estemos a tu mismo nivel de implicación emocional, pero claro que nos importa encontrar a ese malnacido. Tanto como a ti —declaró, con rotundidad, la investigadora.
Mi amigo se pasó varias veces las manos por la cabeza y después se golpeó las sienes, como si intentara arreglar una de aquellas viejas televisiones de tubo que aún podían encontrarse en algunos hogares humildes. Miró a través del amplio ventanal del que gozaba su despacho y creí atisbar una lágrima en una de sus mejillas, gracias al reflejo que me devolvía el cristal.
—Necesito que me dejéis a solas un rato.
Yo fui el primero en dirigirme hacia la puerta del despacho, y pronto me siguió Carter. El detective Jones, sin embargo, se quedó al lado de su compañero.
—Jim, todavía contamos con tiempo. Todos vamos a trabajar sin descanso, lo que haga falta, antes de que al jefe se le ocurra cerrar la cuestión. No vamos a fallarte, colega.
Al fin dejamos a solas a Worth y cada uno, sin hablar, nos dirigimos a nuestro lugar de trabajo. En mi caso la sala de interrogatorios que habían acondicionado. Para mi sorpresa me encontré con una pizarra, un monitor de 32'' y un dispensador de agua. Imaginé que todo aquello se lo debía a Jim, pero no era el momento de agradecerle el gesto.
Repasé las anotaciones del día y usé la pizarra para escribir algunos nombres y datos: Samuel Reed, Nathan Bailey, Emma Ward, El Código Da Vinci, la concha de nautilus, la secuencia de Fibonacci, el cuaderno azul y la sección aurea. Tracé una línea y en otro lado puse palabras sueltas: asimetrifobia, arte, matemáticas, belleza, cacofobia, ginefobia, venustrafobia, varón, maduro, culto, TOC y TPOC.
Me alejé del tablero y me quedé varios minutos en silencio reflexionando. Otra vez la sensación de que algo no se ajustaba me asaltó con fuerza y una comezón en la boca del estómago me sugirió que mi intuición trataba de sacar a la luz una reflexión, una idea, que estaba luchando por abrirse paso entre el enjambre de miles de millones de neuronas que componen nuestro cerebro.
De súbito el zumbido estridente de mi teléfono me arrancó de cuajo de mis cavilaciones. Era Tom.
—Jefe, ya estoy en Kansas City. Acabo de alquilar el coche y me preguntaba si querías que me pasase por Topeka antes de continuar hasta Salina.
Pensé que una charla cara a cara con Tom me serviría como un linimento. Su humor negro cargado de sarcasmo era lo mejor para una jornada como la que estaba afrontando. Además, tenía que organizar medianamente su agenda.
—Está bien. Me parece una idea fabulosa. Nos acaban de informar de que no contamos con mucho tiempo para seguir investigando.
—Ya imagino. No te creas que Wharton va a tener demasiada paciencia. Ni contigo ni conmigo.
—¿Qué coche has alquilado?
—No me fastidies, ¡qué importancia puede tener eso ahora mismo!
—¿Qué coche?
—Un precioso Ford Taurus de color rojo plateado. Entra dentro del presupuesto y no me obliga a

trabajar embutido en una lata de sardinas. Tú con tus manías y yo con las mías. Todos en paz.
Me fastidiaba que Tom, tal y como era de esperar, se hubiese saltado mi recomendación, pero tenía toda la razón del mundo. El que se iba a pasar días enteros viajando de un lado para otro en aquel vehículo era él, de modo que tenía derecho a elegir.
—Está bien. Aquí te espero. Pregunta por la sala en la que trabaja el agente Bush.
—¿La sala?
—No hay despachos disponibles. Me han prestado una sala de interrogatorios. Tenemos que apañarnos con lo que hay.
—Yo no soy un escrupuloso como tú, jefe. Me adapto a todo. Ya lo sabes.
—Menos a los coches pequeños.
Tom soltó una sonora carcajada.
—Eso es verdad. Bueno, salgo de inmediato. En poco más de una hora me tienes allí plantado. Espero que al menos me regales un par de besos y un buen abrazo. Es lo mínimo que merezco.
—Ten cuidado, a lo mejor tus deseos son órdenes.
—¡Ya estoy deseando llegar!
Al colgar una sonrisa se había dibujado en mi rostro. Sí, era una alegría que Tom se incorporase al equipo. Él no se vendría abajo fácilmente, y aportaría pronto indicios que nos ayudarían a todos a encauzar el rumbo. Si fallaba Tom mi castillo de naipes se desplomaría y ya nada podría detener a Wharton, al Jefe de Policía de Topeka y al comandante de investigación criminal. El caso quedaría archivado, hasta mejor ocasión.
Me puse de nuevo a trabajar, más animado. Tenía un correo electrónico de Juliet, la médium, que me anunciaba que al día siguiente llegaría a Topeka. No tenía que preocuparme de nada, pues se instalaría en casa de una conocida. Le respondí agradeciéndole su amabilidad y le sugerí que contaba con una partida de gasto de libre disposición con la que hacer frente a sus dietas. Cuando pulsé la tecla *enter* para remitir el mail me sentí extraño. Yo, un ateo convencido, dando las gracias a una espiritista y feliz de que me anunciase su presencia. Todavía no había encontrado una explicación racional a lo sucedido en Nebraska, y en cierto sentido estaba en deuda con ella.
Cuando anocheció decidí que lo mejor era regresar al hotel y verme allí con Tom. Le mandé un mensaje y le indiqué que trabajaríamos en el Capitol Plaza. Mi idea era seguir analizando los datos una hora más junto a mi colega e intentar conciliar el sueño temprano. Aunque no había cruzado ni una palabra con Worth, y tampoco pensaba acercarme a su despacho para despedirme, sabía que me aguardaba una jornada tanto o más dura como la que finalizaba.
Salí a la calle y una ráfaga de aire fresco me recibió. La temperatura bajaba mucho cuando el Sol se ocultaba tras el horizonte y aquello resultaba gratificante. Caminé despacio en busca de Topeka Boulevard y apenas había recorrido un trecho cuando sentí una presencia a mi espalda, como si alguien me siguiera. Me giré bruscamente y descubrí que la que me escoltaba no era otra que Clarice Brown, la reportera de la CBS.
—Ya estás en la ciudad…
La periodista me regaló una de sus deslumbrantes sonrisas. Era un gesto que tenía más que ensayado y que resaltaba sus bellas facciones.
—Veo que, como de costumbre, te alegra mucho reencontrarte conmigo.
—¿Para qué has venido? —pregunté, como un idiota, pues sabía de sobra los motivos.
—Un pajarito me susurró que andabas por aquí y en pleno verano no tenía nada mejor que hacer. Te echaba de menos y Nueva York está plagado de turistas en estas fechas.
—Vamos, que te tomas este asunto como unas vacaciones.

Clarice ladeó su hermoso rostro y frunció el ceño. No estaba enfadada, pero le encantaba exagerar su indignación. A veces creía conocerla a ella mejor que a mi jefe, Peter Wharton, o que a algunos compañeros con los que me veía casi a diario.
—No merezco este trato. No aprendes, Ethan. Y ya te vas haciendo mayorcito.
—¿Qué es lo que mereces?
—Que me dejes invitarte a cenar, por ejemplo.
—Ya he quedado con un colega del FBI. Está a punto de llegar.
—Seguro que puedes aplazar esa reunión…
—No tengo ninguna exclusiva. La prensa se ha mantenido alejada de este caso y tú lo único que puedes hacer es meterme en problemas.
—Nunca te he metido en problemas. Siempre te he echado una mano. Y, de momento, no quiero exclusivas. En realidad soy yo la que tiene información que facilitarte.
A mi pesar, Brown decía la verdad. Lo malo es que yo odiaba que ella tuviera razón, y que el papel que había jugado en alguna de mis investigaciones hubiera sido esencial para descubrir al culpable.
—Vas de farol.
—En absoluto.
—Además, en Arizona te tuve a más de dos mil millas de distancia y no me fueron del todo mal las cosas —le espeté, obviando que había sido la primera vez que un asesino actuaba de nuevo una vez yo me había implicado en una investigación. Y lo peor es que se había tratado de un niño.
—Cumplí mi promesa. Me pediste que no me inmiscuyera y respeté tus deseos. Ahora ya estoy aquí y no pienso marcharme. Además, como te he dicho siempre, hay cosas que sólo los periodistas somos capaces de descubrir. Decenas de agentes de un lado para otro casi seis meses y mi equipo, en un par de días, ya tiene una novedad que me consta no conocía nadie hasta la fecha.
—Es imposible. Clarice, no me tomes el pelo. No voy a picar el anzuelo. Estoy agotado, de modo que voy a seguir mi camino directo al hotel y voy a intentar recargar las pilas para estar mañana al 100%.
—Si lo que te cuento lo consideras una chorrada me iré a cenar sola. Pero si piensas que es interesante cenamos juntos. Y por cierto, me alojo en el Capitol Plaza.
—¡Genial! —exclamé, irónico, aunque ya lo sabía, después de haber visto la furgoneta de la CBS en el parking del Kansas Expocentre—. Está bien. ¿Qué diablos has averiguado?
—Abigail Mitchell de vez en cuando se dejaba caer por Manhattan, una ciudad a sólo 20 millas de Junction City.
—Sí, la conozco. Paso por delante del maldito desvío hacía allí que hay en la I-70 todos los días. Que la chica fuera a Manhattan no es ninguna gran novedad.
Además, pura casualidad, era la misma salida, aunque en sentido opuesto, que llevaba a Council Grove, una pequeña población que me recordaba a mi primera estancia en Kansas. Era imposible no recordar la salida 313.
—O sí —replicó Brown, con sus ademanes elegantes y aquel tono de voz que sólo los presentadores de televisión saben manejar con tanta astucia.
—No me marees. ¿Con quién se veía? —pregunté, ya intrigado. Ahora sí que la reportera había logrado despertar mi interés.
—En realidad con nadie. Iba a una hamburguesería de las afueras, se tomaba un batido y un sándwich de pollo a la brasa y, aquí viene lo interesante, se conectaba con su portátil a la red wi-fi gratuita del establecimiento.

Capítulo XIV

Tuve que aceptar la invitación a cenar de Clarice Brown. Lo que me había revelado podía ser igual una memez que un dato crucial para el progreso de la investigación. La cuestión era que, tal y como ella misma se había encargado de señalar, aquello no constaba en ningún informe. Y era de lo más curioso. Yo ya tenía experiencia con individuos que hacían uso de redes abiertas o ajenas, y lo habitual era que actuasen de esa manera para ocultar algo lóbrego, secreto y, en ocasiones, incluso ilegal.

Llamé a Tom y le dije que por favor me esperase en la recepción del hotel, algo que no le sentó nada bien. Por suerte la cena con la reportera no se alargó mucho y ambos quedamos en mantener una colaboración discreta, como en el pasado. Ya le debía una y aquello me colocaba en una posición incómoda. Si lograba confirmar el dato que me había facilitado me vería obligado a filtrar alguna información a la CBS, y aborrecía tener que llegar a esa clase de tratos. Según Clarice era lo que hacía todo el mundo, pero yo no me acostumbraba a ese tipo de pactos que dejaban a un lado cualquier cuestión ética.

Le pedí a Brown que se quedase un rato en el restaurante, pues no quería que Tom nos viese llegar juntos. Era lo que faltaba. Pese a aparecer solo en el hall me recibió de uñas.

—Si llego a saber que me tendrías aquí plantado casi dos horas hubiera seguido hasta Salina.

—Te pido disculpas. Se han torcido mis planes. Estoy exhausto, de modo que no abuses de mis circunstancias.

—Llevo uno de mis batidos de proteínas en esta bolsa, quizá te vendría bien. Esa dieta tuya a base de judías con tomate y puré de patatas no tiene que ser sana.

—No mes des lecciones de vida saludable. Vamos a mi habitación y trabajemos un rato. Si quieres te puedes quedar a dormir esta noche y ya mañana te hospedas en Salina.

—Después de tantos años estabas tardando en tirarme los tejos.

Tom, el incorregible, el mordaz, el que era incapaz de dejar a un lado su carácter desenfadado hasta en las circunstancias más adversas. El agente que había surgido de los ambientes más sórdidos, sobreviviendo a ellos, hasta convertirse en una pieza clave en el entramado del FBI a la hora de moverse como pez en el agua entre la gente corriente sin ser descubierto. Así debía aceptarlo y así había aprendido a estimarlo.

—Salina queda a más de una hora y media de coche de aquí. Podemos charlar un rato y después largarte, pero no soy tan sádico. Tampoco quiero que te quedes dormido al volante en mitad de la I-70. Al menos hasta que me hayas ayudado a resolver este caso.

—Lo que te decía. Eres único seduciendo a un hombre hecho y derecho como yo. Tendremos que explicarle lo nuestro a Liz cuando volvamos a Washington.

Al llegar a la habitación dejamos de lado las bromas y nos pusimos manos a la obra. En tres cuartos de hora había puesto al corriente a mi colega de todo lo que sabía. Me escuchó con atención y para mi sorpresa no me interrumpió ni hizo ningún comentario fuera de lugar. Había comenzado explicándole que para Worth aquel asunto se había convertido en una pesadilla y que era posible que

sólo nos quedasen unas pocas semanas antes de que encarpetaran la investigación y dejaran todo en manos de dos oficinas del sheriff mal dotadas y sin experiencia en estos cometidos.
—Estoy con Jim, esa amiga suya, Emma, resulta sospechosa, y tiene acceso a la sustancia con la que paralizaron a la víctima.
—Pero no encaja en el perfil que he esbozado. Yo más bien estoy pensando en un adulto, quizá en torno a los cuarenta años. Y desde luego con una sólida formación en arte y en medicina.
—¿El señor Ward? —inquirió mi colega, perplejo.
Ni se me había pasado por la cabeza. Tampoco a nadie implicado en la investigación. Era un dislate, pero ya antes me había encontrado con que la persona más inesperada terminaba por ser culpable.
—Pues no, no estaba pensando en él. Me refería al entrenador y al profesor que tuvo en la Universidad de Wichita. Mañana voy a ir allí con Worth.
—¿Mantuvo relaciones con alguno?
—Sólo corrían rumores, chismes, ya sabes cómo son estas cosas.
—Sí, es mi especialidad. Tendré que hacerme pasar por un apuesto universitario.
—Haz lo que debas. Pero empieza por Salina. El señor Mitchell está convencido de que es alguien de allí, y por el contrario la madre cree que fue alguien vinculado con su etapa universitaria.
—Vamos, que no tenemos nada.
—Sí, hay algo que aún no te he contado.
Tom sacudió la colcha de la cama, un tanto disgustado. Quizá estuviera esperando aquel instante desde que yo había llegado con retraso.
—No empecemos, Ethan. Estoy encantado de estar aquí y de poder colaborar con vosotros, pero no te guardes nada. Necesito estar al tanto de todo desde el principio. No me hagas perder el tiempo, te lo ruego.
—He cenado con Clarice Brown, la reportera de la CBS.
—¿Ya la tenemos por aquí?
—Sí. Ha tardado poco en seguir mis pasos.
—En Arizona te dejó en paz.
—Fue un trato. Tenía que haberlo firmado y convertirlo en *sine die*.
—Ahora ya es tarde…
Le conté a Tom todo lo que sabía. Tenía razón y no podía ocultarle nada, aunque era una costumbre muy arraigada en mi carácter el esconder al menos un as en la manga.
—No aparece en ningún informe.
—¿Te los has leído todos? —preguntó mi colega, descreído.
—Más o menos. Les he echado un vistazo y no me suena. Algo así no lo hubiera olvidado.
—¿Tienes aquí información?
Le señalé con el índice un montón de carpetas que descansaban sobre una de las mesillas de noche de la habitación del hotel.
—Vale. Déjame que me lleve una parte, la que consideres más importante. No puedo arrancar a ciegas.
—Llévate todo —dije, casi sin reflexionar.
—¿Y ese cuaderno azul? No me creo que hayas dejado de utilizar tus Moleskine de tapas negras…
Miré hacia la mesilla que se hallaba al otro lado de la cama. Allí estaba el diario de Abigail Mitchell, que tan amablemente me había prestado su madre.
—¡Joder! —exclamé, alterado.
—¿Qué sucede? Tampoco te pongas así. El azul va mejor con tu personalidad.

—No, Tom. Pertenece a la víctima, y me lo dejó su madre sólo por unos días. He andado tan liado que no le he prestado atención. Me tocará estudiarlo antes de dormir, aunque según Worth no hay nada que merezca la pena.
—Quizá encuentres una explicación a esas misteriosas excursiones a Manhattan para zamparse un sándwich de pollo.
Le hubiera pedido más respeto a Tom por Abigail, pero sabía que en realidad no era su intención resultar desconsiderado con una joven a la que habían asesinado. Sencillamente era su forma de expresarse en la intimidad.
—Me han comentado que no hay nombres, salvo el de su ex–novio y el de su mejor amiga. Ambos residen en Salina. Allí vas a tener que bregarte con ganas para sacar el polvo de debajo de las alfombras.
—Nada nuevo bajo el Sol.
Seguimos conversando un rato y después decidimos que lo mejor era acostarnos. Tom prefirió darse antes una ducha y yo me quedé hojeando la libreta de *Abby*, por si hallaba cualquier indicio interesante. Lo cierto es que, como me habían advertido, me encontré con un montón de reflexiones sin orden ni concierto que parecían escritas por una chica mucho más joven que la víctima. Tuve la impresión de que Mitchell no había madurado y que sus anotaciones lo dejaban bien claro. Hasta que no llegué a la mitad no me topé con ninguna frase que llamase mi atención. Pero tres líneas casi inocentes me alertaron: «No debería estar aquí, pero he llegado. Ahora sólo queda ser responsable y tomar la decisión más justa. Sé que soy capaz, es mi mejor momento y puedo hacerlo». Para cualquiera aquel párrafo no tendría la menor importancia, pero no para mí. Bien podía referirse a su empleo, o a cualquier otra nadería; sin embargo yo casi de inmediato relacioné aquellas frases con su asesinato.
Tom regresó y me indicó que ya era momento de apagar la luz. Le hice caso y decidí que al día siguiente le llevaría el cuaderno a Juliet, para que estuviera en contacto con alguna pertenencia de Abigail. La señora Mitchell podía esperar un poco.

Al despertarnos nos tomamos un café y nos despedimos en la entrada del hotel. Tom tenía que comenzar a rastrear por Salina y sus alrededores en busca de cualquier indicio que nos ayudase a componer un puzle al que aún le faltaban demasiadas piezas. Le concedí vía libre para saltarse todos los protocolos y todas las reglas, como otras veces; y como otras veces le prometí que yo asumiría la responsabilidad si algo grave nos sucedía. Confiaba ciegamente en mi colega: sabía que era casi imposible que dejase un rastro, aunque para encontrar una prueba realizase algún allanamiento de morada o abriese sin permiso la taquilla de un centro de trabajo. Lo había hecho en el pasado y siempre habíamos salido bien parados. Protestó un poco, pero no tardó en aceptar mi propuesta. En el fondo le encantaba que le diese carta blanca y que encima me comprometiese a comerme el marrón si las cosas se ponían feas. Yo intentaba alejarme de mi manía de ser una especie de funambulista en la cuerda floja de la ley, pero me seguían faltando madurez y recursos para no recurrir a los atajos más cómodos.
Cuando llegué al Departamento de Policía de Topeka me encontré con un Worth de mejor humor. Le había sentado bien el descanso y preferí no comentarle nada acerca de mi cena con Clarice y de la llegada de Tom. Podía estropear las cosas.
—Hoy nos toca ir hasta Wichita, a la Universidad. Tenemos más de dos horas de viaje, de modo que no perdamos ni un segundo. Como de costumbre por el camino te voy contando qué sabemos del

entrenador y del profesor.
No le dije a mi amigo que todos los papeles estaban en poder de Tom, aunque en realidad aquello daba lo mismo: ni los hubiera llevado conmigo ni hubiera evitado que me tuviese que refrescar la memoria.
Tomamos la Interestatal 35 y el detective comenzó a hablarme de Morgan Bell, profesor de pedagogía de Abigail, y de William Kelly, entrenador del equipo universitario de baloncesto, los Wichita State Shockers. Con el primero la joven había mantenido una estrecha relación que había despertado rumores de todo tipo en el campus, hasta el punto de que Bell fue llamado a una reunión con la dirección que no tuvo mayores consecuencias. El segundo era conocido como «Bill el plasta» entre los estudiantes y se encargaba también de la animadoras, de las que formaba parte *Abby*. Haciendo gala de su apodo el entrenador se había insinuado en varias ocasiones a Mitchell, y por su carácter duro y un pasado un tanto turbio, aunque sin llegar a delinquir nunca, había entrado en las quinielas de sospechosos.
—Ninguno te encaja, ¿verdad? —pregunté, mediado el trayecto que nos separaba de Wichita.
—Pues no. De los cinco que te dimos en su día son los que menos suspicacias me crean. El profesor pienso que lo único que hizo fue llevarse bien con una estudiante, lo que no lo considero un pecado. Si se hubiera tratado de un chaval seguro que no hubiera sucedido nada. Y el entrenador es un tipo duro, un poco desagradable, y que no tuvo la suerte de criarse en un ambiente adorable. Su madre era una borracha y su padre un malnacido que sacudía tanto a su esposa como a su hijo. Se largó de casa con 15 años, lo que ya te hace una idea de que las ha tenido que pasar canutas. No es difícil que todos le apunten con el dedo.
Worth, otro hombre que había tenido que luchar con tenacidad en la vida, comprendía a aquellos sujetos que no se habían encontrado con un camino de rosas y que pese a las circunstancias adversas habían sido capaces de salir a flote. Le molestaban los prejuicios que se formaban de inmediato en contra de esta clase de personas y él los defendía, casi siempre con razón. Pero era complicado no fijar la atención en alguien como el entrenador cuando se ha cometido un crimen violento y los sospechosos escasean. Su expediente *resplandecía* entre el resto, y no por lo brillante de su pasado.
—De modo que estamos haciendo un viaje en balde.
—No, no lo creo. Está bien que eches un vistazo a la universidad en la que estudió *Abby*. Es verdad que ha pasado tiempo desde que terminó allí sus estudios, pero no tanto. Nunca se sabe.
—La señora Mitchell piensa que es alguien de Wichita quien acabó con la vida de su hija…
Worth me dirigió una mirada rápida y después volvió a centrar su atención en la carretera. Aquella intuición de la madre de Abigail no cuadraba con sus sospechas.
—Se niega a asumir que la mejor amiga de su hija o su ex–novio, es decir, una persona con la que ella había mantenido un trato habitual y con la que todavía le unen estrechos lazos de cariño pueda haberle hecho daño a su pequeña. Y eso que no conoce la salvajada que perpetró el asesino.
—Es lo normal. Ponte en su lugar.
—Y lo intento, Ethan, te lo aseguro. Pero los dos sabemos bien que el homicida suele estar más cerca de lo que parece. No hace falta recorrer cientos de millas para encontrarlo. En ocasiones basta con andar tres o cuatro manzanas.
—En esas está el señor Mitchell.
—Sí, y yo. Y ahora mismo, con lo que tenemos, la opinión del padre o de la madre tiene el mismo valor; es decir: ninguno.
Estábamos cruzando, a través de la I-35, el lago El Dorado, por lo que barrunté que ya nos quedaba muy poco para llegar a Wichita. Por alguna extraña razón me vino a la memoria Perry Lake, aunque

había motivos de sobra para que mi cerebro recuperase la multitud de imágenes que habían quedado secuestradas para siempre en mis recuerdos. Pese a llevar el climatizador puesto, abrí la ventanilla para respirar un poco de aire, que aunque me golpeó con todo su calor en el rostro se llevó lejos de mi mente un puñado de ideas dañinas.

—Pues tanto el entrenador como el profesor encajan mejor que el resto de la lista de cinco con el perfil que tengo delineado.

—Lo sé. Por eso también merece la pena hacer esta excursión. Quizá despejes dudas y regresemos con algo interesante a Topeka.

Entramos a Wichita por la I-35, aunque de inmediato nos desviamos hacia el norte de la ciudad, y subimos por la calle Hillside hasta alcanzar el campus universitario. Como era ya pleno verano el parking principal estaba semi-desierto. Sin embargo, los jardines presentaban un aspecto formidable y daba gusto caminar por las calzadas de hormigón flanqueadas por un cuidado césped y por hermosos árboles. Los edificios de la Universidad estaban construidos con un elegante ladrillo de tonos granates y con amplios ventanales con los marcos pintados de blanco. No había imaginado que la Wichita State University fuera a causarme tan buena impresión.

—Esto es precioso —musité.

—Como has estudiado en Stanford, la mejor del mundo, te crees que una universidad pública no puede dar la talla.

—No quería decir eso —repliqué, aunque en el fondo Worth tenía razón.

—Tienes que descender de los altares, Ethan, y pisar más la calle. Te sorprenderías. Entre que te han tenido entre algodones hasta que te graduaste y que ahora te pasas casi todo el tiempo encerrado en Quántico no tienes una idea clara de cómo es la gente corriente. Y tú no eres un tipo normal.

No quise ponerme a discutir y seguí los pasos de mi amigo, que me llevó hasta un edificio en el que ya nos esperaba Morgan Bell, el profesor de pedagogía de Mitchell. Él nos condujo hasta su despacho, ubicado en la segunda planta. Apenas había actividad y sólo nos cruzamos con un par de estudiantes.

—Esta época es ideal para trabajar. Todo es silencio y uno puede planificar el curso con sosiego —dijo Bell, nada más sentarse tras su mesa, invitándonos a que hiciéramos lo propio en dos sillas que había dispuestas justo al otro lado.

Worth repasó algunos aspectos de la investigación y le dio las gracias por recibirnos. También le indicó quién era yo.

—No deseamos hacerle perder mucho tiempo.

—No hay problema. Tratándose de un tema tan delicado estoy dispuesto a colaborar lo que haga falta.

Me dediqué a formular algunas preguntas banales al profesor, con la esperanza de que fuese bajando la guardia. Me pareció un sujeto con clase, atento, taimado y que era capaz de controlar cualquier situación. Nada que no fuese corriente en un educador. Además, al ser pedagogo tenía conocimientos de sobra para manejarse con cierta habilidad en circunstancias que a cualquier otro le hubiera puesto en un aprieto.

—Señor Bell —dije, tras diez minutos de charla—, no quiero andarme con rodeos. Sabe que se ha rumoreado mucho acerca de su relación con Abigail, de modo que me encantaría conocer su versión de los hechos.

Morgan me respondió que todo eran habladurías, y que lo único cierto era que apreciaba a Mitchell por su valía, nada más. Era una alumna aplicada, que además había mostrado un interés poco común por su asignatura. Se habían reunido en su despacho en varias ocasiones y habían comido en el

campus, a la vista de todo el mundo, cuatro o cinco veces.
—El problema es que no es lo corriente. No suelo entablar un vínculo tan estrecho con ningún alumno. Y no es por falta de ganas, ya quisiera yo que todos fuesen como Abigail; es porque los estudiantes de hoy en día apenas prestan atención. Ella era singular. Tenía un gran futuro como educadora.
—Ya, pero sus colegas también sospecharon. Usted tuvo que dar explicaciones, si no estoy mal informado —dije, en un tono neutro, aunque estaba metiendo el dedo en la llaga.
—Aquello se archivó. Pueden buscar la información al respecto. Ni siquiera consta en mi expediente. Es lo malo de cogerle cariño a una alumna brillante, que algunos pueden confundir la realidad.
Repasamos su coartada. El día de la desaparición de Mitchell había impartido clase, aunque había un espacio de tiempo, casi cinco horas, sin justificar, durante las cuales habría podido viajar hasta el lago, realizar la escabechina y regresar a Wichita.
—¿Dónde estuvo todas esas horas?
—Aquí mismo. En este despacho. Por desgracia nadie vino a verme, pero tampoco nadie me vio salir. Es ridículo. De verdad, calcule sólo el tiempo que me llevaría ir y volver de allí. No pueden hablar en serio.
—Casi tres horas —apuntó Worth, al que notaba incómodo y deseando que dejásemos tranquilo al profesor.
—¿Mantuvo el contacto en alguna ocasión con Mitchell tras su graduación? —inquirí.
Bell se rascó el mentón e hizo una larga pausa. Aquella actitud no era normal. Tampoco lo incriminaba, pero la demora en responder no era una buena señal.
—Nos vimos un par de veces.
El detective se quedó pasmado. De inmediato se puso a buscar en su iPad y después me dirigió una mirada que estaba cargada de información.
—¿Por qué no lo había contado hasta hoy?
—Ha pasado ya mucho tiempo. Pensé que si lo decía al principio, cuando todo estaba muy liado y ustedes no paraban de preguntarme por mi relación con *Abby*, todos los focos se centrarían sobre mi persona. Ahora seguro que tienen más información y me siento más libre para contar toda la verdad.
—Y, señor Bell, ¿cuál es la verdad?
—Que nos reunimos dos veces. Las dos en el mismo lugar. Un café discreto en McPherson, pues es una ciudad pequeña a medio camino entre Wichita y Salina. Además, allí nadie nos conocía, de modo que tampoco seguiríamos alimentando los cotilleos.
—Está bien que se sincere. Ahora debe explicarse.
—Sólo me pedía consejo. Quería prosperar y tenía un trabajo en Junction City que no colmaba sus expectativas. Sólo era eso. Una antigua alumna que busca que su viejo profesor le asesore. Apenas estuvimos una hora charlando.
—Pero, no tenemos ningún registro en sus teléfonos móviles —reconoció Jim, desorientado y facilitando las cosas al profesor.
—Me llamaba al número directo de mi despacho, desde un teléfono público. En ocasiones esquivar a los indiscretos, y por supuesto no me refiero a ustedes, es más sencillo de lo que parece.
—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?
El profesor tamborileó con sus dedos, nervioso, sobre la elegante mesa de madera maciza que nos separaba. La respuesta tenía que ser comprometedora.
—En enero. Fue a finales de enero. Por eso mantuve la boca cerrada. Poco después me enteré del

crimen y se pueden imaginar mi desolación.
—Y su temor… —murmuré.
—Sí, y mi temor. Yo mismo pensé que la policía no tardaría en ponerme en una lista de sospechosos, aunque fuera algo injusto. Pero también resulta hasta cierto punto lógico.
—¿Estaba enamorada de usted Abigail?
Bell se retorció en su silla, como si aquella pregunta le estuviese quemando por dentro.
—Eso es una estupidez. Me admiraba, desde luego, y le encantaba que hubiera visto en ella sus virtudes, pero no creo que ni tan siquiera se sintiese atraída por mí. Creo que me veía más como a un padre.
—En tal caso, ¿por qué tomar tantas precauciones para verse?
—Porque ella sabía que me había metido en problemas. Aunque ya no era mi alumna prefería no echar leña al fuego y ocasionarme algún perjuicio. Y, la verdad, visto lo acaecido, no le faltaban motivos. Todavía hoy estoy sufriendo las consecuencias.
Tomé nota en mi libreta con parsimonia. El profesor estaba manteniendo los modales bajo control y se mostraba cooperativo, de modo que debía tensar la cuerda.
—Y usted, ¿sospecha de alguien en concreto?
—¿Yo? Apenas conocía el entorno de *Abby*. No soy el más adecuado.
—Pero tuvo un encuentro con ella poco antes de su desaparición…
—Hablamos sólo de cuestiones profesionales. No me dijo que tuviese miedo de nada ni de nadie. Tampoco creo que tuviese enemigos.
—Y aquí, en esta Universidad…
—Sé a lo que se refiere. También han corrido rumores sobre el señor Kelly. Son tan infundados como los que han vertido sobre mi persona. Yo creo que fue un depravado con el que tuvo la mala suerte de cruzarse. Sucede de vez en cuando. Ustedes son los expertos, pero yo veo las noticias.
No le podía dar detalles a Bell sobre la manera tan salvaje con que habían dado muerte a Mitchell, pero era evidente que no se trataba de uno de esos casos a los que él se refería. Había un odio y un ensañamiento en el crimen que sólo se explicaba desde una relación personal.
—Las noticias suelen centrarse en la excepcionalidad. Lo habitual, lo más corriente, es que el que asesina a otro individuo forme parte de su entorno. Por desgracia es algo tan frecuente que no llama la atención de los medios y por eso es complicado que usted lo vea abriendo portadas en un informativo —declaré, con contundencia.
—Que un profesor asesine a una antigua alumna, ¿le parece lo suficiente anómalo como para salir en televisión?
Tocado y hundido. Desde luego que una noticia así coparía horas y horas tanto en televisión como en radio. Por no hablar de la prensa y de los medios online.
—Claro. No me refería a usted, por supuesto —mentí, para salir del atolladero.
—Estoy dispuesto a llegar hasta donde haga falta. Ya me sometí al polígrafo y ya les dejé que entraran en mi vivienda. Pero me encantaría que este delirio acabase de una vez. Tanto por mí como por la familia de *Abby*.
Apenas conversamos unos minutos más. Al salir nos recibió el Sol en todo lo alto del cielo y un calor asfixiante que incrementaba la sensación de angustia que me atenazaba.
—¿Qué opinas? —preguntó Worth, mientras caminábamos hacia el extremo noroeste del campus.
—No sé. O este profesor es muy espabilado o dudo que fuera él. Además, su coartada es más firme de lo que parece. Resulta casi imposible ir hasta el lago desde aquí, realizar aquella carnicería y regresar en apenas cinco horas.

—Hice una simulación con Andrew y ni con calzador encaja. Por no contar con que tuvo que mantener una enorme sangre fría para impartir clase como si tal cosa después de haber hecho eso.
—Es verdad. Lo que sí me ha resultado interesante es su confesión de que se vio dos veces con Mitchell, en secreto.
—A mí me ha cabreado. No me gusta que me mientan o que me soslayen información.
Detuve nuestro paseo y tomé a mi amigo del brazo. Había llegado el momento de contarle que me había visto con Clarice Brown.
—Jim, no te lo he dicho esta mañana a primera hora porque te he visto de mejor humor y no deseaba estropear las cosas.
—¿Qué ha sucedido?
—Ayer cené con Brown, la reportera de la CBS. Me contó una cosa sobre Abigail que creo que nadie sabía hasta la fecha.
—Te ruego que te expliques.
—Por lo visto iba de vez en cuando hasta Manhattan a almorzar.
—Menuda chorrada.
—Ya, puede ser. Pero la cuestión es que se conectaba con su portátil a una red abierta del establecimiento, ¿comprendes?
—No sé a dónde quieres ir a parar.
—Pues que se había visto en secreto con su antiguo profesor, citándolo desde una cabina pública y llamando a su despacho. También usaba una red abierta para conectarse, cuando tenía su celular para conectarse cuando quisiese y donde quisiese. ¿Qué chaval va con un portátil por ahí hoy en día?
—Tienes razón. Suena a antigualla.
—La cuestión es que *Abby* deseaba mantener parte de su vida en secreto. Esas reservas me mosquean. Y es muy probable que estén relacionadas con su muerte.
—Los forenses analizaron el portátil y hemos estudiado lo que hemos podido de su teléfono móvil. No lo hemos encontrado todavía, de modo que estamos muy limitados.
—¿Qué encontraron en el portátil?
—Poca cosa. Es lo que tú has comentado, apenas le dan uso los jóvenes hoy en día. Tenía una Tablet y el celular.
—Pues ese portátil debe de tener algo. Me juego el cuello.
El detective meneó la cabeza, como intentando que los recuerdos se agitaran en el interior de su cráneo y apareciesen con nitidez.
—¡Un segundo! —exclamó, un tanto exaltado—. No le dimos mucho valor en su día, pero tenía instalados varios navegadores en aquel ordenador.
—Bueno, yo también tengo varios.
—Ya, pero no creo que uno de ellos sea *Tor*.
—¿Tor? No sé de qué me estás hablando.
—Es un navegador con altos niveles de privacidad. Según me dijo uno de los forenses lo suelen usar hackers y gente con conocimientos avanzados de informática. Aquello no nos cuadró en ningún momento con *Abby*, de modo que tampoco fuimos más allá. Consideramos que algún colega le habría instalado el navegador, al igual que otros programas. Según sus conocidos ella no era precisamente una experta en la materia y sabía poco más que enviar un mail y utilizar el paquete de ofimática a nivel de usuario.
De inmediato pensé en Mark, y en todas sus virtudes como informático. Iba a necesitar de su colaboración como nunca antes.

—¿Dónde está ese maldito portátil ahora mismo?
—En casa de los Mitchell. Se lo devolvimos unas semanas después de analizarlo. Como te he comentado no sacamos nada interesante de él.
—Pues tendremos que enviarlo a Quántico.
—Si estimas que es imprescindible, así lo haremos —musitó Worth, desganado.
—Sí, Jim. Necesitamos a uno de los mejores expertos y por suerte contamos con él. Deja que use todos los recursos a mi alcance para ayudarte.
—Claro, claro. Venga, no perdamos más tiempo. El entrenador nos estará esperando desde hace rato en el Charles Koch Arena.
—¿Qué es eso?
—Lo vas a ver de inmediato. Es la fabulosa cancha donde juegan y entrenan los Wichita State Shokers. Una de las diez mejores de todo el país. Te va a asombrar.
En efecto, al poco llegamos a unas magníficas instalaciones que poco o nada tenían que envidiar a las que poseen las mejores universidades privadas de los Estados Unidos. Aquello me demostraba, como cuando unos meses antes, en Phoenix, había descubierto la sensacional oficina del sheriff de Maricopa, que conocía poco mi país y que aún tenía que viajar mucho y gastar mucha suela de zapato para llegar a comprenderlo. Para mí el mundo se había limitado, durante tres décadas de existencia, a dos pequeños puntos; uno ubicado en la costa oeste, donde me había criado, y otro en la costa este, donde desarrollaba mi carrera profesional.
Seguí a Worth hacia el interior del edificio y me guio hasta la cancha central, donde estaban entrenado sólo cuatro jóvenes guiados por un tipo alto y robusto, con el pelo cortado al cero, y que aparentaba unos cincuenta años bien llevados. Nada más vernos les dijo a los chicos que podían dejarlo y darse una buena ducha. Allí, en mitad de la pista, me asombró más aquel lugar, con sus más de diez mil asientos, su maravillosa cúpula y su moderno marcador. Me sentí como si estuviera en el emplazamiento donde jugaban cualquiera de los equipos de la NBA.
—Lamento el retraso. Hemos charlado un rato con Morgan Bell y se nos ha ido el santo al cielo —se excusó Jim, estrechando la mano del entrenador.
—No pasa nada. Estaba probando a estos talentos, a ver si tienen las agallas suficientes como para formar parte del equipo la próxima temporada —dijo, sonriente, el señor Kelly, que se notaba distendido, muy cómodo con nuestra presencia.
—¿Soléis entrenar en esta pista?
—No, desde luego que no. Utilizamos una interior. Pero para los partidillos o cuando tengo que evaluar a un jugador prefiero venir aquí. Los chicos se quedan impresionados y necesito conocer sus reacciones. Cuando esto está repleto de espectadores, hasta a mí me tiemblan todavía las piernas. Es fabuloso.
Worth y yo tomamos asiento en el banquillo de local. El entrenador cogió una de las sillas de la mesa de anotadores y se plantó frente a nosotros. Me desconcertó que no buscase un lugar más íntimo para mantener aquel encuentro, pero después supuse que no se hallaba más seguro en ninguna parte mejor que allí mismo, donde solía trabajar todos los días. Jim hizo la introducción preceptiva y le restó, como casi siempre, importancia al asunto. Noté de inmediato que sentía una cierta simpatía por aquel individuo, y que era recíproco, pues *Bill el plasta*, tal y como le llamaban los estudiantes, incluso se permitió dar una palmada en el hombro de mi amigo, en un gesto de cordialidad inusual. A mí, por el contrario, me causó mala impresión desde el principio.
Nos dedicamos a repasar algunos aspectos del caso: cómo era Abigail como animadora, cómo se llevaba con el resto de chicas del equipo y otras naderías. Luego nos centramos en su coartada.

—Sé que no es muy sólida, como dicen ustedes; o al menos eso sueltan en las películas —reconoció Kelly.
Worth me había recordado, durante el largo trayecto en coche desde Topeka, los detalles más importantes a la hora de afrontar aquellas entrevistas. Por suerte para todos.
—Seré sincero —comencé—, tenemos ubicado su teléfono móvil, y realizó un par de llamadas que efectivamente le ubican en su apartamento a la hora en la que Mitchell desapareció. Pero ese día no estuvo en compañía de nadie desde la hora de comer hasta un entrenamiento que realizaron por la noche. Es decir, tuvo lo que denominamos una amplia *ventana de oportunidad*. Su terminal se lo pudo prestar a un cómplice y asunto resuelto.
—Tenemos los testimonios de las dos personas a las que telefoneó, que nos han garantizado que era su voz y no la de otro —apuntó Jim, ejerciendo casi de abogado defensor, aunque poniendo sobre la mesa un detalle no menor que constaba en los informes.
—Hay otra cosa —dijo el entrenador, seguro de sí mismo—, algo que no sabía antes. Resulta que al final de mi calle hay una cámara. No enfoca hacia el portal de mi edificio, pero sí que tiene grabado mi vehículo. Se puede ver, y pueden solicitar una copia al establecimiento si lo desean, que está allí aparcado durante horas, hasta que lo cojo para venir aquí.
Tendríamos que corroborar aquello, pero suponía un nuevo revés. Montones de sospechosos, reducidos a cinco con más posibilidades y parecía que ninguno de ellos podía haber cometido el crimen. Cada día que pasaba en Kansas comprendía mejor por qué la investigación había llegado a un callejón sin salida, y los sobrados motivos que tenía el Jefe del Departamento de Policía de Topeka para dar por zanjado el tema.
—Y sus insinuaciones a Mitchell, ¿qué nos puede contar sobre eso? —pregunté, cambiando bruscamente de asunto.
—Yo sólo bromeaba. Venga ya. Soy casi un anciano y gasto bromas a las animadoras desde siempre. Suelo pasarme un poco de gracioso con la más mojigata, para ver si espabila, pero de ahí no cruzo la línea.
—Entonces, reconoce que la acosaba…
—¿Acosarla? ¡Ni hablar! Reconozco que le hacía payasadas. No soy un ejemplo, lo sé, y ya es complicado que cambie, pero en mi vida me he sobrepasado con ninguna mujer.
—Su pasado no es muy brillante —comenté, consultando unas notas de mi cuaderno que en absoluto tenían relación con William Kelly, pero simulando que allí tenía apuntados aspectos de su vida desde que le salieron los dientes.
—No, no lo es. En realidad es un montón de mierda encima de otro montón de mierda. No le deseo ni al peor de mis enemigos que pase una infancia como la mía. Bastante lejos he llegado. Lo normal es que fuera un delincuente, o que me hubieran volado los sesos en el barrio cochambroso en el que crecí. ¿Me deja ver sus manos?
—Acaso es usted adivino…
—No. Venga, déjeme verlas, no sea tímido.
Le tendí las palmas de las manos, en una escena que resultaba tan patética como esperpéntica. Pero aquel tipo se sentía muy tranquilo y es en esos contextos donde un criminal suele meter la pata.
—Ahí las tiene. Ya puede decirme en qué año moriré o cuándo me saldrá una piedra en el riñón —le espeté, con cinismo.
El entrenador se tomó en serio el asunto y estuvo observando mis manos un buen rato. Luego acarició las yemas de mis dedos y casi auscultó cada uno de ellos con un interés desmedido.
—Lo que suponía. No ha trabajado duro en toda su vida. No se ha peleado con nadie. No ha tenido

que cargar con fardos o que mojarse con agua helada. Son las manos de alguien que ha tenido una buena educación, una excelente alimentación y empleos en los que lo más duro que hay que hacer con los dedos es pulsar con suavidad un teclado almohadillado que cuesta más de cien dólares.
—Perfecto, Bill —dije, usando su apodo con mala intención—, ahora que ha demostrado sus dotes para la quiromancia, ¿qué me cuenta de su vida?
—No lo entendería jamás. Soy duro, un poco grosero y no sé expresarme bien. Mi acento me delata y cuando me miro al espejo veo a una persona cansada y con pinta de haberse escapado de una penitenciaría. Pero no soy ningún desalmado, señor Bush. No me han educado bien y he tenido que luchar apretando los dientes desde que era sólo un renacuajo. Puedo ser un poco machista y puede ser que mis bromas, sin mala intención, me hagan parecer un imbécil o un perturbado. Pero pregunte a todas las animadoras que han pasado por este equipo en los últimos diez años. Pregunte si alguna vez he llegado más lejos que soltar un piropo. Sí, me llaman *el plasta*, lo sé bien. Los chicos porque les repito mil veces lo mismo, porque el baloncesto es un juego en el que para alcanzar la perfección hay que ensayar hasta el infinito el mismo gesto, hasta que te salga sólo, hasta que logres encestar el 90% de los tiros libres. Y las chicas lo dicen porque soy un viejo solterón que les comenta lo guapas que son o lo mucho que se animará el público cuando salgan a la cancha a realizar la última coreografía que hayamos inventado. No hay más. No hay más, señor Bush.
El sermón del entrenador resultó sincero, expresado de un modo coloquial y tosco, pero sin dudas ni extraños retorcimientos. Era la manera de hablar de un individuo que te cuenta la verdad. O tenía delante a un psicópata mayúsculo, o Kelly en realidad no tenía nada que ver con la muerte de la joven Mitchell.
—Vaya, se ha preparado a conciencia —murmuré.
—No he preparado nada.
—Puede ser. Pese a todo, lo mantendré en mi lista de sospechosos —dije, desafiante y un tanto grotesco.
—Haga lo que estime oportuno. Y de paso, ya que han vuelto por aquí después de unos meses, podían fijar la atención en otros profesores, en lugar de molestarnos a Morgan y a mí una y otra vez. No soy un sabueso, ni un ejemplo de nada, pero hagan su trabajo.
Miré a Worth y descubrí que estaba tan perplejo como yo. Aquellos últimos comentarios no entraban dentro de ningún guion, y por lo que vi en los ojos de mi amigo tampoco él comprendía nada en absoluto.
—Disculpe, señor Kelly —dije, en un tono conciliador y respetuoso—, ¿qué es lo que está insinuado?
Bill el plasta permaneció en silencio durante varios segundos, que a mí estuvieron a punto de desquiciarme. Notaba la ansiedad del que sabe que ha picado un gran pez en el anzuelo y ahora le toca recoger el sedal con maña para no perder su trofeo.
—Aquí hay muchos profesores y alumnos. A lo mejor, y sólo a lo mejor, están buscando una aguja en un pajar. Quizá estén en el lugar acertado, pero se han confundido de fardos.
—Eso significa que usted sospecha de alguien en concreto.
Kelly meneó la cabeza. No estaba negando, sólo se maldecía en silencio. Ya lo tenía acorralado.
—A mí me pagan por entrenar a un puñado de chavales para que jueguen bien al baloncesto. Soy medio analfabeto. Le repito: hagan su trabajo.
—Nuestro trabajo es insistir cuando llegamos a un punto como en el que nos encontramos ahora mismo. ¿De quién diablos sospecha?
—No quiero líos… —murmuró, agitando las manos delante de mi rostro.

—De un modo u otro, ya está en uno. Si quiere salir del pozo sólo necesito que me dé ese nombre que no para de rondarle por la cabeza.
El entrenador se frotó las rodillas con insistencia, como si las estuviera calentando antes de salir a disputar un partido. Después echó un vistazo alrededor y realizó una profunda inspiración.
—No quiero que nadie sepa que yo les he hablado de él. Tiene que quedar entre nosotros.
—Por descontado —dije, con solemnidad.
Me vi obligado a estrechar la mano de aquel sujeto extravagante, que había pasado de parecerme firme como una viga de acero a endeble como un flan.
—Gabriel Johnson.

Capítulo XV

Gabriel Johnson no aparecía en ningún informe, en ninguna ficha, y su nombre no estaba en el listado de sospechosos. Era como si hubiese surgido de la nada, como si el entrenador nos lo hubiera colado con calzador para desviar la atención.

Worth se dedicó a acribillar a preguntas a *Bill el plasta*, pues después de todas las novedades que ya habían surgido en las últimas horas quizá la insinuación de aquel tipo había sido la gota que había colmado el vaso de su paciencia. Casi seis meses de investigación y de golpe ahora todo el mundo se decidía a soltarse de la lengua. Demasiado para el bueno de mi amigo, para su estrés desbocado y para sus incipientes ataques de ansiedad.

William Kelly nos explicó que el profesor Johnson jamás había dado clases a Mitchell, pues él las impartía en el grado de matemáticas. Era experto en análisis, cálculo y geometría. Nos manifestó que no había hablado de él hasta ese día porque sus recelos tenían su origen apenas unas semanas atrás. Se había acercado a su despacho para defender a un alumno que tenía problemas en una de sus asignaturas pero que era un gran jugador de baloncesto y que mostraba una actitud intachable. No es que deseara inmiscuirse en el terreno de nadie, pero consideraba que el chaval merecía una oportunidad y un mejor trato. Por casualidad, al irrumpir de golpe en la estancia, recogió del suelo un folio que a Johnson se le había escapado de las manos, debido al sobresalto. Pudo ver un dibujo de una chica que se parecía bastante a *Abby*, y algunas anotaciones alrededor. Él no entendía de matemáticas, pero infirió que eran ecuaciones, pues había extraños símbolos y rayas por todas partes. El profesor se puso muy furioso y le arrebató el papel con desprecio y le dijo que la próxima vez que viera la puerta de su despacho cerrada se molestase en llamar antes de entrar, como haría cualquier persona con un mínimo de educación. Aquello mosqueó a *Bill el plasta*, pero tampoco quiso concederle más importancia. Si la tenía ya daríamos nosotros con él. El entrenador no era de los que se buscaba problemas sin que le incordiasen, pues ya bastantes había tenido que superar a lo largo de su vida. Sin embargo nuestra visita y mis preguntas le habían espoleado y al final había optado por confesar sus suspicacias.

Worth salió del Charles Koch Arena hecho un basilisco; apenas era capaz de contener su ira y lanzaba bufidos, como un animal encerrado antes de que abran la puerta para salir a un rodeo.

—Tienes que tranquilizarte —sugerí.

—Joder, Ethan, ¿calmarme? Ayer la periodista esa te suelta un chismorreo y hoy primero Bell y después Kelly deciden que tras medio año ha llegado el momento de empezar a hablar claro. ¡No me fastidies, por favor!

Intenté ponerme en el pellejo de mi amigo y sólo encontré un ejemplo para que pudiera ser consciente de que comprendía su impotencia, pero que las investigaciones son así.

—¿Recuerdas el asesinato de Sharon Nichols?

Jim dejó de hacer aspavientos y de vociferar sin sentido y se me quedó mirando, clavado como un poste de la luz en mitad de la nada.

—Claro, cómo voy a olvidarlo…

—Veinte años, amigo; veinte años fueron necesarios para descubrir la verdad —murmuré, posando mis manos en sus hombros.
—No querrás decir que…
—En absoluto. Vamos a resolver este caso, antes de que a ningún capullo se le ocurra archivarlo. Estamos más cerca de descubrir al asesino y de hacerle justicia a Abigail. Pero te necesito sereno, no desquiciado.
—Entiendo, Ethan.
Fue como si Worth se desinflara delante de mis ojos. Dio algunos pasos titubeantes, cabizbajo. Después se giró, como esperando instrucciones.
—Ahora debemos regresar lo antes posible a Topeka. He quedado con Juliet, y quiero que tú te encargues, entretanto, del maldito portátil de *Abby*. Cuanto antes lo tenga Mark en su poder antes arrojaremos más luz sobre la investigación.
—Ya que estamos aquí, ¿no sería mejor aprovechar el momento y buscar al tan Johnson?
—No, Jim. Eso sería una locura. No sabemos nada de ese individuo. Lo mismo ni siquiera es verdad lo que nos ha contado Kelly. Hagamos las cosas bien.
A regañadientes Worth se encaminó en busca del SUV y regresamos en silencio a Topeka. Yo, durante aquellas dos largas horas, traté de poner en orden mis ideas. Estaba tan confundido como mi amigo, aunque no me lo tomaba del mismo modo. No en vano su implicación emocional y la mía distaban mucho.
Intenté planificar mis siguientes pasos, a partir de la reunión inminente que iba a mantener con la médium. Tendría que avisar a Mark y también ponerme en contacto con Tom, para que hurgase en el pasado de Gabriel Johnson y en su posible vinculación con Mitchell. Pero mi colega estaba en Salina, y yo mismo le había marcado como prioridad investigar el entorno de *Abby* en su ciudad, especialmente a Samuel Reed y a Emma Ward. El profesor de matemáticas encajaba al milímetro con el perfil que yo tenía del asesino, y mi ansia era comparable a la de Worth, pero precipitarme ya me había jugado malas pasadas antaño. Había aprendido a tomarme las cosas con calma, siempre que no estuviese en juego la vida de un ser humano. Y por fortuna, en esta ocasión, no me enfrentaba a un asesino en serie. Las posibilidades de que, en el corto plazo, volviese a actuar eran mínimas. Al menos esa era mi percepción.
Pese a saber que me iba a marear, tomé algunas notas en mi Moleskine, porque la memoria suele ser traicionera y prefería tener que pedirle a Jim que parase el coche para vomitar antes que perder el cauce desbordante de reflexiones que mis neuronas no dejaban de crear de modo frenético. Con una letra espantosa y confusa apunté lo que consideré más relevante y después me centré en mirar hacia el horizonte, para que mis oídos comprendiesen que sí, que me estaba moviendo y que el resto de mis sentidos no se habían desnortado.
Cuando llegamos al Departamento de Policía de Topeka ya era tarde, pero por fortuna la médium aún no se había presentado. Me despedí de Worth, que seguía irritado y un poco taciturno, pero que todavía se sentía con fuerzas como para acercarse a Salina para pedirle a los Mitchell el ordenador portátil de su hija, y me dirigí a mi *despacho*, aquella sala de interrogatorios a la que comenzaba a coger cariño y que lentamente se iba amoldando a mi carácter, era casi una prolongación de mi manera de pensar y de trabajar.
Mandé mails a Mark, a Tom y también a Liz, pues deseaba que todo *mi equipo* estuviera más o menos al tanto de los avances. Toda ayuda era poca ahora que por un lado el caso se había enmarañado y por otro parecía que estábamos acercándonos a la verdad, después de dar muchos palos de ciego.
El teléfono interno me sobresaltó. Desde recepción me avisaban de que Juliet había llegado. Busqué

en un cajón el cuaderno de tapas azules de Abigail y lo dejé sobre la mesa, como si aquello fuera el oráculo de Delfos y la espiritista pudiera formularle cualquier pregunta. Aquel proceder tan estrambótico por mi parte sólo podía tener una explicación: estaba casi tan desahuciado como el bueno de Jim, aunque me negase a reconocerlo.

Juliet me recibió con gran afecto. La encontré mejor incluso que tiempo atrás, cuando nos habíamos conocido en Nebraska y con sus premoniciones, casi todas acertadas, había logrado que los cimientos de mi escepticismo se tambaleasen.

—No sé cómo agradecerle que haya venido.

—No sea usted tonto, Ethan. Además, en el fondo es un halago que me haya pedido colaboración. Sé que no es usted un hombre místico, ni por aproximación.

Forcé una sonrisa y conduje con amabilidad a la médium hasta la sala de interrogatorios. Durante una hora le expliqué la situación, incluyendo que la tal Gabriella hubiera mencionado su nombre.

—Es muy interesante.

—No tengo la menor idea. Lo cierto es que sólo me he cruzado con una Juliet en toda mi vida, y es usted. De modo que me convencí de que lo más sensato era pedirle ayuda.

—¿Le costó?

De nuevo forcé una sonrisa. No es que se estuviera regodeando de su pequeña victoria, pero también ella tenía su orgullo y quizá deseaba bajarme los humos.

—Un poco. Pero no demasiado. Digamos que la considero a usted mitad una profesional de la psiquiatría mitad un bicho raro —bromeé—. Intento persuadirme de que tiene más peso la parte racional.

—Debería cultivar más la fe.

—Y lo hago. Intento creer en las personas. Intento rodearme de los mejores profesionales y creer en ellos.

—Me refería a algo más espiritual.

—Lo sé, pero ahí va a costar mucho que cambie mis postulados. Voy camino de cumplir los 33 años, y ambos sabemos que a estas alturas modificar el carácter es tarea casi imposible.

Juliet me tomó las manos con las suyas. Estábamos sentados uno enfrente del otro. En mitad de la mesa se encontraba, esperando, el cuaderno de Mitchell. Apenas lo rocé con una de mis muñecas y fue como recibir una descarga eléctrica de pequeña intensidad. Me estaba dejando arrastrar por el influjo ascético que aquella mujer tan singular desprendía con su sola presencia.

—Salvo que se enfrente a una catarsis.

—No veo qué puede provocarla.

—Un hecho tan extraordinario que sea capaz de modificar su concepción del mundo, del universo y de las fuerzas que lo gobiernan.

No me gustaban los derroteros que estaba tomando la conversación y separé mis manos con brusquedad de las de la médium.

—Dudo que algo así suceda jamás.

—Piensa que sólo somos un puñado de carne y huesos…

—Quizá no simplifico tanto mi visión de los seres humanos, pero podría llegar a aceptar esa concepción —declaré, irónico.

—Pero aquí estamos, para hablar de una chica a la que asesinaron hace seis meses. Sólo el alma de esa joven puede ayudarme.

Aproveché la reflexión de Juliet para acercarle el cuaderno de tapas azules.

—No tengo ni idea de cómo funcionan estas cosas, pero le he traído esto. Es el cuaderno personal de

la víctima, donde anotaba sus reflexiones más íntimas.
La médium lo tomó entre sus elegantes y estilizadas manos y lo acercó a su pecho. Cerró los ojos durante un interminable minuto.
—Ha hecho muy bien, Ethan. No es tan descreído como imagina. Me deja que le haga una pregunta muy particular…
—Adelante —murmuré, titubeando.
—¿Dónde descansan las almas?
—¿Cómo? ¿No entiendo a qué se refiere?
—Sí, sí lo sabe, Ethan —respondió Juliet, con aplomo.
De inmediato pensé en mi padre. No deseaba pensar en él pero no pude evitarlo. Casi lo sentí a mi lado, lanzándome una Budweiser helada, mientras me mostraba con una mueca su satisfacción.
—Las almas no descansan en ninguna parte porque no existen, ¡no existen! —exclamé, enfurecido.
—Está bien, dejaremos esto para mejor momento. Pero no me puedo ir de Kansas sin abordarlo de nuevo. Es la condición que le pongo para colaborar.
—¿Quiere chantajearme?
—En absoluto. Nada más lejos de mi intención. Sólo desea ayudarle, Ethan.
—Yo no necesito ayuda. Los que precisan ayuda son los agentes que están investigando este crimen y dos padres destrozados que al menos aspiran a que se haga justicia.
—Sí la necesita. Ahora más que nunca. ¿Acepta mi propuesta?
—Sí. Sólo perderemos el tiempo usted y yo, pero no me queda más remedio.
Juliet asintió, reconfortada. Apretó aún más el cuaderno azul contra su pecho y entró en una especie de trance. Estaba paralizada, pero emitía unos suaves gemidos que me provocaron cierto desasosiego.
Como imitándola, yo también me quedé petrificado. Tuve tiempo de pensar en qué diablos hacía allí, en Kansas otra vez, con una espiritista, muy lejos tanto de Liz, embarazada, como de mi madre, sola en su casa de Los Baños y sin recibir apenas muestras de afecto por parte de su hijo. Me sentí extraño, como si mi cuerpo no me perteneciese y sólo fuera un envoltorio que contenía algo más. *¿Dónde descansan las almas?* No existían las almas, por lo que no descansaban en ningún lado. Pero allí, inmóvil delante de aquella mujer estrafalaria, bajo la influencia de su indudable carácter, creí sentir la mía propia por un instante. Sí, era como si esa llama de vida, que los escépticos denominamos conciencia, se revelase en mis entrañas, causando estragos, para demostrarme que era real, y que el día en que mi cuerpo fuera pasto de los gusanos quedaría su esencia infinita en alguna parte. Así de alucinado me hallaba en aquellos instantes que aún hoy recuerdo con estremecimiento.
—No puedo ver su rostro, pero sí intuyo su sombra. Puedo ver esa sombra negra —musitó de repente Juliet, dándome un susto de infarto.
—¿Qué hace? —pregunté, dejando a un lado todos mis recelos.
—Está golpeando un teléfono móvil con una piedra. Lo está destrozando.
—¿Dónde se encuentra?
—Cerca del cadáver de la joven. La acaba de matar. La ha matado hace unos instantes.
—¿Cómo es? ¿Qué ropa lleva puesta?
—Apenas distingo nada. Es tarde. Es de noche. Creo que lleva guantes y el cuerpo lo tiene enfundado en una especie de mono de pintor de tonos oscuros.
—Juliet, ¡necesito que me dé más datos! —exclamé, sujetando uno de sus antebrazos.
El cuerpo de la médium sufrió una violenta sacudida. Pensé que todo había terminado y que allí finalizaba mi singular sesión de espiritismo, pero volvió a relajarse y de nuevo apretó el cuaderno de

Mitchell con fuerza contra su pecho.
—Ahora es de día.
—¿Cómo?
—Sí, hay mucha luz. Tiene que ser temprano.
Mientras conversaba con Juliet tuve la sensación de haber perdido el juicio, o de estar haciendo el ridículo. Lo que me decía se lo podía estar inventando y, en el fondo, no había manera de demostrar que todo eran patrañas. Pese a ello aguanté el tipo. Yo la había llamado y yo le había entregado el diario de Abigail. Ahora tocaba resistir hasta el final.
—¿Está esa persona?
—Sí, la intuyo. Vuelvo a ver esa sombra negra. Apenas distingo su ropa.
—¿Qué hace?
—Va con otras personas. Parece que caminan en línea, por un campo con matorrales. Hay algo de nieve. Es invierno.
—No comprendo nada.
—Yo tampoco. Todos parecen buscar algo. Caminan separados por algunos pies de distancia, y miran al suelo.
Mis dudas acerca de Juliet se disiparon. Podía estar chiflada, pero no disimulaba. Su voz, trémula, sonaba sincera y preocupada. Se esforzaba. La tenía delante de mí, sudando y apretando con fuerza los párpados.
Intenté visualizar lo que me estaba detallando. Varias personas, en línea, mirando al suelo, como si buscaran algo. Y entonces, como un fogonazo, comprendí. ¡Cómo diablos había tardado en darme cuenta! Resultaba evidente, hasta para el más profano.
—Por favor, escúcheme, haga un esfuerzo, se lo ruego. ¿Hay algún policía o agente de la ley en ese grupo?
La espiritista se convulsionó. Temí por su salud y estuve en tris de dar por terminado el espectáculo. Fuera por el motivo que fuera sin lugar a dudas estaba sufriendo.
—¡Un segundo!
—Sí, Juliet. El tiempo que haga falta —mentí, decidido a acabar con aquello de inmediato.
—Hay un policía. ¡Lo distingo! Camina unos pasos por delante del grupo. ¡Puedo verlo! No su rostro, pero sí su uniforme. Ethan, ¡es un policía!
Y entonces la médium abrió los ojos, dejó que el cuaderno de *Abby* se escurriera entre sus manos y se desplomó sobre la mesa de interrogatorios.

Capítulo XVI

Muchas veces una investigación es semejante a una tubería atascada: cuando logras limpiarla y desobstruir el paso del agua todo fluye de golpe, como si el conducto se hubiera agrandado y todas las molestias causadas parecieran no tener ni origen ni explicación. Sin embargo no es así, hay mil circunstancias que escapan al control de los agentes que entorpecen su trabajo. Muchas de ellas, pasado el tiempo, llegan a parecer ridículas o estúpidas. Otras no, otras están muy vinculadas al asesino, y es normal que él se haya preocupado de tratar de obstaculizar al máximo la labor de la policía y la acción de la justicia.

Cuando Juliet recuperó el conocimiento me preguntó si había servido de algo su trance, y le respondí que sí, que consideraba que podía ser muy útil. Solicité a una agente que la acercase a un centro de salud para que le realizasen un reconocimiento, aunque la médium trató de impedirlo alegando que ya se encontraba mejor.

Después me dirigí hacia el despacho de la investigadora Grace Carter. Worth se hallaba en Salina y preferí no molestarlo, pues ya llevaba encima un día bastante cargado como para incrementar sus niveles de inquietud con mis conjeturas.

—Tengo novedades —espeté, irrumpiendo en su pequeña estancia, tan atiborrada de papeles como de costumbre.

Carter se quitó unas gafas de elegante diseño que utilizaba para ver de cerca y frunció el ceño.

—Ethan, estás lívido. ¿Qué ha sucedido?

Le expliqué, de un modo un poco deslavazado, todo lo que había hecho a lo largo del día. Pese a ello, cuando llegó el momento de contarle mi encuentro con Juliet intenté ser más conciso y organizado, porque ahí residía la clave de mi visita.

—Necesitamos que hagan una batida por la zona del lago. Es posible que el celular de Mitchell aún se encuentre por allí.

—Pensaba que eras más escéptico —murmuró la investigadora, sonriendo.

—Y lo soy. Pero conforme voy cumpliendo años me vuelvo más flexible. No perdemos nada y podemos ganar mucho. Un buen forense quizá pueda sacar mucha información de ese teléfono móvil.

—Depende del estado en el que lo encontremos. Además, ha pasado mucho tiempo. Ha nevado, ha llovido y ha estado expuesto a la intemperie.

—Tenemos que intentarlo —dije, en un tono que rozaba lo imperativo.

—Tranquilo, Ethan, lo vamos a hacer. Ya mismo me pongo en contacto con la oficina del sheriff de Saline. Llevamos meses colaborando y son una gente estupenda.

Me hice un hueco como pude y me relajé. Notaba mi corazón latiendo a más de ciento cincuenta pulsaciones por minuto, como si estuviera realizando un entrenamiento exigente. Tenía que ser capaz de serenarme y expresar mis ideas del modo adecuado a la investigadora.

—Necesito algo más. Sé que han transcurrido muchas semanas, pero quizá tú sepas dónde encontrarlas.

—Pareces otra persona —musitó la investigadora, que no llegaba a comprender las razones de mi

estado de ansiedad.
—Y lo soy. Alguien que considera que está más cerca de la verdad que hace sólo 24 horas. Mucho más cerca de la verdad.
—Pues adelante, sabes que me tienes a tu disposición. Viniste para echar una mano y lo estás haciendo genial.
—Quiero las fotografías de los grupos de búsqueda que se conformaron para hallar el cadáver de Abigail. Las necesito todas.
Carter lanzó un suspiro. Meneó la cabeza y miró hacia la puerta, como si allí hubiera alguien esperando sus órdenes. Pero no, estábamos solos, rodeados de carpetas y folios que también requerían la atención de la investigadora.
—No sé si alguien habrá guardado eso. No sé ni siquiera si se tomaron fotografías de todos los grupos. Era mucha gente. Teníamos que peinar una zona muy grande y nos repartimos el trabajo con los voluntarios como pudimos. Yo saqué algunas fotos, pero estaba a otra cosa. No quiero ni pensar en el resto.
Contrariado, lancé un golpe sobre la mesa. Por suerte un montón de hojas amortiguaron mi sacudida.
—¡Es muy importante! —exclamé, con rabia.
—¿Por qué? ¿Qué narices esperas encontrar en esas dichosas instantáneas?
—El rostro de la persona que acabó con la vida de *Abby*. Nada más y nada menos.

Sólo unos minutos después Carter había movilizado a un grupo de cinco agentes para encontrar lo que necesitaba. También había cursado la petición a las oficinas del sheriff de Saline y de Ellsworth, que por otro lado ya habían dispuesto coordinarse para intentar localizar el celular de Mitchell. Por suerte sólo dos horas más tarde teníamos cientos de archivos con las fotografías tomadas a los voluntarios, ya fuese agrupados antes de realizar las tareas de búsqueda, ya fuese alineados mientras trabajaban.
—Y ahora qué, Ethan —murmuró la investigadora, agotada, mientras pasaba las fotografías una a una en el monitor de su ordenador.
Me quedé absorto, contemplando a aquella gente que iba desfilando delante de mis ojos. No me atreví a telefonear a Juliet, no al menos hasta estar seguro de que se hallaba recuperada. Pero la iba a necesitar. No contaba con una descripción de la persona que buscábamos y allí podíamos tener registradas las imágenes de doscientas o más.
—Comenzaremos por los sospechosos.
—¿Estás de broma?
—¿Por qué? Es lo más natural…
—Ethan, ya te aseguro que, por ejemplo, Samuel Reed o Emma Ward van a estar en estos archivos. O al menos deberían estar. Recuerdo que se involucraron en la búsqueda. Y es lo normal. Uno había sido el novio de Mitchell y la otra era su mejor amiga. Que participasen en la búsqueda de una chica a la que estimaban no significa absolutamente nada. Por favor, no perdamos el juicio…
Me derrumbé sobre una silla y me pasé la mano varias veces por el cabello, como si se me hubieran ensuciado las ideas que flotaban encima de mi cabeza y con aquel gesto pudiera sacarles lustre.
—Mierda, es cierto. Estoy tan emocionado con lo que Juliet me ha dicho que no razono como debiera.
—¿Qué hacemos?
—Guarda todas esas fotografías. Quizá más adelante nos sirvan para atar cabos. Es habitual que un

asesino se implique en la búsqueda del cadáver de su víctima. Por un lado siente una especie de depravada excitación, y por otro se mantiene al corriente de los avances de la policía. Hace unos meses resolvimos así un caso. Había un tipo que aparecía en al menos veinte instantáneas, en días distintos, en circunstancias muy diferentes. Nos llamó la atención a un colega de Quántico y a mí y a partir de ahí solicitamos a la policía local que lo investigara a fondo.

—Pues en esta ocasión no vamos a tener tanta ventura. Toca seguir esforzándonos.

Dejé en paz a Carter y regresé a mi *despacho*. Me había quedado sin energía y sólo pensaba en ir a dormir pronto para recargar las pilas. Tenía ganas de correr, pero consideré que lo mejor era poner el despertador temprano y salir a primera hora, como había hecho otros días.

Con sumo esfuerzo me dediqué a tomar notas en mi Moleskine. Fue entonces cuando recordé el cuaderno de tapas azules de Mitchell. Su madre me lo había confiado y ya estaba tardando en devolvérselo. Lo busqué y lo encontré tirado en el suelo, junto a una de las patas de la mesa de interrogatorios. Estaba abierto, boca abajo, y una de las hojas se había doblado. Me maldije. Traté por todos los medios de que aquella página quedase inmaculada, pero después de un cuarto de hora sólo había conseguido dejarla lisa, pero con una marca evidente que la cruzaba en diagonal. Fue entonces cuando me fijé en lo que ponía. No recordaba haber leído aquel fragmento. Decía: «He aprendido algo muy interesante. Ya sé comunicarme en secreto. Ya podré hacerlo sin que nadie se entere de nada».

Capítulo XVII

Tal y como había planeado salí a correr muy temprano. Había logrado dormir del tirón ocho horas, todo un récord, y me encontraba no sólo de un excelente humor, también recuperado.
La dichosa furgoneta de la CBS estacionada en el parking me recordó que Clarice Brown andaba por allí, alojada en mi hotel, trabajando con sigilo pero con denuedo. Apreté el ritmo y me alejé tanto del vehículo como de los malos pensamientos. De nuevo las calles casi vacías de Topeka me recibieron con los brazos abiertos. Me crucé con otro corredor y nos saludamos, como si nos conociésemos de toda la vida. Este deporte une y crea lazos entre extraños como ningún otro. Todavía hoy, aunque ya salgo con menos frecuencia, cuando me escapo alguna noche de perros a rodar y me topo con otro corredor hacemos un gesto, casi de respeto, como indicando: *sí, llueve a mares y hace frío, pero aquí estamos tú y yo, dos auténticos héroes*.
Al volver al hotel vi que el coche que había alquilado Tom, aquel llamativo Ford Taurus rojo, estaba justo delante de la puerta de entrada del Capitol Plaza. Todavía no eran ni las siete de la mañana y Topeka estaba a una hora y media en coche de Salina. Si mi colega se había tomado la molestia de darse el madrugón sólo había una explicación: tenía algo muy importante que contarme.
Busqué a Tom en el hall, pero no lo encontré. Tardé unos segundos en reaccionar y subí a toda prisa a mi habitación. Allí estaba, sentado en mi mesa desayunando tan tranquilo.
—¿Cómo diablos te has colado?
—Por favor, jefe, no me minusvalores.
La pregunta que había formulado en realidad era casi estúpida, pues yo sabía de sobra que él era capaz de abrir cualquier puerta en un pestañeo. Era una más de sus decenas de estrambóticas virtudes.
—Imagino que, además de para cargarme un desayuno de escándalo en mi cuenta, habrás venido por algo interesante.
—En realidad el desayuno es doble. He pensado en ti, para que no te quejes.
No pude contener una carcajada. Odiaba y adoraba a Tom. Mientras escribo recuerdo aquel instante y me resulta imposible no esbozar una sonrisa de oreja a oreja.
—Venga, suelta lo que tengas…
—No, no. Date una buena ducha y luego te explico. Quizá así tenga tiempo para comerme también tu parte o para hacer cien flexiones, que cada vez que me sacas de Washington pierdo músculo.
Aunque estaba deseando saber qué me tenía que contar mi colega le hice caso y me duché. Mientras lo hacía reflexionaba acerca del caso y me ilusionaba con la esperanza de estar cerca de hallar la solución. Más por mi amigo Worth que por mí mismo.
Cuando salí del baño Tom trasteaba en su Tablet tumbado en la cama. Me había dejado mi parte del desayuno.
—Ya puedes arrancar —dije, mientras me sentaba para comer algo.
—Ayer no paré, jefe. Hice millas como un camionero que trabaja a destajo.
—Genial. Te lo agradezco. Pero me va a dar un ataque como no empieces a explicarte.

—Estuve indagando en Junction City y después me acerqué a Manhattan. Mi técnica del periodista indiscreto que mendiga información porque de otro modo no llegará a fin de mes esta vez no surtió el mismo efecto de siempre. Tenemos un problema.
—Clarice Brown.
—¡Bingo! Me saca ventaja. Sólo son unas horas, pero voy siempre unos pasos detrás de ella.
—Es lista. No la menosprecies —murmuré, porque yo mismo había cometido aquel error antaño.
—Ya no lo hago. Pero también es muy conocida. Tiene ese programa que presenta en la CBS, con tanta audiencia, y sin embargo desea seguir siendo la reportera a pie de calle que sondea a la gente. Lo lleva en la sangre, disfruta con ello, pero se le pasó ese tren.
—¿Qué quieres decir?
—Que su fama por un lado le ayuda y por otro le entorpece el trabajo.
Mientras devoraba unos huevos revueltos y un par de lonchas de beicon bien chamuscadas atendía a lo que Tom me explicaba. Pero ya fuera por el cansancio que me había provocado el entrenamiento, ya fuera porque estaba intentado hacer dos cosas a la vez, me costaba seguir sus cavilaciones.
—No termino de entender…
—La gente la ve, su rostro le suena, lleva esa pinta tan espectacular de mujer maravillosa recién llegada de Nueva York y se queda encandilada.
—Fabuloso. Sólo veo ventajas.
—Y las tiene. Pero también sus inconvenientes. No terminan de confiar en ella. No se abren como lo harían con un tipo normal, con cara de buena gente y de no haber roto un plato en toda su vida.
Ladeé la cabeza. Allí estaba *mi hombre*, con todo su sentido común pero también con toda su fanfarronería a cuestas.
—Claro, cómo olvidarlo, pero eso estás tú.
—Jefe, eres inteligente como pocos en Quántico. No me canso de recordarlo —dijo Tom, tirando de sarcasmo.
—Bueno, ya has logrado que me salga una úlcera en el estómago. Puedes comenzar de una maldita vez…
—Estuve en la guardería en la que trabajaba Mitchell, después en los apartamentos donde reside Bailey y más tarde preguntando a vecinos de aquí y de allá.
—¿Y?
—Ese chaval estaba más colado por Abigail que yo por mi vecina del sexto. Los dos recibimos la misma cantidad de calabazas.
—Perfecto, tendré que mandar que te investiguen por si estás planeando un homicidio.
—La diferencia es que yo no discuto con mi vecina ni le doy el coñazo. Tampoco le voy contando a alguna gente que es la mujer de mi vida, porque no lo es, y que tengo que encontrar la manera de que se enamore de mí.
—¿Quién te ha dicho eso?
—Bailey no tiene amigos, pero cada dos semanas juega un partido de fútbol americano con algunos conocidos. Uno se fue de la lengua. Ya me conoces.
—Sí, mejor que tu madre.
—Eso no es difícil. La pobre sigue pensando con soy un modelo de chico y que cómo es posible que las mujeres no se lancen como locas a mis brazos.
—Pues ya no la defraudes. Mantén la farsa.
Muchas de mis charlas con Tom tenían ese tono irónico, aunque estuviésemos tratando el asunto más serio del mundo. No era mi voluntad, desde luego; había aprendido a adaptarme a los modos de mi

colega y aquellos diálogos eran la mejor forma de sacar lo mejor de él.
—He sobornado a todos mis amigos y conocidos. Puedes dormir tranquilo.
—Vamos, continúa…
—Las discusiones no fueron más allá en la guardería, pero según la versión de este conocido del chaval Bailey podía llegar a ser muy agresivo. Lo habían tenido que expulsar en dos ocasiones de un partido por comportarse como un salvaje.
—¿Has leído su expediente?
—¿Lo dudas? Yo no soy como tú, que se deja intoxicar por cualquiera. Me he leído todo lo que me entregaste. Ahora estoy sacando mis propias conclusiones.
—¿Y?
—Lo veo capaz. Por eso sus padres lo largaron de casa y lo mandaron con un lazo lo más lejos posible de San Luis. Además, no tiene coartada.
—Tampoco tenemos pruebas con lo vinculen al crimen.
—Eso es cierto. Pero ahí está, el segundo en mi lista.
—¿El segundo?
—Sí, luego te explico.
—En fin, no eres un bicho raro. El detective Andrew Jones me soltó su nombre de inmediato cuando le solicité que me dijera de quién sospechaba más.
—Sí, está convencido de que es un crimen pasional.
—Machista —puntualicé.
—Lo que tú quieras, jefe. Pero su otro sospechoso es el ex–novio, Samuel Reed.
—No pierdas el tiempo con él, te garantizo que ese crío no mató a Abigail.
—¿Estás seguro?
La pregunta tenía un trasfondo oscuro. Nos encontrábamos en Kansas, y justo allí Tom y yo habíamos trabajado juntos por primera vez sobre el terreno. Mi reticencia a asumir que una determinada persona fuera la culpable casi dio al traste con la investigación. Sólo cuando todas las evidencias y cuando todas las pruebas apuntaron en una única dirección acepté la verdad.
—Sí, lo estoy. ¿Has hablado con él?
—No, he visto su fotografía. Espero mañana ponerme a ello.
—Pues no hace falta ser un experto en psicología o criminalística para darse cuenta. No es él. Me juego una cena en Café Milano cuando estemos de vuelta.
Me refería al restaurante favorito de Tom, un italiano de primera clase ubicado en el corazón de Georgetown.
—No, prefiero echar una partida al póker contigo. He visto su cara, como te he dicho, y parece un buen chico. Sólo intentaba avisarte de que muchas veces las apariencias engañan.
—No lo olvido, Tom. Por más que quiera evitarlo esa lección ya la aprendí, para todo lo que me resta de vida —musité, dejando caer los cubiertos sobre el plato y dando por finalizado mi desayuno.
—No pretendía…
—Olvídalo. Anda, ¿quién es el primero en tu lista?
—La primera.
—¿Emma Ward?
—Exacto. Tras Junction City continué mi excursión hasta Manhattan. Clarice nos había dejado una pista y estaba obligado a seguirla.
—Eres el mejor…
Tom me devolvió una sonrisa. Cuando le regalaba un halago sincero lo recibía como si le hubiese

tocado la lotería.
—Localicé la hamburguesería donde se tomaba esos batidos acompañados por un sándwich de pollo. No sé cómo no le entraban retortijones nada más terminar de comer.
—Por favor…
—Vale, jefe, vale. La cuestión es que la encargada apenas recordaba nada. Le pregunté a una de las empleadas y me dio más detalles. Me contó que ya le había dicho todo a la otra periodista, a la rubia que sale por la televisión.
—Fantástico.
Mi colega dio un brinco y se puso en cuclillas a mi lado, como si fuera a confesarme algo que nadie más podía escuchar.
—Ahora viene lo mejor. Seguí insistiendo, usando mis tretas de perro abandonado que da lástima dejar en la cuneta de una carretera, y me confesó que quizá alguien podía saber más.
—¿Quién narices? —pregunté, desconcertado, y asombrado; yo jamás hubiera llegado tan lejos.
—Otra empleada que se había trasladado a McPherson. Dejó el trabajo en la hamburguesería hará unos tres meses, porque encontró uno allí, en su pueblo, y prefería estar más cerca de su familia. Me comentó que ella y Mitchell solían conversar un rato.
—Y te fuiste a McPherson…
—Como un cohete. No me costó localizarla. Ahora sirve cervezas en un bar de mala muerte, pero es más feliz. Está en casa.
—Maravilloso. ¿Qué te contó?
A Tom le encantaba dar rodeos a sus peripecias, intentando que todos sus esfuerzos estuvieran impregnados de un toque épico. Me enervaba, porque yo no le restaba ningún mérito a sus capacidades para sonsacar hasta a una mula si hacía falta.
—Tuve que pagar tres rondas y quedar un poco aturdido a base de cerveza con el estómago vacío para que la chica se soltase, ya me entiendes.
—Sí, estoy seguro de que tuvo que suponer un gran sacrificio —dije, mordaz.
—Abigail usaba esa red abierta para conectarse desde un lugar que no la vinculara a ella de una forma directa, y de ese modo poder charlar en secreto con una persona.
—Pero, tendremos que consultarlo con Mark; en principio una red abierta es bastante peligrosa. Cualquiera puede enterarse.
—Según la camarera, no. Mitchell le confesó que usaba un programa que impedía acceder a sus conversaciones privadas. Alguien le había enseñado a convertirse en una pequeña hacker, por lo visto.
Yo ya no podía hacer otra cosa que centrar mi atención en el profesor Johnson. Se había convertido en mi sospechoso número uno y todo parecía apuntar a él. Simetrías, números y criptografía. Temas que para un matemático son comunes. De modo que me quedaba una duda en el aire que todavía Tom no había despejado.
—Comprendo, pero todo esto nos lleva en una dirección. Te quiero mañana mismo por Wichita, merodeando por el campus universitario. Allí tenemos a dos profesores y a un entrenador que están en la lista de sospechosos. Y en este momento casi me atrevería a decir que lo tenemos, aunque nos faltan un montón de pruebas.
—Pero la vida te da sorpresas.
Mi colega, que seguía en cuclillas a mi lado, se apoyó en mis rodillas y se acercó un poco más a mi rostro. La estampa no podía ser más ridícula. En la habitación de mi hotel no había nadie más, y tampoco era muy factible que alguien hubiese instalado micrófonos.

—Vamos, Tom, no te pongas melodramático.
—Emma Ward estuvo, al menos, un par de veces en la hamburguesería de Manhattan.
—¡Cómo!
No me lo podía creer. Ya lo que me había confesado Clarice Brown me había dejado noqueado, pero ahora las cosas estaban llegando demasiado lejos. También me puse en el lugar de Worth, con la sensación extraña de que más de cinco meses de investigación apenas habían sacado a la luz una fracción insignificante de la información relevante.
—Cuando le insistí a la camarera si había visto algo o a alguien sospechoso hizo memoria, y recordó que una joven se situaba en una mesa cercana a la de Mitchell, pero que usaba un periódico para ocultarse. La segunda vez que se percató de su presencia le reprochó su actitud y ya jamás volvió a aparecer.
—¡Venga ya! Esto parece una película de serie B de espías. No me lo trago, es una chorrada.
—Como sólo tenemos a una mujer entre los seis candidatos a llevarse el *premio gordo* —continuó mi colega, sin hacer caso a mis apreciaciones—, le mostré una fotografía de Ward. No tardó ni una fracción de segundo en reconocerla y en jurarme que era ella, que esa era la joven que había espiado a Abigail.

Capítulo XVIII

Felicité a Tom por su extraordinaria labor y nos quedamos un rato planeando la agenda del día siguiente, pues ya tenía previsto pasar el resto de la jornada en Salina. Le insistí en que investigase al entrenador, *Bill el plasta*, al profesor Morgan Bell y, muy especialmente, a Gabriel Johnson. Expuse las razones que me llevaban a considerarlo el sospechoso número uno y mi colega, por una vez, no rechistó.

Cuando llegué al Departamento de Policía de Topeka ya no era temprano. Me había entretenido demasiado con Tom y mi madrugón, a ojos de los empleados en aquel edificio, era pura ficción.

Busqué a Worth en su despacho y le rogué que se tomase con calma todo lo que tenía que contarle, incluso le animé a tragarse un diazepam, pero me mandó a la mierda.

—Cuanto más tardes en vomitar lo que sabes más posibilidades hay de que me dé un maldito infarto, de modo que ya estás cantando. He pasado una noche horrible. Creo que ya nada puede ir a peor.

Al menos Jim tenía razón. Estábamos más cerca de la verdad, ese no era el problema. La cuestión era cómo iba a afrontar en adelante la investigación. Necesitaba al detective lúcido y taimado que tanto me había ayudado en mis dos estancias anteriores en Kansas. En una de esas jugarretas que el destino nos depara, habíamos intercambiado los papeles, algo que sólo unos meses atrás me hubiera parecido imposible. Pero allí estaba yo, intentando sosegar a un tipo duro que se estaba viendo superado por los acontecimientos por primera vez en su carrera.

—¿Has hecho los deberes? —pregunté, intentando bromear un poco antes de comenzar mi perorata.

—Sí. Los Mitchell me entregaron el portátil de su hija y ya está camino de Washington. Tu colega podrá ponerse manos a la obra esta misma tarde. Ahora al grano.

—Sí, tengo mucho que contarte.

Repasé todo lo que había hecho desde que nos despedimos la tarde anterior, que había sido bastante. Fui sincero hasta el extremo. Mi amigo merecía toda la verdad. Me ayudé de uno de mis cuadernos y le relaté mi encuentro con la médium, los mails que había mandado a Liz y a Mark, la reunión con Grace Carter y, lo más importante, mi charla a primera hora de aquel mismo día en el hotel con Tom.

—Parece que nos hemos montado en una montaña rusa y hemos llegado a lo alto de la *colina* para comenzar a disfrutar de caídas vertiginosas y de los *loops* más retorcidos —murmuró mi amigo, con cierta desazón.

—Deberías estar contento, Jim.

—Y lo estoy, Ethan. Pero me siento tan inútil. Por fin logré el ascenso que buscaba desde hace años y cuando lo consigo no doy la talla, ¿me entiendes?

Sí, comprendía esa sensación, pero no era el lugar ni el momento de ponerme a detallar mis experiencias. El problema era cómo estaba enfocando el detective la investigación, ahora que la niebla comenzaba a disiparse.

—No digas tonterías. Eres el líder de este caso. Sin ti, sin tu intervención y sin tu tenacidad, ya lo hubieran cerrado hace un par de meses. Tú lo mantienes activo y tú eres el que vas a hacer justicia a Abigail.

—Quizá estés en lo cierto.
—Venga, no me fastidies. ¿Has olvidado todo lo que hiciste por mí en el pasado?
—Cumplí con mi obligación…
—Eso se lo cuentas a otro. Fuiste mucho más lejos. Apenas recuerdo los rostros de las decenas de agentes con los que he colaborado en los últimos tres años, y sin embargo tu nombre no se me va de la cabeza. Si he venido hasta aquí es por ti, porque tú lo mereces. Si estoy implicando a Liz, a Mark y a Tom, o he llegado a pedirle ayuda a una médium, es porque pocas personas merecen más mi respeto y mi admiración que tú. No te puedes derrumbar cuando ya has conseguido que todos rememos a tu lado. No es justo para ti, pero tampoco es justo para el resto.
Poco a poco Worth se vino arriba y se fue espoleando con la fuerza de mis palabras. Mostró interés por repasar las fotografías que había reunido la investigadora, y aunque no sacamos mucho en claro sirvió para que mi amigo entrara en acción con todas las ganas del mundo.
Como Tom andaba por Salina rastreando, le pedimos al detective Andrew Jones que se acercase a Junction City para ver si descubría algo nuevo sobre Nathan Bailey. No en vano él lo había señalado como uno de sus principales sospechosos. Ahora que teníamos un poco más de información quizá pudiera encontrar alguna prueba o evidencia. El joven compañero de trabajo de Mitchell seguía sin una coartada y su actitud durante mi encuentro con él me había resultado incierta. Jones aceptó, aunque estaba un poco desconectado de la investigación y daba por hecho que en unos días el Jefe de Policía de Topeka nos anunciaría que ya podíamos dedicar nuestros esfuerzos a otro asunto, porque archivaba lo de Mitchell por tiempo indefinido.
Jim y yo nos dirigimos hacia Salina. Deseaba devolverle en persona a la madre de Abigail el diario de su hija y pedirle disculpas por haberme retrasado. Aproveché el trayecto para telefonear a Juliet, que me manifestó que se hallaba mejor, aunque un poco cansada. Le dije que si lo deseaba podía regresar a Nebraska, aunque su aportación tenía un gran valor. Tal y como esperaba, me replicó que ni hablar del asunto y que al día siguiente se acercaría al Departamento de Policía para intentar seguir arrojando luz sobre el tema, en la medida de sus posibilidades.
Encendí la radio y comenzaron a sonar los primeros acordes del *San Francisco* de Scott McKenzie y la nostalgia me invadió. Aquella canción me recordaba a mi padre. Me entraron ganas de pedirle a Worth que siguiese por la Interestatal 70 hasta Denver, para luego dirigirnos un poco hacia el norte y tomar la I-80 en dirección a la costa oeste, en busca de la ciudad que me había visto nacer y crecer.
—Nada de radio. Sólo me pongo esta emisora los sábados por la noche, cuando vuelvo a mi apartamento después de haber tomado tres o cuatro cervezas en buena compañía. Para trabajar es una mierda.
Worth apagó la radio. No discutí. Había percibido mi melancolía y decidió cortar por lo sano. Era lo mejor que podía haber hecho. De inmediato me centré de nuevo en todos los retos que aún teníamos por delante.
Llegamos a Salina y como siempre evitamos girar nuestras cabezas hacia la izquierda. Había terminado imitando el comportamiento de mi amigo. Sólo podríamos modificarlo cuando hallásemos la verdad.
El detective estacionó el SUV delante de una bonita pastelería situada en el centro de la ciudad. Estaba decorada con tonos suaves y en los escaparates se mostraban dulces y tartas con una presencia estupenda.
—No soy muy de chucherías, pero la verdad es que me acaba de entrar hambre —bromeé.
—Pues yo sí lo soy y te aseguro que los confites que hacen aquí son deliciosos. Además, todo es casero. Y cuando digo casero es literal: muchas de las tartas las traen amas de casa desde distintas

poblaciones, cada una con su receta secreta.
Habíamos quedado allí con la madre de Abigail para evitar tener que regresar a su casa. Era cuestión de un minuto devolverle el cuaderno de tapas azules de su hija y ninguno deseábamos volver a aquella fantástica vivienda que se había convertido en una especie de tanatorio.
Chloe nos recibió tras un bonito mostrador de madera con un decapado que le daba un aspecto envejecido muy agradable. La señora Mitchell se encontraba de buen humor, por suerte, y cuando le entregué el diario me devolvió una amplia sonrisa.
—Ha tardado un poco más de lo acordado, pero imagino que habrá valido la pena.
—Desde luego —dije, con seguridad.
—No sé si podrá compartir datos o novedades conmigo…
—Es prematuro. Le ruego que tenga sólo un poco más de paciencia.
La madre de Abigail mantuvo la compostura, pero no disimuló que estaba decepcionada. A pesar de eso nos invitó a probar unas porciones de tarta de calabaza. No rechacé el agasajo, pero pensé que Tom lo hubiera disfrutado mucho más que yo.
—Muchas gracias, Chloe. Ahora nos toca seguir trabajando —dijo Jim, para liberarnos de aquella incómoda situación.
—Me dijo Gabriella que fue a visitarle —musitó la señora Mitchell, cuando ya estábamos saliendo por la puerta.
—Sí, vino a verme —murmuré, desconcertado.
—¿Acertó?
Me quedé unos segundos sujetando la puerta del establecimiento, dudando. No tenía claro qué debía responder.
—Sí, lo hizo. Quédese tranquila.
Nada más abandonar la pastelería me apoyé sobre las rodillas y aspiré profundamente. Me encontraba fatal, pero a mi lado estaba Worth, que no se hallaba en mejores condiciones. Cuando alcé la cabeza casi me caigo de bruces. Justo delante de mí estaba Vera Taylor, con una bolsa y mirándome tanto o más asombrada que yo.
—Vaya, mi agente favorito. Sabía que estabas por la zona, pero como no me coges el móvil desde hace siglos tampoco me molesté en llamarte.
Taylor había sido la mejor amiga de la víctima del caso que me llevó por primera vez a Kansas y que me obligó, poco tiempo después, a regresar. Se barajó su nombre entre los numerosos sospechosos y yo, digamos, sucumbí a sus encantos de un modo inexplicable y mantuve una breve y singular relación con ella. Todavía me seguía atrayendo, con aquella belleza casi salvaje, su cabello oscuro y sus ojos de un color muy parecido al violeta.
—Vera, no podemos hablar. ¿Qué haces aquí?
—Mi trabajo. Me han encargado un par de tartas. Olvidas que además de millonaria, posible homicida y cuidadora de tumbas también me encanta la repostería.
—No hables así, te lo ruego.
Worth estaba paralizado, sin saber cómo actuar. Si hubiera podido borrarse del mapa en aquel instante no hubiera dudado en hacerlo.
—Me he ganado hace muchos años el derecho a decir lo que me dé la gana. Eres mi agente favorito, pero nada más.
—Liz está embarazada. Esperamos un bebé en unos meses —dije, sin pensar, como un autómata al que han metido una moneda para que balbucee cualquier estupidez.
—Fabuloso. Lo celebro. Te diría que la felicites de mi parte, pero dudo que lo hagas. Por cierto, una

forma muy original de expresarme que no me incumba en tu vida. Tranquilo, agente, podré soportarlo.
—Adiós, Vera —acerté a farfullar.
El detective y yo nos metimos en el coche, como si acabásemos de atracar un banco. Yo sentía mis mejillas achicharradas por el rubor y también odiaba que aquella mujer me siguiese gustando, como a un adolescente que no ha madurado todavía.
—Menuda casualidad —dijo al fin Jim, después de conducir sin rumbo y en silencio unos minutos.
—Pues sí. Te suplico que olvidemos el asunto.
—Claro, por favor. Ya está. Ni me acuerdo de qué estábamos hablando.
El zumbido de mi Smartphone, como tantas veces, llegó en mi auxilio y no dudé un segundo en aceptar la llamada, sin mirar quién podía ser.
—Jefe, ¿dónde te encuentras?
Tom, el bueno de Tom. Nadie mejor para cambiar mi humor y hacer que la oscura sombra de Vera Taylor se disipase con rapidez.
—Pues lo más seguro es que no muy lejos de ti.
—¿Cómo?
—Estoy con Worth. Nos hemos acercado a Salina, para devolverle a la madre de Abigail el diario de su hija. Si necesitas algo de nosotros podemos encontrarnos en un parpadeo.
—Pues sí, lo cierto es que sería genial vernos ya mismo.
—¿Dónde te encuentras? —inquirí, relajado, casi feliz de que el trabajo me aislase de los temas personales.
—En el parking que hay justo al lado del Centro Regional de Salud.
Tenía puesto el altavoz del celular, y Worth nada más escuchar las últimas palabras que había pronunciado Tom se sobresaltó y casi perdió el control del vehículo.
—¿Qué haces por allí?
—Agárrate fuerte donde puedas, jefe, porque te vas a quedar de piedra.
—¡Vamos! —exclamé, pues ya temía una larga diatriba de mi colega para dar emoción a su noticia.
—Sólo unas semanas antes del asesinato de Mitchell desaparecieron de este hospital dos frascos de 10 mililitros de rocuronio.

Capítulo XIX

En menos de lo que tarda una pelota de béisbol en abandonar la mano del pitcher y alcanzar la zona del bateador nos plantamos Worth y yo en el parking del Centro Regional de Salud. El detective fue todo el trayecto sin mediar palabra, pero con los dientes apretados, como si estuviera sujetando con fuerza algún improperio en el interior de su paladar.

No tardamos en localizar a mi colega. El dichoso coche que había alquilado hacía que cualquiera pudiera reconocerlo en media milla a la redonda. Para mi desgracia desde allí podíamos atisbar, tras los frondosos árboles de su jardín trasero, la espectacular residencia de los Ward. Jim, aunque no lo manifestó, también se dio cuenta del detalle.

—Tom, es muy serio lo que nos has revelado. Imagino que tendrás pruebas… —dije, exaltado, nada más bajarme del SUV.

—Tranquilo, jefe. Las cosas nunca son tan sencillas.

—Tom, esto es muy grave. Allí está la casa de Emma —gritó Worth, inquieto, mientras señalaba la vivienda de los Ward—, y allí el hospital en el que trabaja —añadió, apuntando en sentido contrario —, de modo que podemos detenerla ya mismo. Lo que has descubierto es casi una prueba definitiva.

Me interpuse entre mi colega y Jim. El detective estaba fuera de sí y deseaba que todo fluyese como un torrente, pero yo conocía a Tom y sabía que aquel río tenía más meandros retorcidos de lo que imaginábamos.

—Calma. No podemos entrar por las bravas en el Centro Regional de Salud y llevarnos a Emma detenida. Tú eres el detective, Jim, yo sólo soy un agente especial de la UAC del FBI y ese no es mi cometido; pero en realidad no tenemos nada aún. Puede ser una pista fundamental, desde luego, pero escuchemos a Tom.

Worth dio tres pasos hacia atrás, con los brazos en alto, como si el que acabase de ser arrestado por algún delito fuese él. No dejaba de asentir con la cabeza, aunque sus manos temblaban como las de un alcohólico.

—Tienes toda la razón. Adelante. Mantendré la boca cerrada. El corazón está a punto de explotarme, pero seré capaz de controlar mi genio.

Encaré a Tom y le guiñé un ojo. Era un modo reservado de indicarle que no jugase demasiado con nosotros e intentase lo inevitable: ir directo al meollo.

—Ethan, se trata de un soplo. No tengo ningún papel, no tengo nada. Pero resulta creíble. Quizá necesitemos una orden, pero entonces levantaremos la liebre y podemos fastidiarla.

—No me jodas ahora, Tom; voy a tener que llamar a Liz desde aquí. No creo que el rocuronio sea algo que sale de un hospital como un bote de agua oxigenada.

—Yo tampoco. Está bastante controlado. La cuestión es que se dieron cuenta al poco de desaparecer, pero no le dieron importancia.

—¿Le dieron?

—El chivatazo me lo ha dado una enfermera que ayuda a los anestesistas. Pero hay una encargada de la estancia en la que se guardan determinados medicamentos. No sólo por su peligrosidad, también

porque hay que mantenerlos a una temperatura exacta y cosas así.
—¿Son las únicas que tienen acceso a esa habitación?
—No, por desgracia. En principio hay un registro, pero un cirujano o un anestesista, incluso algún enfermero, pudieron hacerse con una copia de las llaves. No es la primera vez que sucede en un hospital. Buscan opiáceos para consumo propio o para trapichear en el mercado negro.
—¡Joder! —exclamé, pese a estar acostumbrado a tener que enfrentarme a actos mucho peores.
—Bueno, continúo. Por suerte en este hospital no es algo que suceda a menudo. Ten en cuenta que si te pillan vas directo a la calle o incluso, dependiendo de la sustancia y de la cantidad, puedes acabar con tus huesos en una penitenciaría.
Pese a que intentaba mantener los nervios bajo control, y vigilaba por el rabillo del ojo a Jim, deseaba que mi colega se explicase con detalle, porque en los pormenores muchas veces se encuentra la veta que llevas buscando semanas o meses.
—Vale, ¿qué sucedió después?
—Como te decía, no le prestaron mucha atención. Pensaron que alguien se había despistado o que por descuido a algún anestesista se le habían caído los frascos y no había deseado dar la cara.
—Pero tuvieron que dar cuenta del incidente…
—Sí, lo hicieron. Quedó registrado en una nota manual. No lo incorporaron al sistema. Cada cierto tiempo se realiza un inventario y muy de vez en cuando pasan estas cosas. Realizan un ajuste y listo. Sólo si es algo muy grave saltan las alarmas.
—Y esta vez no saltaron.
—Digamos que tardaron en hacerlo.
—¿Cómo? No estoy entendiendo nada, Tom.
—Tranquilo. He tenido que usar mis mejores dotes de seducción y mi encanto personal para conseguir esta información. No ha sido nada sencillo, jefe.
Mi colega no había podido evitar ponerse irónico, algo que me temía desde el principio. Yo estaba preparado para aquello, pero no sabía cómo reaccionaría Worth. Me giré y descubrí que seguía apartado de nosotros, inmóvil, con la mirada clavada en el asfalto y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Era una bomba a punto de explotar, pero de momento no había comenzado la detonación.
—Estoy convencido de ello. Sigue, por favor.
—La prensa local no ha tenido acceso a los detalles del crimen, pero algunas personas del hospital de Salina sí conocen la autopsia. Entre ellas el señor Ward, el padre de Emma. Y, qué casualidad, ejerce como cirujano en el mismo hospital en el que su hija trabaja como enfermera.
Mi imaginación se disparó. Antes de que me diese cuenta ya estaba realizando mil elucubraciones, a cual más descabellada.
—¿Qué demonios estás insinuando?
—No insinúo nada, es lo que me han contado. Cuando unos pocos se enteraron de que Mitchell había sido inmovilizada con rocuronio, hace de eso sólo un par de semanas, desapareció la anotación a mano en la que se indicaba que dos frascos faltaban del hospital.
—¿Y qué pinta en todo esto el padre de Emma?
—Según asegura esta enfermera, la responsable del control de esa habitación vio al señor Ward saliendo de allí sin nada, y tampoco le dio una explicación convincente del motivo de hallarse allí. En principio debería haber hablado primero con ella. Así es como figura en el protocolo. Además, es muy inusual que un cirujano se moleste en ir personalmente a recoger cualquier cosa. Tiene personal a su cargo de sobra.

—Podría estar encubriendo a su hija… —murmuré, especulando conmigo mismo.
—La enfermera no es lo que opina. Pero claro, ella no está metida en la investigación y hace sus propias suposiciones. Está asustada y cree que se ha confesado con un periodista guapo, fuerte, simpático y muy reservado.
—¡Al diablo, Tom! ¿Qué teoría es la que sostiene esa mujer?
Mi colega me hizo sufrir durante unos segundos. Le encantaba desquiciarme, aunque sabía cómo evitar que la cosa llegase a mayores.
—La más lógica, desde su punto de vista. Que el asesino de Abigail es el señor Ward.

Capítulo XX

No era la primera vez que el señor Ward era señalado como posible autor del crimen de Abby, pues ya el propio Tom me lo había sugerido de un modo inocente nada más llegar a Kansas, aunque yo había mandado al cuerno dicha teoría por disparatada. Ni siquiera había sido investigado.
Worth, mi colega y yo nos quedamos en el parking, debatiendo qué era lo mejor que podíamos hacer y qué podía haber motivado al cirujano. Pensábamos que tres posibilidades eran viables: que aunque su hija no fuese la asesina hubiera destruido la nota para evitar que se centrasen en ella las pesquisas; que Emma fuera la culpable y su padre lo supiese, de tal suerte que se había convertido en encubridor y, quizá, cooperante; y la más alocada, que el propio señor Ward, ante la enemistad creciente entre su pequeña y Abigail, o por otro motivo aún por desvelar, había sido el homicida.
Jim insistía en solicitar una orden de arresto, e incluso un registro de parte del Centro Regional de Salud. Yo tenía muy claro que ningún juez iba a autorizar aquello, y menos tratándose de una familia tan influyente en Salina. No teníamos pruebas, ni siquiera evidencias, sólo el testimonio de una enfermera *arrancado* por un agente del FBI que se hacía pasar por un periodista en apuros. En definitiva, conjeturas muy endebles que, de momento, no nos llevaban a ninguna parte.
Como yo seguía en mis trece, telefoneé a Mark desde un pequeño restaurante a las afueras, al que decidimos trasladarnos para poder mantener una reunión informal sin estar expuestos a la vista de cualquiera.
—¿Has podido obtener algo de ese portátil? —le pregunté, apenas le había terminado de saludar.
—Tú en ocasiones te crees que soy el genio de la lámpara maravillosa…
—Eso es lo que deseo.
—No, casi nada. Usaba un sistema de chat encriptado y un navegador, Tor, que dificulta mucho el rastreo de las comunicaciones y de la IP del usuario. Lo bueno es que al darme acceso al nodo de conexión exacto del ordenador y a algunos días y franjas horarias concretas sí que he descubierto algo, aunque no sea aún suficiente.
—¿Qué has averiguado? —pregunté, intuyendo que la respuesta aclararía bastante las cosas.
—Las tres veces que he podido rastrear intercambió información con alguien ubicado en la misma ciudad. Fueron conversaciones breves. No creo que llegue a descifrarlas, pero quizá sí pueda ser capaz de concretar más desde dónde se conectaba la otra persona.
—Genial. Mientras estrechas el cerco, ¿a qué ciudad te refieres?
—Whichita. La chica siempre chateaba con una persona que se conectaba desde allí.
Con el alma en vilo, le supliqué a Mark que continuase trabajando al máximo. Me replicó que tenía mil cosas que hacer y que no era el único que le apretaba las tuercas. Recurrí a mi parte más zafia y le recordé que yo, y no el resto de agentes del FBI, había logrado, hacía poco tiempo, que le aumentasen un poco el salario. Funcionó.
—Buscaré el modo de recompensarte.
—No me seas pelota, Ethan. Ambos sabemos que tu margen de negociación es muy angosto.
No estaba en condiciones ni de rebatir al informático ni de contrariarlo. Me despedí de la mejor

manera que pude y trasladé a mis compañeros de mesa la nueva información.
—Esto es de majaras —musitó Worth, apretando los puños—, nada tiene sentido. Ahora nos toca pensar en el profesor Bell o en el entrenador Kelly, cuando tú mismo te diste cuenta de que no me faltan los motivos para descartarlos.
—Para mí sí. Y no estoy pensando en ellos.
—¿Quién tienes en la cabeza? —preguntó Tom, que se había incorporado el último a la investigación y al que, por descontado, se le estaba atragantado la cantidad de información que había recibido en tan poco tiempo.
—El profesor Johnson, el matemático. Es el único que encaja con el perfil que he elaborado.
—¡Joder, Ethan! Me discutes que solicitemos una orden de arresto contra Emma, que sabemos que tenía motivos para matar a *Abby* y que ahora descubrimos que no sólo tenía acceso al rocuronio, sino que además desaparecieron dos frascos de esa sustancia en el hospital en el que trabaja, ¿y estás centrado en un tipo que no figura en ningún lado? —inquirió el detective, enojado.
—Jim, aunque Liz piense lo contrario, no creo que esa chica fuera capaz de hacer una carnicería semejante a su amiga.
—Es enfermara, no lo olvides. Y quizá esté más fuerte que tú. Además, la ira saca lo peor de cada uno de nosotros.
El celular de Worth sonó y tuvimos que aplazar la discusión, que había llamado la atención de los pocos clientes del local. El rostro de mi amigo se quedó blanco, como un manto de nieve recién caída bajo los rayos del Sol. Mantuvo una conversación de diez minutos que concluyó con un: "Nos vemos en Topeka en un par de horas".
—¿Qué ha pasado ahora? —pregunté, pues apenas había sido capaz de seguir la charla telefónica.
—Novedades.
—Menudo día, es como si se acabara de desbordar un río cuyo cauce llevaba amenazando meses con romper los diques —comentó Tom, haciendo gala de su oscuro sentido del humor.
—Era Andrew. La oficina del sheriff de Saline le ha comunicado a Grace que han encontrado el móvil de Mitchell. En efecto, tal y como había dicho la médium, no estaba muy lejos del lugar en donde se encontró el cadáver. Sólo media milla más al oeste. Es un fallo imperdonable por nuestra parte, imperdonable —masculló Jim, alicaído.
—¿Está en manos de los forenses? —pregunté, para desviar la atención de mi amigo y lograr que se centrase en lo importante.
—Sí. Tiene un fuerte golpe y se nota que ha estado mucho tiempo al aire libre, pero van a tratar de sacar huellas e información, si es que consiguen encenderlo y desbloquearlo.
Yo no me había visto afectado, pero el FBI había tenido problemas con determinados fabricantes en varios casos a la hora de conseguir que nos dieran acceso a terminales que habían quedado bloqueados, con toda la información encriptada de un modo muy robusto.
—Es una noticia fabulosa —dijo Tom, que se había percatado del estado de abatimiento de Worth y deseaba contagiar el ambiente con su animosidad característica.
—Por supuesto —continuó Jim—. Pero hay más.
—¡Más! —exclamé, estupefacto.
—Andrew ha conseguido un testigo mientras estaba en Junction City que asegura que Bailey sí abandonó su apartamento el día de la desaparición de Mitchell. No estuvo toda la tarde jugando a la consola, como ha sostenido desde el principio, por lo visto. No nos ha contado la verdad.

Capítulo XXI

Durante el trayecto con Worth hacia Topeka me sentí invadido por una singular percepción: era como si todos formásemos parte de una película en la que de súbito, sin explicación, habían acelerado el tiempo. En un acto de paranoia llegué a quedarme observando las manecillas del segundero de mi reloj, para comprobar que no avanzaban a un ritmo desorbitado. Era increíble la cantidad de datos que estábamos acumulando en apenas unas horas.

Le pedí a Tom que fuese a Wichita para que indagara en la vida de Gabriel Johnson, una propuesta que molestó mucho a Jim, pues él consideraba que tenía que seguir en Salina profundizando acerca de la vinculación de los Ward en el asesinato de *Abby*. Y tenía motivos para sostener con empeño esa línea de trabajo, pues aunque de manera indiciaria todo apuntaba a que Emma o su padre habían estado involucrados en la muerte de la joven. Yo, sin embargo, estaba obsesionado con el profesor de matemáticas: su edad, sus conocimientos, su recato y el lugar en el que impartía clases coincidían con el perfil que había construido. Me sentía como en Detroit o en Arizona, muy seguro de lo que me decía. Al contrario que en mi primera estancia en Kansas, en la que cegado por mis propios traumas y por la amistad había sido incapaz de elaborar unos rasgos que ayudasen a la oficina del sheriff a identificar al asesino, en esta ocasión era complicado que me sacasen de mi opinión. Y todo ello pese a lo arduo que es delinear una personalidad en base a unas pocas pistas y a un único asesinato. Estaba acostumbrado a trabajar con tres escenas del crimen o más, sin contar las decenas o centenares de indicios y pruebas que acompañaban a los expedientes que llegaban a mi oficina en Quántico.

—¿Qué discurre esa testa privilegiada? —preguntó Jim, cuando apenas nos quedaban unas millas para llegar al Departamento de Policía.

—Que vamos a tener que emplearnos a fondo. Nos van a faltar recursos humanos y horas para poder asimilar y contrastar tanta información —respondí, un poco exasperado.

Worth sonrió y amagó con lanzarme un directo al mentón. Su actitud había cambiado por completo.

—Venga, Ethan, lo has conseguido. Ahora sé que vamos a pillar al salvaje o a la salvaje que se cargó de un modo tan miserable a *Abby*.

No podía dar crédito a lo que escuchaba. Las cien millas que separaban Salina de Topeka le habían sentado de fábula a mi buen amigo.

—¿Te he metido un diazepam en la boca sin darme cuenta? —pregunté, intentando mostrarme más animado.

—No, has hecho algo mucho mejor. Nos has puesto a todos las pilas y lo que en más de cinco meses no habíamos conseguido en unos días está saliendo a la superficie.

—¡No fastidies, Jim! Mira que soy engreído, pero no tanto como para robarte el mérito. Has sido tú el responsable de que esto comience a funcionar, y si no aceptas eso me largo ya mismo a Kansas City y tomo el primer vuelo de regreso a Washington.

—Calma, corredor, aún tenemos que acabar con este asunto. Luego ya tendrás tiempo de escapar de mi lado y de refugiarte con Liz.

Las palabras de Worth me hicieron pensar en mi compañera, embarazada y muy lejos de mí. Me sentí culpable y le mandé un breve mensaje de afecto. Estaba acostumbrada a que no llegara mucho más lejos, y eso no decía mucho en mi favor.

Llegamos al Departamento de Policía y en una sala de reuniones ya aguardaban inquietos Andrew Jones y Grace Carter. Estaban afanados en alguna tarea, pero resoplaron de alivio al unísono nada más vernos irrumpir en la estancia.

—De la nada al caos en cuestión de segundos —dijo la investigadora, refiriéndose a la vorágine que estábamos soportando.

—Mejor así. La nada sólo conduce a la nada. Del caos podemos obtener la solución —replicó con determinación Worth.

Nos sentamos alrededor de una mesa y Jones y Carter nos pusieron al corriente de las últimas indagaciones. El detective nos explicó que un testigo, que trabajaba en un gimnasio situado a espaldas del bloque de edificios en el que residía Bailey, lo había visto salir por una puerta trasera caminando a primera hora de la tarde, en dirección a la calle Washington. Conocía a Nathan porque de vez en cuando se pasaba por la cafetería del gimnasio y compraba algo para beber allí mismo o para llevarse a casa.

—¿Está seguro de que se trataba de Nathan? —preguntó mi amigo, que aunque resuelto, no salía de su asombro.

—Sí. Lo juraría sobre la Biblia. Pasó muy cerca de donde se encontraba.

—¿Y a qué hora regresó?

—No tiene la menor idea. Su turno acaba a las ocho de la noche y tampoco se estuvo fijando. Es un dato que para él carecía de importancia.

—Eso lo comprendo —dije, interviniendo—, lo que no me queda claro es cómo recuerda que fue ese día y por qué motivo facilita ahora la información.

—Bueno, lo segundo tiene una explicación que no nos va a gustar a ninguno.

—Vamos —le alentó Jim.

—En realidad sólo nos pasamos una mañana por allí, preguntando a la gente que trabaja en esas empresas, a espaldas de los apartamentos, por si habían visto a Bailey. Pero muchas tienen turnos dobles y se nos escaparon algunos testigos potenciales. Como tampoco explicamos qué nos llevaba, por discreción, a desear conocer el paradero de un empleado de guardería, todos olvidaron el asunto casi de inmediato. Hasta que yo me he dejado caer por allí y he vuelto a insistir.

—¿Y la fecha?

—Aquí hemos tenido una suerte de narices. Este tipo se aburre como una ostra a primera hora de su turno, pues apenas hay movimiento. Como muchos hacemos mientras hablamos por teléfono en un cuaderno, se dedica a hacer dibujos en el libro de registro de los socios para entretenerse.

—¡En el libro de registros!

—Sí, es un poco atolondrado el chaval. Pero nos ha venido de perlas esa mala costumbre. Él comenta que los hace a lápiz y que lo hace allí porque es lo que tiene más a mano. Una de sus obligaciones es apuntar qué socios entrar al gimnasio, a qué hora llegan y a qué hora abandonan el local.

—¿Y…?

—Pues que cuando le pregunté si había visto a Bailey hacer algo extraño en los últimos meses, sin dar más importancia al asunto, recordó que lo había visto salir una vez por la parte de atrás de su edificio, algo muy inusual. Chasqueó los dedos y se puso a repasar el registro, hasta que encontró la anotación. La fecha era la misma en la que Mitchell desapareció.

—¡Joder! Buen trabajo, Andrew.
—No lo sé, Jim. La jorobamos al principio. Quizá hemos perdido mucho tiempo por hacer las cosas deprisa.
Un embarazoso silencio se apoderó de la estancia. Fue Grace Carter la que se dignó a romperlo.
—Ya están con el teléfono móvil de la víctima. Estaba relativamente cerca del cadáver, en un área pasado el lago que no escudriñamos a fondo. Fue golpeado y el agua entró dentro y ha dañado la placa base y la memoria. Además ha estado mucho tiempo a la intemperie y los padres no saben la clave del terminal de su hija. Pero hemos logrado obtener de la parte posterior, que estaba en contacto con la hierba, y por tanto más protegida, tres huellas de tres personas distintas.
—¿Tres huellas? Eso puede ser decisivo.
—No lo tengo tan claro, pero al menos es un indicio que sumar a la investigación.
—¿Sabemos a quiénes pertenecen las huellas?
—Sí, lo sabemos. Una es de la propia Abigail, otra es de su padre y la última es de Emma Ward.
Worth no pudo contenerse y lanzó un duro golpe con sus dos puños cerrados sobre la mesa, que rebotó casi un palmo del suelo.
—¡Mierda, no sé qué demonios estamos esperando para detener a esa chica! —exclamó, fuera de sí.
—Debes calmarte, Jim —prosiguió Carter—. El asesino lo más probable es que usara guantes. No hemos encontrado ninguna otra huella hasta la fecha. Tampoco en la caracola aquella que hallasteis Ethan y tú. Era su amiga, de modo que no nos podemos precipitar.
—Comprendo tus reservas, Grace, pero son debidas a que te falta mucha información. Lo mejor será que ahora nos expliquemos nosotros.
Jim y yo invertimos la siguiente hora en relatar, más o menos, todo lo que sabíamos. La investigadora y el otro detective nos escucharon con atención, pero también percibí en sus rostros el grado de estupor que les embargaba.
—Vaya, ahora tenemos que la coartada de Bailey se tambalea, que los Ward están metidos, en el mejor de los casos, en un lío de narices y que un profesor en el que nadie había reparado hasta la fecha se convierte en el principal sospechoso —murmuró el detective Jones, acariciándose el mentón con mucha suavidad.
—Exacto. También sabemos que *Abby* no era una mosquita muerta. No sólo sacaba un carácter duro cuando hacía falta, también era capaz de ser muy discreta cuando deseaba quedar o hablar con una persona en secreto —añadió Worth.
La noche se nos echó encima y los cuatro seguimos trazando hipótesis y sugiriendo líneas de investigación, para coordinarnos entre nosotros y para dar instrucciones al resto de implicados en la investigación. Aunque presentíamos que el final estaba cerca, también éramos conscientes de que no contábamos ni con mucho tiempo ni con pruebas sólidas. Pese a ello no perdimos el ímpetu.
Ya estábamos barajando la idea de irnos a dormir cuando recibí la llamada de Liz. Era muy extraño que me telefonease tan tarde.
—¿Qué sucede? —pregunté, preocupado por su salud y por el embazado.
—Tranquilo. Nuestro pequeño y yo estamos bien —respondió mi compañera, sofocando mi ansiedad de un plumazo.
—Entonces…
—Me he reunido con Mark, que está peleándose con el portátil ese que me habéis mandado. Nos hemos puesto a comentar lo del profesor de matemáticas, que según él encaja con todo lo que está sabiendo del caso. Me ha soltado una tabarra sobre Leonardo da Vinci y su estudio de las medidas perfectas del cuerpo humano y su obsesión por el corazón. La cuestión es que le he pedido que

husmease en su pasado, para ver si nos topábamos con algo interesante o que llamase la atención.
Liz, que solía ser muy directa, estaba dándome demasiadas explicaciones. Mi diafragma amenazaba con reventar mis pulmones mientras ella se explayaba con serenidad.
—Es fabuloso. Pero, por favor, si me estás llamando a estas horas es porque hay un motivo muy concluyente.
—No iría tan lejos, pero a mí me ha mosqueado bastante. A Gabriel Johnson le diagnosticaron TPOC, y aunque tú eres el experto y yo una simple meritoria en estos asuntos, ambos nos hacemos cargo de lo que puede significar. Nada bueno…

Capítulo XXII

Yo mismo había anotado en la pizarra de mi *despacho* en el Departamento de Policía de Topeka las siglas TPOC, de modo que cuando Liz me las dijo a través del celular no llegaron a sorprenderme. De nuevo una pieza del puzle encajaba y otra vez Johnson daba el perfil del asesino que había elaborado.

El TPOC, o *Trastorno de la Personalidad Obsesivo Compulsiva*, es una afección mental en la que el individuo está preocupado de un modo patológico por el orden, las normas y el control. A diferencia del TOC, *Trastorno Obsesivo Compulsivo*, más frecuente y menos complicado, la persona no admite tener un problema y considera que su comportamiento no está desviado; al contrario, piensan que son los demás los que están desaprovechando sus capacidades o los que envidian su manera de manejarse en la vida y por eso lo señalan. Son sujetos poco sociales, muy trabajadores, perfeccionistas hasta niveles enfermizos y que necesitan tener un dominio sobre todo lo que les importa o afecta. Son muy exigentes con los demás, pero en especial consigo mismos. Hay multitud de casos en los que se castigan por haber cometido un fallo de un modo aberrante, con autolesiones físicas de cierta gravedad. Lo normal es que acaben siendo diagnosticados y tratados mediante técnicas de relajación y terapias cognitivas-conductuales orientadas a eliminar la ansiedad y a lograr que el paciente acepte su trastorno y acabe con él. En un alto porcentaje se consigue el éxito. Sólo excepcionalmente, debido a que pueden desarrollar episodios psicopáticos o incluso más graves, se vuelven peligrosos.

A Gabriel Johnson le habían diagnosticado TPOC durante su época universitaria. Sus obsesiones, su perfeccionismo extremo y sus ataques de cólera habían llamado la atención de profesores y alumnos. Aceptó ser atendido por psicólogos y psiquiatras, pero una vez le diagnosticaron su trastorno se negó a continuar con las terapias y como no representaba ninguna amenaza aparente —miles de personas conviven con esta alteración de la personalidad sin que nada malo ocurra a lo largo de sus vidas— lo dejaron en paz.

Al día siguiente el Departamento de Policía de Topeka era un hervidero: unos seguían la pista de Bailey, otros la de la familia Ward y otros investigaban al profesor de matemáticas. Fuera como fuese, todos teníamos la certidumbre de que el asesinato de Abigail estaba muy próximo a su resolución.

Worth y yo nos pusimos en contacto con Johnson y tratamos de citarnos con él esa misma tarde, pero nos indicó que estaba muy ocupado y que a la mañana siguiente nos atendería encantado. Como hacía muy poco que habíamos estado por la Wichita State University, alegamos que estábamos conociendo mejor los procedimientos internos de la misma y que su opinión, y la de otros colegas, podían ser de gran utilidad. Por si se dedicaba a preguntar, quedamos también con otros tres profesores de su misma facultad, aunque no teníamos ninguna intención de entrevistarnos con ellos. Debíamos construir un teatro en el que él se sintiese seguro. Por supuesto no mencionamos el crimen de Mitchell. Investigábamos la violencia en las aulas y las formas de prevenirla.

Me quedé trabajando en el despacho de Worth. Había arriesgado y había convencido a mi amigo de

crear tres grupos, cada uno liderado por un miembro del Departamento de Policía de Topeka. Él y yo —y en realidad el resto de los integrantes de *mi equipo*, pues era la baza a la que había apostado todo— nos encargaríamos de Gabriel Johnson, el detective Andrew Jones de Nathan Bailey y la investigadora Grace Carter de la familia Ward. En realidad estaríamos coordinados y nos mantendríamos al tanto de cualquier novedad, pero realizábamos pesquisas por separado. Las oficinas del sheriff de Saline y de Ellsworth también estaban implicadas, aunque no tenían acceso a toda la información para evitar filtraciones a la prensa o influenciar en los policías menos habituados a este tipo de crímenes. Además, ninguno teníamos muy claro aún si alguno de los agentes mantenía vínculos de cualquier clase con los sospechosos, en especial con la influyente familia Ward.

Mientras esperaba alguna llamada por parte de Tom, Liz o Mark, y seguía intentando resolver el rompecabezas con la colaboración de Jim, me indicaron que Juliet me aguardaba para reunirse conmigo. Con tanta excitación me había olvidado de la médium. Fui a su encuentro y le agradecí el esfuerzo que estaba realizando, y le garanticé que no la molestaría más.

—Me encuentro bien, de verdad. Es usted un exagerado, Ethan. No es frecuente que me desmaye, tampoco quiero mentirle, pero ya me ha sucedido en alguna otra ocasión. Además, me voy haciendo mayor.

—No diga majaderías.

—Entonces, ¿serví de utilidad?

Me quedé mirándola a los ojos. Mi escepticismo seguía en pie, pero consideraba a Juliet una mujer especial, por alguna razón que se escapaba a mi alcance. Deseaba resultar formal y sincero.

—Desde luego. Por eso quiero que me haga un último favor.

Llevé a la espiritista hasta el despacho de Worth. Allí contábamos con una copia de todas las fotografías de los voluntarios que habían colaborado en la búsqueda del cadáver de Mitchell, al menos las que la investigadora Carter había logrado reunir.

—Sé que sólo pudo distinguir una figura oscura, pero quizá si le vamos pasando instantáneas tenga una visión, o como quiera que se diga —musité, desesperado e irreconocible, tras explicarle cómo había interpretado yo lo sucedido en nuestra anterior reunión.

—No tengo la menor idea de si va a funcionar.

—Juliet, no perdemos nada por intentarlo —dijo de súbito el detective, animándola.

—Desde luego que no.

Los tres rodeamos la pantalla del ordenador de mi amigo, y Jim fue pasando una fotografía tras otra, con calma, dando tiempo a la médium para que se fijase en los rostros. Pude reconocer a Emma Ward, a Samuel Reed, a Andrew Jones y a algunos agentes de policía con los que había mantenido relación en las últimas semanas.

—Si quiere que volvamos atrás en cualquier momento sólo tiene que decírmelo —declaró Worth, que confiaba incluso más que yo en aquella descabellada maniobra.

—Tranquilo. De momento no percibo nada.

Llevábamos más de la mitad cuando la médium sujetó el brazo de Jim con fuerza, para que no pudiese mover el ratón. Se aproximó a la pantalla y se quedó mirando un grupo de personas con detenimiento.

—¿Qué sucede? —pregunté, exaltado.

—Es él. Creo que es él —respondió Juliet, señalando a un tipo alto, que llevaba un abrigo negro, una bufanda que le cubría medio rostro y unas gafas de sol.

—Mierda, parece que va a atracar un banco —dijo el detective, cabreado.

—¿Tenemos más fotografías de ese grupo?

—No tengo ni idea.
Seguimos avanzando hasta la última instantánea, pero aquel individuo no volvía a aparecer de nuevo. Sólo contábamos con una imagen de él, y no era esclarecedora.
—Me recuerda a Gabriel Johnson —sugerí, pues aunque resultaba imposible intuir sus rasgos faciales sí que se podía ver su cabello y su complexión.
—Ethan, no confundas las ganas con la realidad. Podría tratarse de él, pero también de cualquier otro.
—¿Se tomó nota de los nombre de los voluntarios?
—Sí, pero cualquiera podía inventarse uno falso. No estábamos como para ir solicitando identificaciones. Teníamos cosas más importantes en las que pensar. Y, joder, ¡eran voluntarios!
Me despedí de Juliet y le dije que ya podía regresar a Nebraska. Le pregunté si tenía que abonar algo, aunque fuese en concepto de dietas, como ya le había sugerido al principio. Se negó. Sólo me pidió que le mantuviese informada.
Cuando volví al despacho de mi amigo este ya se estaba dedicando a ampliar la imagen y a tratar de definirla.
—Sabes, Ethan, esto me recuerda mucho a tu primera estancia en Kansas.
Sí, los dos habíamos descubierto juntos un aspecto muy importante y revelador delante de una pantalla, trabajando codo con codo. Allí estábamos de nuevo, y resultaba casi conmovedor.
—Tienes razón. Ojalá también ahora suponga un gran adelanto.
Enviamos a Mark la imagen, y otras fotografías de las que disponíamos del profesor Johnson, para que realizase un análisis forense de su fisonomía. Quizá para lo que el ojo humano sólo eran suposiciones para un ordenador fuesen certezas.
—Yo creo que lo tenéis, Ethan —me dijo mi colega de Quántico.
—¿Y eso?
—Tiene que ser él. El resto de sospechosos no me cuadran. Matemático, obsesivo y seguro que pirrado por Leonardo da Vinci. Y también está lo de las comunicaciones cifradas y el uso del navegador Tor, muy propio de estos chiflados. Tú eres el que realiza los perfiles, pero casi me juego el cuello a que lo tienes.
—Lo tenemos.
—Como quieras. Por cierto, no te olvides del corazón.
—¡Qué manía tienes con el corazón!
—Ethan, Leonardo realizó numerosos estudios sobre él y a la víctima se lo extirparon. Ese tipo es un enfermo y debe tener guardado en un congelador el de esa pobre chavala.
Me despedí de Mark, sin tener muy claro quién estaba más alienado, si el asesino de *Abby* o él. De la genialidad a la demencia muchas veces hay una línea de separación muy fina.
Me quedé con Worth hasta muy entrada la noche. Nos llegaban noticias acerca de Bailey y de los Ward. Todo se complicaba. Los tres grupos de trabajo pensábamos que teníamos al culpable en nuestras manos, y que sólo nos faltaba un golpe de suerte para hallar una prueba definitiva. Alucinante.
Cuando consideramos que ya tocaba descansar el detective se ofreció para acercarme en su vehículo al hotel, pero le dije que prefería dar un paseo e ir caminando hasta el Capitol Plaza. Me serviría para despejarme un poco y para terminar de consumir mis reservas de energía y caer como un lirón.
Apenas había recorrido unos pasos de Topeka Boulevard cuando alguien se puso a mi lado. Esta vez no me hizo falta ni girar la cabeza, el perfume de doscientos dólares el frasco me hizo reconocer a Clarice Brown de inmediato.

—¿No te cansas nunca? —pregunté, agotado.
—Soy una mujer dura… y terca.
—No seré yo quien lo discuta.
—Tomaré el comentario como un elogio.
—¿Qué quieres?
—Lo de siempre. Información. Te entregué algo y tú pusiste a tus chicos a trabajar. Ha sido un filón, no me lo puedes negar.
—Clarice, no puedo ofrecerte nada. Lo sabes.
—Entonces mañana saldré con un chivatazo acerca de los Ward. Parece que están metidos en un jaleo y son una familia importante de Salina.
—No hagas eso…
—No quiero hacerlo. Ya hemos llegado a buenos acuerdos en el pasado. Sabes que me encanta negociar. Dame algo para taparme la boca y para demostrar a mis jefes que soy única consiguiendo exclusivas.
Apreté el paso. Sabía que la reportera me iba a acompañar todo el trayecto, pues ambos nos alojábamos en el mismo hotel. Deseaba que el encuentro durase lo menos posible.
—Un día acabarás con mi carrera como agente del FBI —farfullé, de mala gana.
—Mientes. Hasta la fecha sólo he servido para encumbrarte o para sacarte de algún apuro. En el fondo somos dos buenos amigos.
—Clarice, no podemos ser amigos.
—Claro que sí, pero tú te empecinas en lo contrario.
Ya casi habíamos alcanzado la calle 17 y se vislumbraba la explanada que había delante del hotel. En unos minutos me librará de la periodista.
—Da Vinci.
—¿Da Vinci? ¿Te refieres al genio del Renacimiento?
—Sí, claro.
—¿Y qué demonios quieres que diga?
—Poco, muy poco. Cuando todo termine no te prometo una entrevista, con una ya tuve bastante, pero sí una larga explicación. Tú sólo lanza un titular: el crimen está relacionado con Leonardo da Vinci. A corto plazo dirán que es una memez, pero luego te encumbrarán. Nadie está al tanto de esto y no puedo darte más detalles.
—Me conformo. Ya montaré una película con eso. Me fío de ti, Ethan. Espero que no me la estés jugando.
Pese a encontrarnos en pleno verano había refrescado mucho. Me detuve en mitad del parking del Capitol Plaza y tomé a la periodista por los hombros. No deseaba ningún titular hablando de los Ward, y tampoco podía arriesgarme a facilitar información que comprometiese nuestras investigaciones acerca de Bailey y Johnson. Da Vinci era lo suficientemente ambiguo como para dar pie a millones de especulaciones. Y quizá, era posible, ninguno de los sospechosos viese el dichoso espacio televisivo de Brown que emitían por la CBS.
—Clarice, si no estoy en lo cierto puedes abrir tu programa declarando que soy un auténtico memo que no merece seguir ni un segundo más perteneciendo a la Unidad de Análisis de Conducta del FBI.

Capítulo XXIII

Apenas pude pegar ojo. Iracundo, me calcé las zapatillas a las tres de la madrugada y salí a correr siete millas por las calles de la ciudad al ritmo de un atleta olímpico. Al regresar sólo estaba más agotado, pero no llegó el sueño. A las cinco y media ya me encontraba mandando varios mails y tomando notas en una Moleskine que estaba plagada de contradicciones y que sólo contenía evidencias y pruebas circunstanciales. Después desayuné: pedí una ración doble de alubias con tomate y puré de patatas. Por lo menos si no había podido dormir que mi cerebro y el resto de mi organismo tuviesen hidratos en cantidades ingentes para hacer frente a la jornada. Sólo tenía un nombre entre ceja y ceja: Gabriel Johnson. En ese instante los dos nos parecíamos en algo, pues compartíamos el hecho anómalo de que una idea obsesiva nos carcomía la cabeza y no nos dejaba en paz. Recordé mi primera estancia en Kansas y el caso que me había llevado a Nebraska y no hizo falta que nadie me dijese que esa predeterminación no era buena, que puede conducirte directo al error. Luego me centré en Detroit y en Arizona, donde mis elucubraciones habían jugado un papel fundamental y no había patinado. ¿En qué situación me encontraba? ¿Por qué esa fijación por un perfil determinado casi desde el principio? ¿Cómo era posible que me hubiese dejado asesorar por una médium? Resulta sencillo analizar la mente de los demás, pero es mucho más complejo, por no decir imposible, aunque seas un genio de la psicología, responder a las preguntas que le mortifican a uno mismo.

Cuando llegué al Departamento de Policía me comunicaron que Worth, Jones y Carter estaban reunidos en la sala grande. Por suerte apenas llevaban allí un cuarto de hora. Los encontré rodeando una pizarra con tres columnas, cada una encabezada por un apellido: Bailey, Ward y Johnson.

—Perfecto Ethan, llegas justo a tiempo de aportar tu punto de vista. Necesitamos hacer un repaso de lo que tenemos para no andar como pollos sin cabeza —dijo Worth, pletórico, como si hubiera descansado tres días seguidos.

—Pero Jim, tenemos que salir ya mismo hacia Wichita. Hemos quedado con el profesor…

—Lo sé, pero antes tenemos que estar seguros de lo que hacemos. No nos ocupará más de una hora. Hazme caso, por favor.

No rechisté. Cogí una silla y me senté frente a la pizarra. El detective Jones se acercó a la misma y comenzó a escribir, debajo del apellido Bailey: *sin coartada, mentiroso, violento, móvil profesional y pasional, antecedentes previos y actitud asocial*.

—Propongo que lo interroguemos a fondo de nuevo. Cada vez estoy más convencido de que fue él el que mató a Mitchell. Sospeché de este tipo desde el inicio y el tiempo me está dando la razón.

—No tenemos pruebas —murmuré.

—Ethan, no tenemos pruebas contra nadie. Quizá si lo traemos y nos empleamos a fondo se derrumbe y nos regale una confesión —replicó Andrew.

Mientras Jones y yo debatíamos la investigadora anotó en la columna encabezada por Ward: *sin coartada, móvil emocional, huella dactilar en el celular de Abigail, acceso al rocuronio, poca colaboración y vinculación estrecha con la víctima*.

—Pues yo creo que a quien debemos de ver ya mismo es a Emma, porque las cosas se le han puesto muy feas a esa chica. Además, Jim, tú siempre has sospechado de ella.
Antes de que mi amigo dijese algo me levanté y también me animé a escribir algo en la columna que nos correspondía: *matemático, trastorno diagnosticado (TPOC), sin investigar hasta la fecha, posible obsesión por la víctima y encaja con el perfil*.
—¡Venga ya! —exclamó Jones—. No podéis hablar en serio. Ese tipo ha surgido de la nada, gracias a un comentario de otro sospechoso, en el que menciona un dibujo que le *recordaba* a Mitchell. Es un maldito entrenador de baloncesto que no sabía cómo quitarse de encima la presión y decidió desviar la atención.
—Andrew tiene parte de razón —musitó Carter, con cautela.
Comencé a andar de un lado para otro, pensando, mientras apretaba la tiza contra mi labio inferior. Era complicado que tras meses de investigación al final resultase que el culpable era un sujeto en el que nadie había reparado. Pero ya me había ocurrido otras veces, y por eso estaba más seguro que ellos.
—No hubiéramos llegado hasta Johnson sin toda la labor realizada con anterioridad —comencé, dando importancia al trabajo que habían hecho—. No creo que William Kelly se inventase esa historia. Tampoco veo a Emma Ward, pese a sus conocimientos de medicina, realizando una carnicería semejante a la que había sido su mejor amiga. Y Bailey me da muy mala espina, no lo niego, pero es muy joven y atolondrado como para planear algo de esta envergadura. Lo hubiéramos cazado hace mucho tiempo. Esto lo hizo alguien perturbado, pero muy inteligente y sádico.
—No quiero cambiar de tema con brusquedad, pero, ¿acaso hemos descartado por completo a Samuel Reed, a Morgan Bell o a *Bill el plasta*? —inquirió Worth, encogiéndose de hombros.
—Yo sí —respondió de inmediato la investigadora.
—Yo también —dijo Jones, cruzando los brazos, como si esperase lo que yo pudiera añadir.
—Jim, no creo que fuera ninguno de los tres. Puedo meter la pata con Johnson, y que al final resulten ser Bailey o Ward, no elimino esa posibilidad remota, pero esos ya están descartados —declaré, con firmeza.
Worth se puso en el centro del triángulo que formábamos Jones, Carter y yo. Nos fue mirando uno a uno y esbozó una sutil sonrisa. No consideré que se estuviera divirtiendo, sólo que había llegado a una feliz conclusión.
—Entonces no perdamos el tiempo. Andrew que se vaya con alguien a *machacar* a Bailey, Grace que haga lo propio con los Ward y tú y yo ya estamos tardando en coger el coche y largarnos a Wichita para *triturar* a preguntas al profesor Johnson.

Capítulo XXIV

Mientras avanzábamos a toda velocidad por la Interestatal 35 yo repasaba mentalmente cómo afrontar la reunión con el profesor de matemáticas. Sólo iba a tener una oportunidad: mientras lo pillase desprevenido y aún con la duda de si queríamos verlo porque teníamos fundadas sospechas en su contra o en realidad se trataba de la patochada que habíamos inventado acerca de una investigación sobre la violencia en las aulas. Había tenido unas horas preciosas para deshacerse de pruebas y evidencias, pero ya lo teníamos localizado y sus movimientos serían rastreados con minuciosidad. De todos modos, sin una confesión o un error garrafal en un comentario desafortunado, tendríamos que regresar a Topeka con las manos vacías.

Entretanto, también me asaltaban las dudas. Mi seguridad no era tan férrea como deseaba aparentar, y no desechaba la posibilidad de que Bailey, Emma o incluso el señor Ward fuesen en realidad los culpables. Si Jones o Carter no rascaban nada, y yo tampoco conseguía avances con Johnson, me tocaría vérmelas con esos sospechosos de nuevo.

Antes de que terminase de formular todas las cábalas que mi mente iba pergeñando Worth estaba aparcando su vehículo en el parking de la Universidad.

—Ya hemos llegado —musité, como el que es arrastrado hasta la consulta del dentista.

—Sí, Ethan. Espero que tu intuición no nos falle. Confío en ti.

Fuimos hasta un edificio que me pareció idéntico al que albergaba el despacho de Morgan Bell, aunque estaba ubicado en otra zona del campus. Una secretaria nos atendió y nos guio a través de un pequeño laberinto de pasillos hasta una dependencia en la que nos esperaba con un gesto agradable Gabriel Johnson. Apenas estreché su mano sentí que me quedaba congelado: durante unos pocos segundos nada ni nadie se movió a mi alrededor; sólo mi pecho, que se convulsionaba como si me faltase el oxígeno.

Cuando nos quedamos a solas con el profesor de matemáticas Worth llevó la voz cantante. Así lo habíamos pactado, por fortuna. Yo estaba conmocionado. Imbuido por mis propias sugestiones, relacioné de inmediato aquel rostro que por primera vez tenía delante de mis ojos en carne y hueso con la fotografía que Juliet había señalado. Tenía que serenarme o la pifiaría.

Jim siguió hablando, constreñido en la farsa que habíamos montado. Pronto se le acabaría el discurso y me tocaría intervenir para abordar la cuestión que en verdad nos había llevado hasta allí.

—¿Cómo consideraría el nivel de violencia entre el alumnado de esta universidad? —preguntó mi amigo, en un tono de voz tan monótono como falto de malicia.

—Bajo. Muy bajo —respondió Johnson, que después de veinte minutos recibiendo preguntas insustanciales se sentía muy cómodo—. No tenemos problemas. Es mejor que se centren en otras zonas del estado, o incluso del país, pues aquí vivimos en un océano de paz.

Allí estaba mi oportunidad, al fin. Desperté, salí de mi confusión y me centré. Había llegado el momento.

—Pero hace unos meses una antigua alumna, Abigail Mitchell, apareció muerta en la zona del lago Kanopolis. ¿Qué opina?

El profesor cambió de súbito de actitud. Había estado muy relajado todo el tiempo y de repente noté que mi pregunta le había contrariado.
—Conozco el caso de oídas, pero no creo que esté relacionado con nuestra universidad —respondió Johnson, con la voz entrecortada.
—¿Por qué? —inquirí, más seguro que nunca de que si no estaba delante del asesino al menos nos estaba ocultando datos relevantes para la investigación.
—Yo no la conocía. Estudiaba en otra facultad. Tenemos más de 14.000 alumnos. Pero tengo entendido que se graduó hace dos años. Demasiado tiempo como para relacionar ese trágico suceso con esta institución, ¿no cree?
Me quedé en silencio. La mesa del profesor estaba perfectamente ordenada. Traslucía su pasión por la geometría y su trastorno de la personalidad. Tenía ambas manos apoyadas, de una forma simétrica que llegaba a asustar, en los reposabrazos de su sillón. La ventana que estaba ubicada a su espalda enmarcaba su figura, justo en el centro.
—¿Posee alguna propiedad en las cercanías del lago Kanopolis? —pregunté, en un cambio de rumbo súbito que descolocó hasta a mi amigo Worth.
—No… No comprendo a qué viene eso ahora mismo. Me parece improcedente —contestó Johnson, al que uno de sus párpados, que presentaba leves espasmos, delataba.
—Sólo le ruego que me dé una respuesta.
—Pues no, no tengo ninguna propiedad a mi nombre en toda esa zona.
Ninguna propiedad *a mi nombre*. Una forma curiosa de darme réplica que, por supuesto, lo único que logró fue que todos mis sentidos se agudizasen.
Me incorporé y comencé a revisar una de las dos estanterías que había en la estancia, por supuesto idénticas, ubicadas una frente a la otra. De manera inconsciente recordé el caso de Nebraska. El detective estaba estupefacto, sin saber ni qué decir ni qué hacer. Por su parte el profesor mantuvo la compostura y aguardó en silencio. Repasé con parsimonia los libros y objetos que allí había: tratados de matemáticas, diversas figuras geométricas realizadas tanto en madera como en metal, gruesos volúmenes dedicados al cálculo e incluso algunos ensayos acerca de la *poesía* de los números.
—Ethan… —musitó Worth, un tanto violento con la situación, cuando yo llevaba ya cinco minutos dedicados a estudiar con detenimiento el contenido de la estantería.
Le hice un leve gesto, como solicitando sólo una prórroga de segundos. Había encontrado lo que andaba buscando, aunque no sabía ni lo que deseaba hallar. Con la mano temblando como una rama sacudida por un vendaval, alargué el brazo y cogí uno de los más de seiscientos libros que debía albergar aquel despacho. Uno en concreto. Mark estaba en mi mente mientras lo examinaba, mientras leía su título y después repasaba por encima sus páginas, con bellas ilustraciones, dibujos y fotografías. Se trataba de un ensayo de un eminente cirujano cardiovascular inglés, Francis Wells, titulado *El corazón de Leonardo*.
Al fondo de un angosto y largo túnel pude distinguir una luz, una luz que brillaba con fuerza y que sólo los que nos dedicamos a atrapar a asesinos podemos comprender. Es una luz maravillosa, tanto más cuando la has estado buscando con ahínco y cierta angustia.
—Jim, te ruego que esposes al señor Johnson. Hemos atrapado al asesino de *Abby*. Ya puedes descansar.

Capítulo XXV

No es magia. No es lo que algunos denominan el *sexto sentido*. Es, por simple y carente de cualquier atractivo que parezca, una combinación de formación sólida y de experiencia acumulada. Así es cómo una frase, una fotografía, un olor o un libro en mitad de una estantería logran terminar de colocar todas las piezas del rompecabezas. Sin el trabajo previo nada sería posible. Tiene un punto de arte, no lo cuestiono, pero no existe nada paranormal en este oficio. Muy al contrario.

Yo había hecho lo que me tocaba, y el resto hicieron lo propio. Johnson no se derrumbó, de modo que hizo falta seguir investigando y conseguir mil permisos para que no quedasen resquicios. Pese a todo, recordaba las palabras de Liz tras mi segunda estancia en Kansas: *"Hay respuestas que la gente se lleva a la tumba consigo"*. Todavía hoy no me acostumbro a que un caso quede con preguntas que jamás tendrán una contestación, pero así es el mundo real. ¿Cómo pudo un tipo llegar a odiar tanto a una estudiante inocente para acabar con su vida de un modo tan brutal?

Mark hizo, con la ayuda de otros forenses, un trabajo extraordinario. Fue capaz de localizar la cafetería desde la que el profesor de matemáticas se conectaba para comunicarse con Mitchell. Una cámara nos confirmó que se hallaba en ese lugar, con un ordenador que jamás fue localizado, tomando algo en la terraza. No encontramos el portátil, pero sí fueron capaces de descifrar uno de los últimos mensajes que Johnson remitió a la víctima: *"Tenemos que vernos. Deseo entregarte algo y despedirme de ti cara a cara. Aprovechando tu viaje, quedamos en Winchester Road, donde siempre, a las 16:00. Sólo serán unos minutos"*. Ya lo teníamos pillado. Las piezas del dominó fueron cayendo una tras otra.

El profesor de matemáticas en efecto no tenía una propiedad *a su nombre* en el condado de Ellsworth, pero sí su madre. Se trataba de una parcela de cuatro acres, con una pequeña casa sobre un remolque, que se hallaba en las inmediaciones del lago Kanopolis. Decenas de especialistas tuvieron que rastrear la zona palmo a palmo, hasta que dieron con una caja enterrada, gracias al uso de un detector de metales. Dentro encontraron unos guantes de látex, flores secas semejantes a las que habían colocado formando una diadema sobre la frente de Abigail, instrumental quirúrgico para realizar una esternotomía, un bisturí, una sección de una concha de nautilus, diversos dibujos de la víctima con decenas de anotaciones matemáticas y, lo más espeluznante, un frasco que contenía en su interior un corazón humano conservado en formol. Pese a que el instrumental había sido limpiado con esmero, encontraron restos de ADN de Mitchell. La concha de nautilus, tras un análisis microscópico, coincidía con la sección que Worth y yo habíamos descubierto en el lugar donde fue hallado el cadáver. Tres expertos grafólogos confirmaron que los dibujos y las anotaciones las había realizado Johnson. Y el corazón, por el efecto del formol, tenía el ADN alterado, pero a través del ADN mitocondrial pudo establecerse una relación de dicho órgano con Chloe Mitchell. No había lugar a dudas: había latido durante 24 años en el interior de *Abby*, hasta que aquel bárbaro se lo había extirpado.

Que el celular de la víctima tuviese una huella de Emma Ward había sido una casualidad, pero que el rocuronio saliese del hospital en el que trabajaba no. Johnson había convencido a un enfermero para

que se lo vendiese por una suma desorbitada, con la excusa de que lo usaría con fines recreativos. El enfermero, hasta que se realizó un interrogatorio en profundidad a todos los empleados del Centro Regional de Salud, no había tenido ni idea del uso de esta sustancia en un homicidio, y colaboró de inmediato. El que sí tuvo que enfrentarse a una investigación fue el señor Ward, pues él sí había conocido parte de la autopsia y temiendo que su hija estuviera implicada se había encargado de destruir la nota manual que registraba la falta de los dos frascos de 10 mililitros.

Tal y como imaginábamos, Johnson había dado un enorme rodeo para llegar hasta Winchester Road, evitando las carreteras principales, los peajes y los lugares en los que había ubicadas cámaras de control de tráfico. Pero un pequeño comercio situado en Great Bend, en el condado de Barton, había registrado el paso de su vehículo poco después de las 15:00 del día de la desaparición de Mitchell, en dirección a Ellsworth. No teníamos la menor idea de cómo ni por dónde había regresado a Wichita tras perpetrar la escabechina.

Bailey, por su parte, fue exculpado. Decía no recordar haber salido en ningún momento de su apartamento, conforme afirmaba el empleado del gimnasio, pero dadas las circunstancias nadie quiso llegar más lejos.

Hubo que crear un relato de los acontecimientos. Llegamos a la conclusión de que el profesor de matemáticas se había obsesionado con Abigail, con su belleza perfecta, y de algún modo había logrado llamar la atención de la joven. Pero Mitchell en un momento determinado decidió poner fin a aquello y eso supuso un revés para Johnson, un estresor que puso en marcha los peores mecanismos de su mente trastornada. Era una historia aberrante, pero todas las pruebas, indicios y circunstancias dejaban muy claro quién había matado a la pobre *Abby*. Caso resuelto.

Worth al fin había saldado su deuda con los padres de la joven y consigo mismo. Y yo, en cierto sentido, lo había hecho con él, que tanto me había ayudado en mis dos estancias anteriores en Kansas. Sobre todo en la segunda, pues sin su colaboración posiblemente aún tendría pesadillas despertándome en mitad de la noche.

Por su parte Clarice Brown volvió a apuntarse un tanto más en su carrera. Con enorme pomposidad sacó partido al avance informativo que había dado con respecto al caso, al declarar ante su audiencia que Leonardo da Vinci jugaría un papel clave. Para satisfacción de Mark, usaron el conocido *Best Seller* que él tanto había mencionado con el fin de dotar de más morbo al reportaje. Un dislate. Ningún indicio daba a entender eso, pero no dejes que la realidad te estropee un gran titular.

Yo tenía aún una promesa pendiente. Me desplacé hasta Nebraska para visitar a Juliet. Se suponía que debía dejarme ayudar por ella. Tomamos un té en su casa y dio varios rodeos hasta que por fin me cogió de las manos y se me quedó mirando a los ojos.

—Tengo un mensaje para ti, Ethan —dijo, tuteándome por primera vez.

—¿Un mensaje? —pregunté, atemorizado.

—Sí. Llevo tiempo deseando transmitírtelo. Sin embargo… eres tan racional.

—Considero que es una virtud.

—Recuerdas nuestra conversación en Topeka, el día que me entregaste el cuaderno de esa joven.

—Más o menos —mentí, pues la tenía muy presente en mi memoria.

La médium me apretó con fuerza las manos y cerró los ojos, como si algo le doliese profundamente.

—¿Dónde descansan las almas?

—El alma es un invento humano, Juliet. No descansan en ninguna parte. Ya lo zanjamos entonces —respondí, malhumorado.

—De acuerdo…

—Imagino que hemos terminado.

—No, falta el mensaje. Tienes que escuchar el mensaje, Ethan.
—Está bien. Soy todo oídos —murmuré, irritado.
Juliet tragó saliva y después relajó todo su cuerpo, antes de hablar.
—No tiene la culpa. Dígale que no tiene la culpa.
Ni pestañeé. Sólo me concentré en aquellas dos frases. Pensé en mi padre, farfullando unas palabras ininteligibles a una desconocida mientras la vida se le agotaba.
—Algo más…
—No, Ethan. Nada más. Pero ya he cumplido con mi misión. ¿Significa algo para ti?
—Nada en absoluto —contesté, mientras luchaba como un renacuajo para que las lágrimas no rodasen a raudales por mi rostro.

Capítulo XXVI

Los siguientes meses los pasé muy atareado con algunos casos que me obligaban a estar horas encerrado en mi despacho. Intentaba arrancarle tiempo a los días para compartirlo con Liz lo máximo posible, pero mi prestigio había aumentado y no eran pocas las oficinas del FBI de todo el país que solicitaban mi asesoramiento en las más diversas investigaciones.

Pronto sería padre y debería modificar mi estilo de vida. También se aproximaba mi treinta y tres cumpleaños; es decir, el tiempo pasaba y tenía que dejar atrás mis costumbres de niñato consentido y empezar a asumir que no podía seguir manejándome del mismo modo ni en mi forma de trabajar ni en el trato con mis colegas.

Por suerte Peter Wharton estaba encantado. Desde el principio me había considerado su alumno más aventajado, y cada éxito lo sumaba con acierto como uno propio. Sin su ayuda hubiera abandonado el FBI o me hubieran expulsado. A pesar de mis desmanes, me seguía mimando y seguía convencido de que si me lo proponía podía salvar las vidas de muchos inocentes. Yo consideraba que exageraba, todo con tal de que no me entrase otro arrebato y decidiese dedicarme a otro oficio menos sacrificado.

Y replanteando el modo de encarar el futuro me encontraba yo en el otoño de 2017 cuando recibí la llamada de Clarice Brown. Estuve a punto de no aceptarla, de poner una excusa y de evitar volver a cruzarme con aquella reportera tan sagaz que había cubierto cuatro de los seis casos en los que había abandonado las instalaciones de Quántico; pero la atendí.

—¿Cómo estás?

—Bien. Todo genial hasta que me han comunicado que deseabas hablar conmigo.

—Sigues sin apreciarme como merezco. El día que me quieras la mitad que yo a ti me daré por satisfecha.

—Espero que me avises.

Clarice hizo una pausa medida. Había llegado el momento de dejar las bromas y los saludos a un lado.

—Ethan, estoy en Montana.

—¡En Montana! ¿Qué narices se le ha perdido a una neoyorkina de pura cepa como tú por allí?

—Un posible asesino en serie. Sigues sin ver las noticias.

—Las noticias… Bastante tengo con los informes que me entregan cada mañana nada más aterrizar en este edificio como para estar pendiente de la televisión.

—Creo que haces falta aquí. Te hablo muy en serio.

En efecto el tono de voz de la periodista era grave y formal, casi como si no nos conociésemos de nada.

—Clarice, eres una presentadora de un programa de máxima audiencia de la CBS, no mi superior en el FBI. Lo que estás planteando es un despropósito.

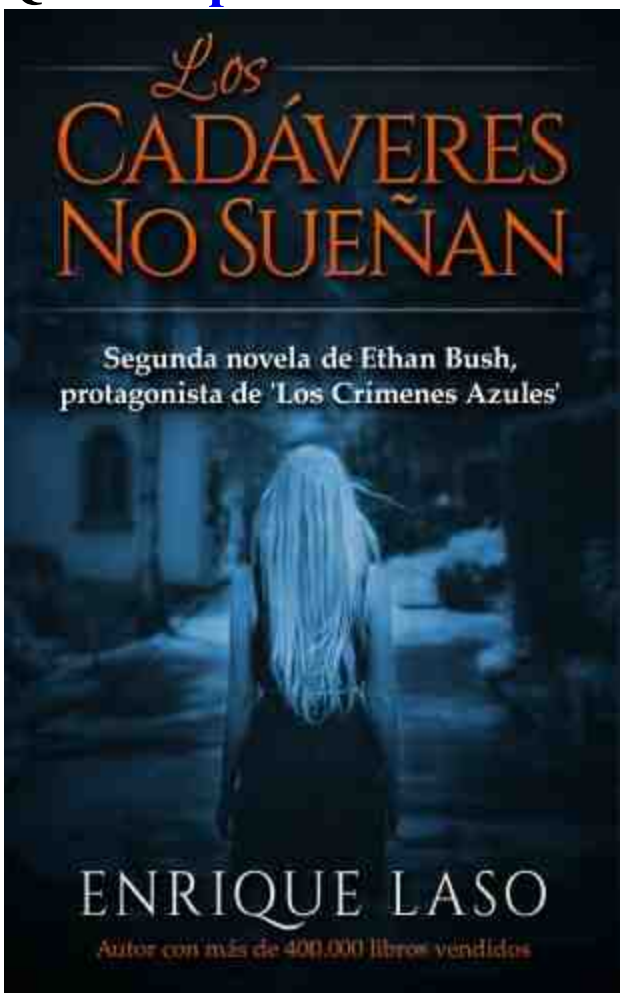
—Lo que tú digas, Ethan. Te acabo de mandar un mail con la información que dispongo. Ya van cinco víctimas en los últimos dos años, y el modus operandi es muy similar. En lo que llevamos de 2017

tres. El malnacido se está envalentonando, y no creo que haya nadie en todo el país mejor que tú para pararle los pies.

LOS CADÁVERES NO SUEÑAN

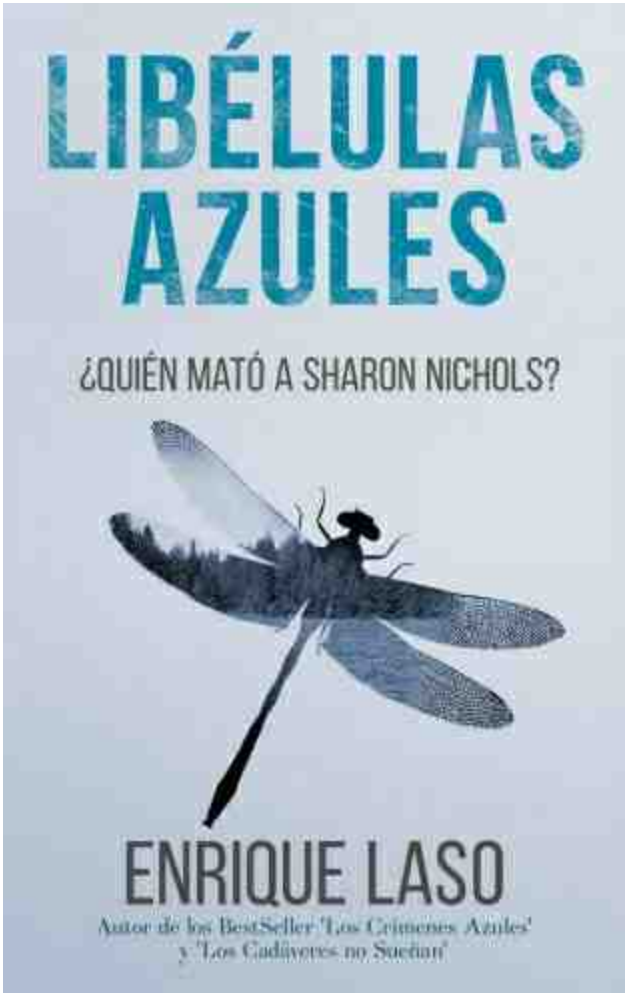
Ya disponible la segunda entrega de Ethan Bush

Cómprala AQUÍ: http://relinks.me/B013LXCPKU



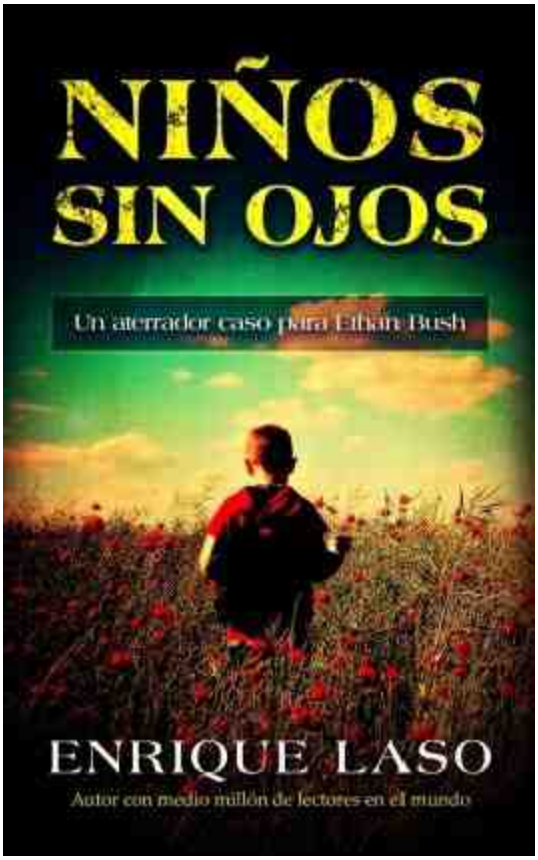
LIBÉLULAS AZULES

Ya disponible la tercera entrega de
La serie Ethan Bush
¿Quién mató a Sharon Nichols?
Cómprala AQUÍ:
relinks.me/B0174Z1RQO



NIÑOS SIN OJOS

Ya disponible la cuarta entrega de
La serie Ethan Bush
(Puedes leer un adelanto de la novela en las siguientes páginas)
El agente viaja a Arizona. Una pesadilla le aguarda en el desierto de Sonora.
Cómprala AQUÍ:
relinks.me/B01IWU2K52



Decían con acierto poetas como Rilke o Baudelaire que la infancia es la única patria del hombre. Allí nos quedamos anclados todos, seamos conscientes de ello o no. Por mucho que pase el tiempo esos primeros años de existencia nos marcarán para el resto de nuestros días.

En contadas ocasiones esa patria es un lugar inmundo, una tierra putrefacta que no se ha tornado baldía; hay veces que ese espacio es una pesadilla que más tarde dará origen a un nuevo cataclismo. Y entonces el horror de antaño regresará y sólo nosotros podremos ponerle fin.

Capítulo I

Acepté la oferta de mi jefe, Peter Wharton, y me tomé un tiempo para reflexionar. Quizá presentar la dimisión, dejar mi trabajo como agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI, no era una idea brillante; sólo se trataba de una huida hacia delante, un modo de intentar escapar de mí mismo, de mis fantasmas, de mis defectos y de mi falta de madurez. Nada se resolvería abandonando mis responsabilidades profesionales. Debía afrontar los problemas que me acuciaban desde otra perspectiva y lo más probable era que mi compañera, Liz, mi madre y mis colegas fueran los mejores aliados en mi lucha por salir de una vez por todas de la necedad.

Sobre la mesa de mi apartamento en Washington descansaba un extenso informe al que ya había echado un vistazo. Era terrible. Lo más espeluznante con lo que jamás me había topado en mi carrera. Peter deseaba que me ocupase de ese caso. Quería que tomase un avión lo antes posible hasta Arizona y me presentase en la oficina del FBI en Phoenix para echar una mano.

Un salvaje se dedicaba a secuestrar niños, después les arrancaba los ojos con algún objeto romo —casi seguro un desgastado destornillador de mano—, los asesinaba, usando un film plástico para asfixiarlos, y dejaba sus cuerpos abandonados en el vasto condado de Maricopa, uno de los más grandes de todos los Estados Unidos.

Ojear las fotografías de los pequeños te dejaba el corazón petrificado y uno se preguntaba qué clase de engendro era capaz de una bestialidad semejante. Hasta para un experto en perfiles criminales como yo hay cosas que jamás dejan de impresionarte, de escaparse a tu capacidad de asimilación de lo brutal y cruel que puede llegar a ser un individuo.

Antes de tomar una decisión había charlado largo y tendido con Liz. Nuestra relación había mejorado, mis pesadillas parecían remitir y estábamos más compenetrados que nunca. Nada garantizaba que ella pudiese acompañarme a Arizona, pese a formar también parte del FBI y a estar encuadrada dentro de lo que yo denominaba de manera arrogante y pomposa *mi equipo*. Yo no contaba con personal a mi cargo; yo lo que siempre intentaba era endosarle a mis mejores colegas las tareas más intrincadas, las que requerían de las habilidades de las que yo carecía. Casi siempre me salía con la mía, pero no podía tener la certeza de ello. Liz, Tom y Mark, *mi equipo*, tenían su trabajo, y sacarlos de las oficinas de Quántico suponía que dejaran aparcados otros asuntos que podían ser tanto o más relevantes que los que a mí me ocupaban.

Sujeté con mi mano derecha una de las instantáneas. El cuerpo de un chiquillo de apenas nueve años yacía sobre una tierra reseca y agrietada. Llevaba unos pantalones azules y una camiseta roja con la bandera de los Estados Unidos estampada en el centro. Tenía el pelo moreno revuelto y algo manchado de arena. Su rostro no podía ni intuirse, pues estaba cubierto por varias capas de film; sin embargo sí que se apreciaban dos oscuras manchas, deformes, parecidas a una elipse, en el lugar que deberían haber ocupado los ojos.

Con suavidad, como si estuviera trasladando el cadáver de aquel pequeño hasta un lugar más decente, dejé la fotografía sobre mi cama. La luz del ocaso arrojaba sombras agradables sobre la colcha y suaves tonos anaranjados invitaban a abandonar el apartamento y salir a correr antes de que

el sol se hundiese definitivamente en el horizonte. Pero en lugar de calzarme las zapatillas fui en busca del teléfono móvil y marqué el número de Peter Wharton. Estaba temblando.
—Ethan, ¿dónde andas?
—Estoy en casa. Estaba viendo los papeles que me entregaste acerca de ese caso en Arizona —respondí, casi en un susurro.
Wharton tardó en hablar. Imagino que deseaba dejarme un espacio para pensar, para lograr que mis palabras fluyesen desde mis labios y nada ni nadie pudiera interrumpirlas.
—¿Has tomado una decisión?
—Sí, creo que sí.
—En tal caso, ¿qué piensas hacer?
—Voy a aceptar, Peter. Esos pequeños merecen que me deje la piel en descubrir al bárbaro que les ha hecho eso. No tengo más remedio que aceptar.

Capítulo II

Antes de viajar a Arizona debía saldar una deuda. Tenía una entrevista pendiente con Clarice Brown, la periodista de la CBS que me había echado una mano en mi anterior caso y que se había empeñado en perseguirme por todo el país para realizar un seguimiento de mis andanzas como agente especial del FBI. Había momentos en los que la detestaba y otros en los que asumía que, quizá, sin ella no hubiera podido descubrir a tres asesinos.

Peter no se tomó muy bien lo de mi aparición en televisión, pero al final no sólo la aprobó: aprovechó la ocasión para que yo *vendiese* las bondades de la agencia, su enorme servicio a favor de la comunidad y lo bien que gestionaba cada dólar del contribuyente. Me facilitó un argumentario y me sugirió, con tacto, que me ciñese a él.

Realizamos la grabación en una sala del FBI en Quántico, que habían engalanado, de modo que diera la impresión de que trabajábamos en un lugar semejante a la NASA o en unas instalaciones como las que disfrutaban esas empresas tecnológicas que atestaban Silicon Valley. Justo la imagen que se vende en las series de televisión y que tanto nos contraría a los que vivimos el día a día, la cruda realidad.

Clarice fue muy honesta conmigo, me facilitó las preguntas, negoció los tiempos y me dijo que podría asistir con ella a la edición del programa antes de su emisión. También se ocupó de estar a mi lado mientras me maquillaban. Al igual que Peter, aunque por razones distintas, deseaba dar una imagen impecable.

No niego que estaba nervioso, pero al cabo de dos minutos me sentía cómodo respondiendo a una persona que ya casi se había convertido en una amiga, a fuerza de coincidir en Kansas en dos ocasiones y una en Nebraska. No fue una entrevista despiadada, todo lo contrario. Daba la sensación de que yo era un agente casi infalible y que los modernos métodos de investigación criminal y de creación de perfiles del FBI estaban dando los mejores resultados de su historia, no sólo a la hora de cazar a los asesinos, también en la prevención de crímenes violentos. Una exageración que yo contribuí, a través de mis respuestas, a cimentar con solidez. Sólo me causó incomodidad la última pregunta, justo antes de que me diera las gracias por haber atendido en exclusiva a la CBS y que felicitara, mirando a cámara, a todo el FBI por su extraordinaria labor.

—¿Qué es lo próximo que le aguarda a Ethan Bush? —inquirió, sonriendo, como si las pesadillas que me esperaban al llegar a Phoenix formaran parte de una película de ficción.

—No puedo comentar nada al respecto. Lo mismo de siempre: atrapar a un monstruo —respondí, seco, homenajeando de forma velada al difunto Robert Ressler.

Al terminar la grabación me fui a Georgetown con la periodista a tomar algo y comentar los pormenores de la entrevista. Ella estaba radiante mientras que yo me mostraba taciturno. Entramos en un local atestado de estudiantes de clase alta que intentaban aparentar llevar una vida bohemia, algo parecido a lo que sucedía en Stanford cuando cursaba mi grado en psicología.

—Te ha molestado mi última pregunta, lo sé —dijo Clarice, nada más sentarnos.

—Sí, lo admito. Te lo he repetido mil veces, no me gusta un pelo la manera en la que los periodistas

enfocáis los crímenes. Detrás de cada asesinato hay una víctima directa, una familia, muchos amigos y conocidos que quedarán marcados de por vida. No es una broma.
—No era mi intención. Podemos eliminarlo.
—Prefiero que lo dejes. Quiero que la gente escuche mi respuesta. A cambio deseo pedirte un favor.
—Te atiendo.
—Mañana viajo a Arizona. Es inútil ocultarlo, te vas a enterar en horas, ya nos conocemos bien.
La reportera lanzó una elegante carcajada. Era tan inteligente y brillante como atractiva. Cada vez tenía más peso en la cadena y yo sabía que seguiría ganando responsabilidad. Era algo manifiesto.
—Gracias, me lo tomo como un cumplido. Pero es un detalle que me anticipes la información.
—No te equivoques. Tiene relación con el favor que deseo que me hagas.
Clarice se apartó un mechón de pelo que le molestaba y fijó sus ojos en los míos. Ya intuía de qué iba la cosa. Ahora la que estaba incómoda era ella y su rostro reflejaba su contrariedad.
—Ethan, acabamos de hacerte una entrevista. He cubierto todos tus casos salvo el primero, el de Detroit.
Yo miré al centro de la mesa y acaricié con suavidad el borde de madera. El tacto me recordó al de un bate de béisbol recién estrenado.
—Mis casos son muchos más. Sólo has estado cuando me ha tocado viajar. No creas que en Quántico estamos cruzados de brazos todo el día. Trasladarnos hasta la escena del crimen es algo excepcional. Hay agentes de mi unidad que no lo hacen en toda su carrera profesional. Lo cotidiano es realizar perfiles desde el despacho, revisando decenas de expedientes, analizando fotografías y dejándonos la vista rebuscando entre bases de datos que no funcionan ni tan bien ni tan rápido como acabo de comentar en tu programa.
—Está bien, disculpa. Pero me has entendido.
—Sí, y tú también a mí. Quédate en Nueva York. Esta vez no quiero verte con tu gente por allí. Te he concedido una entrevista en exclusiva, he cumplido mi promesa. Esta vez necesito tenerte muy lejos.

Capítulo III

Fue el agente especial encargado de la oficina del FBI en Phoenix, Aiden Harris, el que vino a recogerme en su coche al aeropuerto Sky Harbor. Era un tipo alto, que tenía pinta de haber pasado su época universitaria jugando al baloncesto, pero que se había echado un poco a perder. No supe calcular su edad, pues su pelo rubio y su rostro pecoso y enrojecido le daban un aspecto aniñado que inducía a la confusión.

—¿Qué es lo que sabe del caso? —me preguntó, ya en el vehículo, tras las protocolarias presentaciones. Intuí que no deseaba perder ni un segundo.

—He echado un vistazo a los papeles que remitió su oficina a Washington. Ya sabe cómo somos allí, no nos gusta mucho dejarnos influenciar por la opinión de terceros —respondí, siendo sincero, pues no dejaba de ser un colega del FBI y conocía bien muchos de los procedimientos habituales que nos inculcaban en Quántico.

—Ya, entiendo. En tal caso lo primero que haremos será tener una reunión a solas en mi despacho, ahora mismo, si no está muy cansado del viaje, y así le pongo en antecedentes lo antes posible.

—No estoy en absoluto fatigado. Me he pasado casi las cinco horas de vuelo dormitando, de modo que por lo que a mí respecta como si nos quedamos hasta la madrugada trabajando.

Harris me lanzó una sonrisa benévola mientras arrancaba el coche.

—Entonces sería yo el que no aguantaría. Llevo desde las seis en pie y me gustaría cenar con mi mujer. A los niños hace tres días que sólo los veo acostados en sus camas soñando.

En apenas 25 minutos el agente aparcaba su vehículo delante de las oficinas del FBI en Phoenix. Se hallaban al norte de la ciudad, al final de la calle 7, en una zona casi desértica pegada al aeropuerto municipal. El edificio era una construcción dividida en dos partes: una de tres alturas, enlucida en blanco; y otra de cinco alturas, marrón y con amplios ventanales de un extraño tono turquesa.

—¿No os podían haber mandado más lejos? —pregunté, bromeando.

—Estuvieron en un tris de enviarnos al desierto de Sonora, pero al final decidieron que este lugar era peor —respondió Aiden, sonriente.

—Al menos aquí se respira paz y tranquilidad.

—¿Había estado alguna vez en Arizona?

—Jamás.

—Bueno, pues piense que si tenemos un día tan fabuloso es porque estamos en invierno. Si llega a venir en verano este secarral no le haría tanta gracia. Por otro lado, ya visitaremos la oficina del sheriff. No creo que haya una semejante en todo el país.

—¿Está cochambrosa?

El agente se rio con ganas mientras me conducía al interior del edificio, donde tendría que rellenar el habitual papeleo nada más cruzar la puerta.

—Todo lo contrario. Es alucinante. Ni Norman Foster hubiera sido capaz de mejorarla. Se va a quedar con la boca abierta.

El despacho de Harris era excelente y amplio; además estaba perfectamente ordenado. No sabía si lo

mantenía siempre así o si lo había preparado para la ocasión. Nos sentamos junto a una mesa redonda en la que ya aguardaba un plano del condado de Maricopa con diferentes puntos marcados en rojo. Yo saqué de mi maletín una *Moleskine* sin estrenar y lo primero que escribí en ella fue la fecha, el lugar y el nombre del agente especial de Phoenix.

—¿Qué edad tiene, Ethan?

—Acabo de cumplir 32 —respondí, sorprendido por la pregunta.

—Pues trabaja usted como un agente de la vieja escuela —dijo Aiden, dándome una amigable palmada en el hombro.

—No me gustan demasiado los cacharros tecnológicos. Tengo mis manías, como todo el mundo.

El rostro de Harris cambió de súbito. Se habían terminado las bromas y las anécdotas. Sujetaba el plano con las dos manos y se quedó casi medio minuto en silencio, contemplándolo.

—Ya hemos perdido a cuatro chavales.

—Sí, es terrible.

—Usted es joven aún, pero yo voy camino de dos décadas en esto. Es la primera vez que me enfrento a algo semejante. Aquí suele haber violencia relacionada con el tráfico de drogas y con el tránsito de ilegales, ya sabe, pero no estas atrocidades.

Yo ya había estado estudiando la base de datos del ViCAP y me había topado con infinidad de casos de extracción de órganos, incluidos los ojos, claro, pero no había un modus operandi similar ni crímenes sin resolver que se parecieran y que hubieran sido cometidos en otros estados. Eso sí: había dos precedentes aterradores, de sobra conocidos, uno en Texas y otro en la extinta Unión Soviética, que a uno le venían de inmediato a la mente.

—No es algo que ocurra con frecuencia, por suerte. Esto tiene su lado bueno y su lado malo —musité, calibrando mis palabras.

—¿Su lado bueno? —inquirió Aiden, pasmado.

—Quiero decir que apenas contamos con perfiles previos sobre los que basar nuestras primeras impresiones, pero también que ese sujeto es alguien muy particular. Tiene que llamar la atención. Estoy seguro.

—Pues de momento no es lo que parece. A todos los críos los raptó en parques públicos, a plena luz del día. No creo que alguien que *llame mucho la atención* pueda llevarse a un chiquillo sin más.

—Aiden, ¿puedo tutearle?

—Adelante —respondió el agente, echándose hacia atrás contra el respaldo de su silla y alzando una mano.

—Les arranca los ojos mientras todavía están vivos. Créame, es una aberración. Ese tipo tiene un trastorno severo y una obsesión que le carcome los intestinos. No tardaremos en dar con él.

Capítulo IV

Me buscaron alojamiento en The Westin Phoenix Downtown, un fabuloso hotel ubicado en el centro de la ciudad, en pleno campus de la Universidad Estatal de Arizona y a apenas una milla de la oficina del sheriff. Podía ir paseando cada mañana hasta las modernas instalaciones, pero me hallaba muy lejos de la sede del FBI en la ciudad y eso me provocaba cierta incomodidad. Aquel edificio apartado, construido en un lugar olvidado de la mano de dios, daba la impresión de ser el sitio ideal para reflexionar en las mejores condiciones.

Harris pasó a recogerme a primera hora de la mañana. Estaba animado y nuestra larga charla del día anterior le había convencido de que mi presencia aportaría un punto de vista distinto a la investigación.

—¿No está mal el *tipi* que te hemos alquilado?

Me costó pillar la broma, pero de inmediato recordé que en los alrededores había varias reservas de indios y que todavía mantenían cierta influencia en el estado.

—Es un hotel magnífico. Te garantizo que he estado alojado en sitios bastante peores. Lo malo es que no os tengo muy cerca.

—Casi todas las reuniones son en la oficina del sheriff. Hoy te llevaré yo en coche, pero se encuentra a sólo unas manzanas de aquí.

—Lo comprendo. Pero tú, y el resto de agentes especiales del FBI, sois mis colegas —manifesté, arriesgando, pues no tenía aún clara la relación de Aiden con los policías locales.

—¿Quieres que te busquemos otro sitio?

—No, está bien. Son manías mías, no me hagas caso.

—Sé por dónde vas. Aquí no es diferente a otros estados. Pero esta es una ciudad grande, con cientos de agentes de policía, de modo que tenemos de todo. Pero sí, hay muchos a los que les toca las narices que el FBI participe en el caso, aunque sea para echar una mano.

Lancé un resoplido, pues veía que aunque Harris era comedido había sintonía entre ambos.

—Y el sheriff, ¿qué tal?

—Jack es un tipo estupendo. Duro, curtido, pero sensato. Está como loco por conocerte. Y eso es lo que vamos a hacer ya mismo.

En menos de 5 minutos Harris aparcaba en la oficina del sheriff más extraordinaria que había visto en toda mi vida. Más tarde supe que era la tercera más grande de todos los Estados Unidos. Se trataba de un trapecio invertido acristalado, recubierto por una sensacional estructura de paneles de zinc perforados, que según me informaron servían para reducir notablemente el consumo de energía, en especial el uso del aire acondicionado en pleno verano. Tal y como había vaticinado el agente del FBI me quedé con la boca abierta un buen rato.

—¿Qué narices es esto?

—Ya te lo dije, Ethan. No encontrarás otra oficina del sheriff igual. Esta es la mejor.

—He estado en centrales de la policía estatal que no le llegan a la suela del zapato a este lugar.

—Tengo entendido que costó una millonada, pero que a largo plazo se amortizará con creces. De

momento es un gusto para todos los que nos vemos obligados a trabajar aquí, y un motivo de orgullo para la ciudad.
El edificio era maravilloso, pero a fin de cuentas Maricopa era un condado con casi cuatro millones de habitantes y más de nueve mil millas cuadradas de extensión, es decir, una barbaridad; podían permitirse el lujo de tener las mejores instalaciones del mundo.
El interior no tenía nada que envidiar a la fachada. Por primera vez tuve la impresión de que Quántico se quedaba pequeño y que resultaba hasta un lugar austero en comparación con aquella oficina. El sheriff Jack Martin, un hombre ancho, no muy alto, de escaso cabello cano y mirada profunda, nos aguardaba en la entrada, impaciente. Harris hizo los honores y yo no oculté mi admiración.
—Señor Martin, estoy impresionado. Me habían avisado, pero no esperaba encontrarme con una construcción tan espectacular.
—Es un gran sitio para trabajar. La comunidad se merece lo mejor, y los servidores de la ley también. Además, todo lo que ve es reciclable y ecológico. En realidad esto se pagará solo en unos años. Al menos eso aseguraron los arquitectos —murmuró, guiñando un ojo.
Nos condujo hasta una sala de reuniones también fantástica. Una de las paredes estaba completamente acristalada y tenía vistas a un cuidado jardín y a un amplio parking. Presidía la estancia una mesa de reuniones rectangular con 12 sillas a su alrededor. Eran de aluminio galvanizado en un elegante color negro, y los respaldos de las sillas estaban microperforados. Yo seguía con la boca abierta. Al fondo había una pantalla enorme, de 80”, que incrementaba la luminosidad de las imágenes que lanzaba un proyector led de última generación.
—Voy a pedirle a mi jefe que me traslade aquí —dije, sonriente, mientras tomaba asiento por indicación del sheriff.
—Todo esto no servirá de nada si no atrapamos al animal que está torturando a esos chiquillos. Llevo semanas sin pegar ojo, señor Bush.
—Me voy a dejar el alma, sheriff.
—Cuento con ello. He querido mantener una reunión aquí con usted y con Harris antes de que conozca a los investigadores y detectives que hemos asignado al caso. La verdad es que hay casi 200 agentes implicados, pero usted tendrá sólo un detective y un investigador asignados como enlace. Y claro, a mí, para lo que necesite. No queremos volverle loco.
—Se lo agradezco. Me parece muy juicioso —repliqué, recordando que mi labor era sobre todo dar soporte a aquella oficina. Ya bastante había *liderado* otros casos, sin ser mi cometido, como para discutir que el sheriff me dejase las cosas claras desde el principio.
—No sé si está al tanto de todo, pero esta tarde ya le he reservado dos horas con el detective Oliver García y con la investigadora Emily Young para que se coordinen. Tiene las manos libres: sólo deseo que sea honesto, franco y leal. Nada más.
—Faltaría más —dije, recordando que en el pasado esas virtudes no habían formado parte de mi manera de proceder.
—No he trabajado nunca con alguien de Washington. Siempre nos ha bastado con Harris y su gente. Fue él el que me sugirió la idea, y no me arrepiento. Tenemos al alcalde y a la gobernadora todo el día llamando, por no hablar de la prensa. Pero señor Bush, todo eso me importa una mierda, se lo digo de verdad. No quiero que nadie más encuentre a un crío mutilado, asesinado peor que un animal. Necesitamos lo mejor de usted.
El sheriff me hablaba en un tono que me conmovió. A aquel hombre robusto y duro, que en su dilatada carrera habría visto de todo, se le apagaba la voz al referirse al caso que me había llevado

hasta Arizona.
—Para eso he venido. Espero que entre todos detengamos a ese tipo lo antes posible.
El sheriff usó la pantalla para repasar los aspectos principales de la investigación. Las fotografías de las víctimas me seguían impactando, como si las viera por primera vez en cada ocasión.
—Tiene que ser alguien que resida aquí, en la ciudad. Todos los pequeños fueron raptados en parques de Phoenix —apuntó Harris.
—Y los cuerpos fueron hallados en el condado de Maricopa. Dos al este, en el Bosque Nacional de Tonto, y otros dos al suroeste, en el desierto de Sonora —murmuró Martin.
—Pues sí, todo apunta en esa dirección. Pero prefiero no precipitarme —dije, sabiendo que apenas me había forjado una opinión.
—Señor Bush, la prensa, como le he comentado, nos pisa los talones. En especial un reportero del *The Arizona Republic*, que es muy leído por aquí. Creemos que al haber tantos agentes involucrados las filtraciones son casi inevitables, pero hay aspectos que no han trascendido y que quizá tengan su importancia. Le ruego, no hace falta recordarlo, que los maneje con la máxima discreción.
—¿Qué cuestiones? —pregunté, intrigado.
—En un rato García y Young, de los pocos en esta oficina que manejan esa información *reservada*, le pondrán al corriente de todo. Pero por ejemplo sabemos que además de los ojos se lleva siempre los zapatos de los niños.
—Un trofeo —añadió Aiden, con pesadumbre.
—Eso pensamos —continuó el sheriff—. También hemos examinado el film plástico que usa para asfixiar a los pequeños y sabemos que es siempre el mismo. Han analizado su composición y sabemos que es fabricado por una empresa de aquí, de Arizona, que tiene su sede en Tucson. Están colaborando con nosotros. Creemos que es de una misma partida: es decir, que está utilizando el mismo rollo y que es posible que lo lleve en el coche o lo encontremos en el garaje de su casa y podamos relacionarlo con los crímenes.
—Es formidable. No han reparado en medios. Desde luego que toda esta información es de suma relevancia —dije, intentado insuflar algo de ánimo a Martin y a Harris, aunque tenía claro que estábamos muy lejos de atrapar al culpable.
El sheriff meneó la cabeza, como si yo no terminase de entender algo, o como si él mismo no hubiera sido capaz de explicarse.
—¿Reparar en medios? Como si dilapido todo el presupuesto de los próximos diez años. Señor Bush, ¡están asesinando niños en mi condado! Nada ni nadie van a pararnos hasta que encerremos en prisión a esa mala bestia.

Capítulo V

El sheriff, Harris y yo almorzamos en un restaurante mexicano cercano a las oficinas y durante la comida rebajé la tensión que se había generado. También aproveché para hablar de aspectos más personales, como mi pasión por correr o mi gusto por ver un buen partido de béisbol. Por suerte Martin también era aficionado y estuvo un buen rato hablando de los *Arizona Diamondbacks*, que le habían dado una alegría enorme al poco de arrancar la franquicia pero que en los últimos tiempos no levantaban cabeza.

—Y, señor Bush, ¿cuál es su equipo favorito?

Posé sobre la mesa el taco a medio terminar y durante algunos segundos dejé de estar en Phoenix y regresé al AT&T Park, junto a la bahía de San Francisco. Ocupaba mi asiento de siempre y al girar la cabeza hacia mi izquierda allí estaba mi padre, con su gran sonrisa, cargada de optimismo, sueños y esperanza.

—Ethan, ¿te pasa algo? —inquirió Harris, tras aguardar casi medio minuto atónito ante mi inexplicable mutismo.

—No, no es nada —respondí, regresando de golpe al restaurante de Phoenix—. Sólo pensaba en mi padre.

—¿Es también aficionado al béisbol? —preguntó el sheriff, tratando de restar importancia a mi extraño proceder.

—Lo era. Nuestro equipo es los *Giants*. Somos los que estamos tocando las narices al suyo en los últimos años —contesté, forzando una sonrisa que intentaba resultar natural.

—Lo lamento.

—No importa. Hace ya más de una década que nos dejó. Pero de vez en cuando pienso en él. Imagino que así será el resto de mi vida.

—Sí, señor Bush. Yo no perdí al mío tan joven, pero no hay día que no rece por su alma. Nos queda el consuelo de que Dios ya está cuidando de ellos y de que más pronto que tarde podremos volver a abrazarlos.

Volví a coger el taco, le di un bocado y me guardé mi opinión al respecto. Explicarle a aquel hombre hecho y derecho, con mucha seguridad católico practicante, que yo era un ateo consumado no era la mejor manera de estrechar lazos, y menos cuando ambos nos estábamos refiriendo a nuestros difuntos progenitores. Un tema espinoso, doloroso y muy delicado.

Cuando regresamos a la oficina el sheriff nos guio hasta otra sala, más pequeña, en la que ya nos esperaban el detective Oliver García, que más adelante supe que había nacido en Arizona pero que era hijo de inmigrantes mexicanos, y la investigadora Emily Young, una mujer de aspecto desaliñado pero que daba la impresión de ser una auténtica *cerebrito*. Martin nos presentó, soltó un breve discurso acerca de la importancia de nuestra labor y se despidió, alegando que tenía asuntos pendientes que también requerían su atención.

—Bienvenido al equipo, agente Bush. Estábamos deseando conocerle. Emily y yo hemos oído mucho acerca de usted, y todo es bueno —dijo García, una vez nos habíamos quedado solos los cuatro.

—Si es por la prensa no hagan demasiado caso. Quieren héroes, ya lo saben, y al FBI tampoco le va mal un poco de publicidad. Y, si es posible, preferiría que nos tratásemos de tú.
—Genial. Así todo será más cómodo. ¿Qué conoces del caso? —preguntó la investigadora, sin perder un segundo en peroratas estériles.
—Seré sincero. Tengo un fabuloso informe que me mandó el agente Aiden, pero sólo lo he hojeado un par de veces. Ayer por la tarde ya entramos un poco más a fondo, pero todo lo que me podáis contar será de gran utilidad —respondí, intentado por una vez en la vida arrancar una investigación siendo sincero.
—Entonces… ¿no habrás realizado aún ni tan siquiera un bosquejo del perfil del asesino? —inquirió García, mientras se frotaba las manos, como si las tuviera sudorosas fruto de la tensión.
—Tengo una idea muy vaga, pero prefiero escucharos primero.
Young ubicó sobre la mesa su iPad Pro de 12,9 pulgadas, de tal modo que el resto pudiéramos contemplar la pantalla.
—Hemos trabajado duro, codo con codo, con el agente Harris y con su personal, desde que apareció el segundo cuerpo. Pensamos que puede tratarse de alguien con poca formación, incapaz de mantener relaciones y empleos estables, que ya manifestó problemas en la adolescencia y que tiene entre 20 y 30 años. Casi seguro que reside en alguna casa modesta en los suburbios de Phoenix, quizá todavía con su madre. Sufrió maltrato físico y psicológico en la infancia y es posible que aunque los cuerpos no presentan agresiones de esa índole el móvil sea sexual. Quizá sea impotente, o no pueda mantener una erección e incluso no llegue al orgasmo. Puede ser que el placer lo obtenga a posteriori, cuando recrea en su habitación los crímenes gracias a los trofeos que se lleva consigo. No debe de ser muy alto, ni de complexión fuerte. Ataca por oportunidad y es muy probable que la violencia que ejerce sobre sus víctimas vaya en aumento.
Me quedé unos segundos reflexionando. Esa gente llevaba semanas y semanas aplicándose con denuedo para pillar a una alimaña horrenda, pero no me convencía, a primera vista, aquella idea que me sugerían. Debía ser cuidadoso a la hora de manifestar mi opinión.
—No sé, no es lo que yo había pensado.
—Tenemos otra línea de investigación abierta. Es secundaria, pero no la descartamos —apuntó García.
—¿De qué se trata?
—Traficantes de órganos. No podemos excluirla.
—Pero… sólo se llevan los ojos. Además lo hacen de un modo un tanto tosco, sin la precisión quirúrgica que requiere ese tipo de extracción —manifesté, recordando vagamente algunos aspectos del informe.
—Quizá mejoren la técnica con el paso de las semanas. Nunca se sabe.
—¿Cuál es la teoría que manejas?
—Hay dos casos muy similares, como ya habréis analizado.
—Sí, es casi imposible no pensar en ellos. Chikatilo, *El carnicero de Rostov*, y Albright, *The Texas eyeball killer*. Tenemos mucha información al respecto —dijo Emily, como si los tuviera grabados a fuego en la frente.
Chikatilo es considerado uno de los peores asesinos en serie de la historia, con más de 50 víctimas a sus espaldas. Mató sobre todo a adolescentes, tanto mujeres como hombres, y en la mayoría de las ocasiones les arrancó o mutiló los ojos. Fue ejecutado en 1994 de un tiro en la cabeza. Albright *sólo* era sospechoso de tres homicidios, siempre prostitutas a las que extirpaba los globos oculares, y por aquella época cumplía condena sólo por uno de ellos, el único en el que se había podido demostrar

su culpabilidad.
—Ambos comenzaron con sus fechorías pasados los cuarenta años cumplidos. Creo que nuestro hombre tiene entre 30 y 40. Pero sus motivaciones son muy diferentes a la de esos dos asesinos.
—¿Qué te hace llegar a esa conclusión? —preguntó Aiden, quien con toda seguridad era el principal responsable del perfil que mostraba la pantalla del iPad.
—Es un asesino organizado. No coincido con vosotros en que sus víctimas sean fruto de una cuestión de oportunidad. Es más analítico, más concienzudo. Las observa durante días, puede que incluso semanas. Después actúa. Tiene habilidades sociales, no representa una amenaza a priori para los pequeños y no lo temen. Se marchan con él de manera voluntaria. Y aunque les arranque los ojos de una forma salvaje, no hay apenas otras muestras de agresión. No es un chalado que no sabe ni lo que se hace y que le importa poco que lo atrapen. No actúa por impulso. Todo es mucho más calculador, mucho más controlado y dirigido —argumenté, consciente de que me estaba precipitando en mis disquisiciones.
—¿Estás seguro, Ethan? —inquirió mi colega del FBI, quizá intentando que su labor no se derrumbase igual que un castillo de naipes en sólo unos segundos.
—No, no lo estoy. Tengo que visitar las escenas del crimen, tengo que conocer a los padres de las víctimas y el entorno en el que se movían, sobre todo la primera de ellas. Pero me habéis pedido mi opinión y es lo que os puedo ofrecer, de momento —contesté, lo más moderado que fui capaz, pues Harris era un buen tipo y deseaba mantener con él una estrecha colaboración.
—Para mí Chikatilo y Albright han sido dos referencias hasta la fecha —manifestó Young—. No sé si a partir de ahora debo descartar por completo esa vía…
—Por completo no. Pero insisto, los móviles son diferentes y el modus operandi también. Que la *firma* de los tres sea que extirpen los ojos a sus víctimas no significa, en absoluto, que sus perfiles sean siquiera parecidos. Nuestro hombre se lleva los zapatos, arranca los globos oculares de un modo brutal, mientras las víctimas siguen con vida, y después las asfixia usando un film plástico como el que tenemos cualquiera de nosotros en nuestras casas. Muchas, demasiadas diferencias.
—Pues el sheriff tenía previsto que tú y Aiden os acercaseis a Texas para charlar un rato con Albright —dijo García, dejando caer con desgana su bolígrafo sobre la mesa.
Charles Albright llevaba confinado desde finales de 1991 en la Unidad Psiquiátrica John Montford, ubicada a las afueras de Lubbock, a unas dos horas en avión de Phoenix. Era ya un anciano de más de ochenta años y yo sabía que siempre se había mostrado reacio a colaborar, de cualquier forma, con la justicia.
—No me agrada la idea —declaré, recordando mis visitas a asesinos convictos en el pasado. No habían sido platos de buen gusto. Aunque lo cierto es que tanto en mi segunda estancia en Kansas como en el caso de Nebraska aquellas entrevistas me habían servido, de un modo u otro, para atrapar a los culpables.
Harris me posó la mano en el hombro, como si fuera un viejo amigo que me conoce de toda la vida, que sabe por lo que he pasado y que comprende que lo que me va a decir, aunque sea la verdad, es posible que me duela o me contraríe. Pero mi colega del FBI no me conocía de nada y aunque intuía que era un agente excelente y una persona noble aquel gesto amable lo recibí casi como una agresión. Había progresado en mi búsqueda de una mejor integración en el entorno, dejando de lado mi necedad congénita y mi egoísmo sin límites, me esforzaba por no saltarme las reglas a mi antojo y luchaba con ahínco por superar los traumas que arrastraba, pero estaba todavía muy lejos de convertirme en una persona madura y con una ética intachable. Muy lejos.
—No se trata de que nos complazca o no la propuesta, Ethan. La pregunta es: ¿serviría de algo para

dar fin a esta pesadilla?

Este un pequeño adelanto de la novela.
Puedes comprarla en Amazon
LINK>>> relinks.me/B01IWU2K52

GRACIAS LECTOR

Si te ha gustado la novela, el mejor favor que puedes hacerme es dejar un comentario positivo en la página del libro en Amazon. Estarás contribuyendo a la difusión de la Literatura, y me estarás ayudando a seguir escribiendo nuevos títulos.

Con afecto,

Enrique Laso